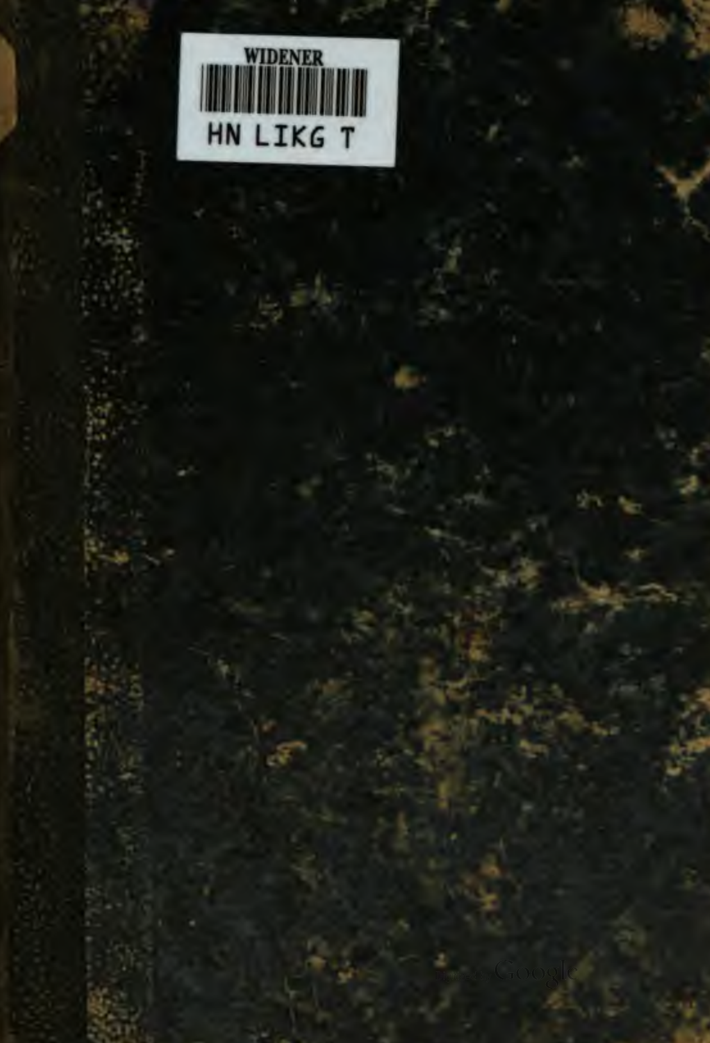

WIDENER
HN LIKG T


ACADEMIA · HARVARDIANA · IN · NOV · ANG
ET
VE RI TAS
CHRISTO ET ECCLESIAE

7.

El autor
al señor doctor
Próspero Pereira Gamba,—
en prueba de la mas
profunda estimacion.

Bogotá, 19 de marzo de 1866

[illegible]

VIENE POR MI I CARGA CON U.



.... si no se elevó una cuarta sobre el suelo, fué sin duda debido á que los golpes fuertes de pecho que con frecuencia se daba, impedian su elevacion. Pajina 29.



VIENE POR MI

I CARGA CON USTED.

TRAVESURA HISTORICO-NOVELESCA

DE UN CURIOSO DESOCUPADO.

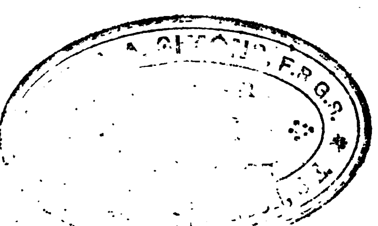
(R. B. O.)

DEDICADA A C. S. P.

BOGOTA.

IMPRENTA DE "EL NUCLEO LIBERAL."
CARRERA DE GAMEZA, NUMERO 43.

1858.



VIENE POR MI

I CARGA CON USTED.

CAPITULO I.

Suponemos que el lector conoce el altosano de San Cárlos, ese lugar misterioso de santidad i de infamia, que ha servido de patíbulo a mas de una reputacion, i en donde, si sus baldosas pudiesen hablar, descubriríanse sabe Dios cuántos secretos infames confiados a su silencio.

Dijimos lugar de santidad i de infamia, i a fe que esto merece esplicacion, para que acaso no se nos vaya a tildar de *impíos* o de *herejes*.

La entrada a la casa de Dios, el lugar desde donde se comienza uno a sentir con esas dulces i sublimes emociones que embargan los sentidos i transportan el alma, dimanadas de la presencia del que es sobre todos los tiempos, dejaría de ser lugar de santidad? nunca, jamas; porque allí es donde el hombre va a conocer la miseria de su existencia, i sobrecojido de un santo temor, prosternado i abatido hasta el polvo, se confunde con

él, para implorar del Dios de las clemencias, con alma recta i corazon sencillo, el remedio de sus males i la fortaleza que necesita para resistir las visicitudes de la vida. Allí el hombre, desprendiéndose por un momento de sus pasiones terrenales, se olvida de sí mismo, por decirlo así, para entregarse todo a su Creador, no acordándose del mundo sino para practicar ese sublime precepto, dictado por el que en ese lugar santo se tiene en la presencia: AMAD AL PROJIMO COMO A VOS MISMO.

Pero ¡quién lo creyera! ese lugar santo; ese lugar de oracion, de CARIDAD i de todas las grandes virtudes que enseña el Catolicismo, se ha convertido, como dijimos al principio, en un lugar de infamia, de profanacion i de todas las iniquidades que las malévolas pasiones han osado llevar allí.

Cómo? Por quién?

Eso es lo que vamos a ver.

Era la madrugada de un dia de mayo del presente año de gracia de 1858. Un grupo de mujeres que hacia rato ocupaba aquel puesto, cuchicheaba por lo bajo, i en ciertos momentos dejaban oir mas perceptiblemente las palabras que se cruzaban entre ellas.

Todas vestian sayas i mantillas negras de jéneros mas o ménos valiosos, segun las proporciones pecuniarias de cada una, llevando al brazo el descomunal *ridículo* con la biblioteca relijiosa, o sea un ejemplar de cada una de las novenas i devo-

cionarios que se encuentran en la tienda de don Pastor.

Á un lado se hallaban las *criadas* de las mas acomodadas, portadoras de grandes tapetes, que variaban tambien en valor i elegancia; pero las que por su escasa fortuna, no pueden llevar criada, no dejaron por eso el tapete en su casa, que, por lo visto, debe ser el mas pobre, i aun podemos añadir, que el mas humilde, porque el crecido número de años que lo agovia, le ha obligado a asumir a sí, toda la *humildad* de su ama, a quién por lo mismo no le sirve esta virtud, sino para arrodillarse sobre ella.

Impuestos, pues, en estos pormenores, que quizá no carezcan de interes, oigámoslas:

—Desde qué horas está U. aquí? misia Magdalena; decia una de ellas.

—Desde las tres de la mañana; contestó la interpelada; pues por haberme cojido el sueño no pude venir mas temprano.

—Lo mismo a mì; repuso Beatriz, que era la que habia hecho la pregunta; pero es la primera vez que me sucede.

—Yo sí estoi aquí desde las dos; dijo Jertrudis, otra de esa venerable parranda; vinimos a un tiempo con misia Mariquita, ¿no es verdad? misia Mariquita.

—Si, niña; contestó esta; pero que será que no abre la puerta ese sacristan dormilon?

—Si yo no sé; espuso doña Magdalena, que

por su gordura i aire grave i serio, parecia ser la priora de toda la comunidad; ha dado en no abrir si no hasta que ya está de dia, privándonos así de los consuelos espirituales.

—Pero ya U. se reconciliaría desde ayer, no? misia Magdalena; díjole Beatriz con marcada curiosidad.

—Nada, mi negra; le contestó; si aunque me estuve ayer desde las dos de la tarde hasta las seis de la noche, junto al confesonario, no pude ponerme, por la mucha jente que habia.

—Yo sí, gracias a Dios; tornó a decir Beatriz; pero casi no tenia de qué, así fué que tuve que decir un pecado viejo, para que el padre me pudiera echar la absolucion.

—Qué felicidad! repuso Jertrudis, poseida de una *santa* envidia; yo si tengo que reconciliarme ahora. Lo que siento es que vayan a dar la comunion antes de que me reconcilie.

—No hai cuidado; alegó doña Magdalena; yo tambien tengo que reconciliarme ahora, i si la dan ántes, llamaremos al doctor Benito, que es tan bueno que sale cuantas veces lo llamen; en nada se parece a ese otro clérigo déspota del doctor Sinforoso, que ha dado en preferir a los orejones, cuando vienen a confesarse, como si nosotras no estuviéramos primero; por eso ya no me gusta ir donde él; pero el doctor Benito eso si es una cosa buena, estando él aquí casi no echa una menos a los Jesuitas.

—Los Jesuitas? Ah! tan buenos que eran! esclamó Beatriz; que diferencia a esos clérigos como el doctor Sinforoso. Con razon que los impíos echen a veces contra los clérigos, si la mayor parte són como ese doctor.

—Pero los Jesuitas no todos eran buenos; respondió a la esclamacion una de las concurrentes.

—No todos? Porqué? repuso Beatriz, con notable despecho; a mí todos me parecian buenos, pues no me quedé sin probar ninguno, hasta que dí con el padre García que era tan sabroso.

—I qué me dice del padre Trapiella? ese si que era sabroso! vociferó doña Magdalena entusiasmada; ahí tiene, el que si no me gustaba era ese padre Fernàndez, por el sermon aquel que predicó en 1846 o 1847, el dia de......

—Ah! si, ya me acuerdo de ese sermon; interrumpió Jertrudis, ruborizándose lijeramente; ese dia me habia sentado casualmente frente mismo al pùlpito para oir mejor; pero les aseguro que se me caía la cara de vergüenza, principalmente porque habia tantos cachacos i de esos *impíos* que jamas se confiesan.

—I eso que tiene? observó Beatriz; pues antes mejor, porque así oirian que el padre decia la verdad, asegurando que en ninguna parte del mundo habia tanta corrupcion como aquí, i aun casi dando a entender que no habia doncellas ni esposas fieles en esta tierra.

—Pues precisamente ese fué el motivo de mi

angustia; repuso Jertrudis; no ve U. que los cachacos debian suponer que el padre no habia juzgado de la inmoralidad de este pais, sino por lo que nosotras les deciamos a todos los padres, supuesto que nosotras solas éramos las que nos confesábamos con ellos?

—Pero es que los cachacos, las cachacas i los *impios* tambien se confesaban con ellos; replicó Beatriz con sobrada candidez.

—Eso si no es cierto; tornó a decir Jertrudis; ningun cachaco, cachaca ni impio ví jamas confesándose con ellos: de hombres, solo a los *buenos cristianos*.

—Pero en fin; añadió doña Magdalena; eso ya pasó, i ya no hai remedio, aunque la verdad si es, que ese padre nos fué INFIDENTE. Otro habia que tampoco me gustaba; ese padre Làinez, que siempre estaba echando contra las beatas; pues aunque *yo no soi beata*, no por eso dejaba de molestarme, porque se conocía que lo hacia por satirizar el *demònchiro* del padre.

—Ahí tiene'! agregó Beatriz conmovida; ese padre si no me gustaba, principalmente desde que se burló de mí, por una revelacion que tuve i le conté, porque como se sabe, nada se le debe callar al confesor.

—Una revelacion? Qué dicha! esclamó Jertrudis con visibles deseos de saber cuál habia sido la revelacion que con tanto ènfasis anunciaba su compañera; asi como tambien dominada de

una *santa* envidia, i aun casi podemos añadir que llena de una cólera igualmente *santa*, contra el Cielo, porque no le habia enviado a ella tambien una revelacion. I como fué la revelacion? La podrémos saber? Preguntó despues de un instante de meditacion, como para prepararse a oir ese nuevo prodijio.

—Figúrense UU. continuó Beatriz que anciaba por imponer a sus compañeras de la revelacion; que una noche me *soñé* que se habia abierto la tierra a mis pies, i salian de ella unos animales negros i grandes, con alas como de murciélago, i despues se convirtieron en figuras como de hombres, pero con rabo i las uñas mui largas: yo agonizaba de congoja con esta vision, i lo primero que hice fué la señal de la cruz; pero entónces me *consoló* una voz salida como de entre ellos, que me dijo: "Ven hija mia, que aqui es donde mereces habitar." Oh! dije estendiendo los brazos, quién me llama? Será mi *amado?* Sí! me contestó la voz; i en ese instante se me vino uno de ellos como a cojerme i......

—Qué horror! interrumpió Jertrudis despavorida; i qué sucedió despues?

—Despues me desperté con la agonia; pero comprendí que aquello anunciaba cosas terribles, porque eran los impios que......

—Ah! me confirmo mas en lo malo que era ese padre, cuando no le creyó su revelacion! esclamó doña Magdalena senciblemente indignada.

Yo tuve una revelacion algo parecida a esa; pero mi confesor, que es el padre Gualberto de San Francisco, sí me dijo que tratara de hacerme mas digna de ella cada dia.

—De San Francisco? será raro; espuso Beatriz; porque esos padres son otros tales.

—Pues el padre Gualberto si es mui bueno; continuó doña Magdalena; tiene un piquito, que ah! piquito; es un *piquito de oro*: si U. se confesara con él, veria lo bueno.

—Yo tambien me confieso con él; dijo Jertrudis; i no pienso dejarlo, porque esa si que es sabrosura...

—Pero qué será que no abre ese sacristan perezoso? preguntó de nuevo Mariquita.

—Tal vez ni se habrá quedado en su casa; contestó Beatriz; cuando ménos se habrá ido donde ese tahur perdido de Pedro Maria, que bastante frecuenta la casa.

—Qué hombre tan repugnante es ese Pedro Maria; observó doña Magdalena; pero con razon si siempre está persiguiendo a las muchachas; el viérnes cuando salí a las dos de la mañana a misa, lo ví salir mui embozado en su capa de casa de doña Clara.

—De veras? mi señora; dijo Beatriz con aire de curiosidad; yo tenia por mui honradas a las hijas de doña Clara.

—Honradas? déjese de eso niña; añadió doña Magdalena; si todas las noches está la casa llena

de hombres, hasta mui tarde; *i aun tengo idea* de haber oido llorar un chiquito recien nacido: pregúntemelo a mí, que vivo junto, pared de por medio. Lo célebre es que ese majadero de Mariano se va a casar con una de ellas, porque no sabe las halajas que son.

—Pues mire como son las cosas; tornó a decir Beatriz; eso se parece a un sobrino que tengo, que no quiere sino vivir solo, para estar a sus anchas, *i aun se me ha puesto* que no tiene mas oficio que andar con las mujeres perdidas; si U. lo conociera! *parece que no quiebra un plato.* Sin embargo ¡pobre Mariano! quièn le pudiera decir lo que es su novia; le tengo tanta làstima, porque es tan buen muchacho.

—No faltará quien se lo diga; espuso Mariquita; pero misia Beatriz, su sobrino será algun mason, segun lo que U. nos acaba de contar.

—Si no se confiesa, sino cada año.

—Ah! con razon!

—Oiga, misia Magdalena; esclamó Jertrudis alborozada; ya como que va a abrir el sacristan; al fin sacudió la pereza.

Efectivamente en aquel momento rechinaban los goznes de las puertas de la Iglesia, las cuales se abrieron de par en par, dándole paso franco a nuestra comunidad que, para poder conversar con mas comodidad, se habia dividido en pequeños círculos, en todos los cuales se repetian escenas semejantes a la que acabamos de exhibir.

Dejémoslas, pues, entrar a comulgar con esta *santa* preparacion, i abandonèmoslas por algun tiempo, miéntras presenciamos otros acontecimientos de no menor importancia.

CAPITULO II.

Trasladèmonos, pues, a la carrera de San Mateo, en el barrio de las Nieves; en ella encontraremos, entre otras, una casa de apariencia humilde, que da la mas completa idea de la fortuna del que la habita.

Por fuera dos ventanitas, i un porton declarados fuera de la lei, por el crecido nùmero de años que cuentan; por dentro un patio al descubierto i unas pocas piezas tan mal trazadas, como escasas de muebles; de ellas la principal, su escaso moviliario consiste en dos viejos canapes de filipichin, cuatro raidos taburetes de cuero al pelo, una mala mesa, sobre que descansa un estante con algunos libros i una de esas sillas descomunales del tiempo en que no sabian los carpinteros en què gastar la madera. A un lado del estante que se halla sobre la mesa, vése prendido en la pared con cuatro estacas de madera el almanaque; encima del èstante, prendido igualmente de la pared, un cuadrito de la Virjen, i en la pared del frente un retrato del Jeneral Mosquera con esta inscripcion al pié: *Homenaje al talento, valor, jenerosidad i tino diplomàtico.—Tomas C. de Mosquera,*

Candidato del gran partido nacional para Presidente de la República de la Nueva Granada en el próximo periodo constitucional—1857.

En esa pieza así adornada se encuentran tres personajes conversando con indecibles muestras de contento, en la mas grande armonía, apesar de la diverjencia en opiniones políticas que hai entre ellos, i de los cuales el de ménos edad, parece ser el dueño de la casa.

—Mui ingratos han sido contigo tus copartidarios, Alfonso; decia a este, don Màrcos el mayor de los presentes.

—No diga U. ingratos, don Márcos, infames; esclamó con aire de desagrado Pedro María que era el que seguia en edad al anterior; no cree U. que sea tal la accion de dejar a un honrado padre de familia en el mas completo abandono, despues que su pobreza la debe a los jenerosos esfuerzos que hizo para ayudarles, cuando de él necesitaban? I no cree U. que esta infamia sube de punto si se considera que la mayor parte de las colocaciones que hicieron, ha sido en ineptos que no tenian mas recomendacion que la de ser parientes de los que las hacian? UU. saben que los copartidarios de Alfonso son los mios; pero me es forzoso confesar que con él han sido infames.

—Sin duda que lo han sido; repuso don Márcos; i eso quiere decir que Alfonso debe resolverse ya a abandonar a esos ingratos i seguirnos a nosotros.—

—No, amigo don Màrcos; dijo Alfonso; no abandonaré jamas mis principios, i seguirlos a UU. no significaria otra cosa.

—Cáspita! pero no ves lo que están haciendo ellos?

—Sí lo veo i lo deploro; repuso Alfonso; pero eso significarà que los hombres son los malos no los principios.

—Ya, pero.....

—Alfonso! Alfonso! Está ahí Alfonso? los interrumpió un cuarto personaje que entraba en ese momento.

—Sí, aqui estoi, Mariano, cuando has venido? Como te fué?

Mariano saludó a los presentes i luego contestó:

—Bien mi querido Alfonso, he arreglado todos mis negocios i hace una hora que acabo de llegar.

—De manera que todavia no has ido donde misia Clara? No has visto a Carmelita?

—No, pues cabalmente vengo a convidarte para que vamos juntos esta noche.

—Irémos; pero mièntras llega la hora dime que dia han fijado para tu casamiento?

—No se ha fijado dia; pero serà mui pronto contestó Mariano con una sonrisa de placer; no se espera sino la contestacion de uno de sus tios, que por la distancia a que se halla, tendrà que retardarse algo; pero tal vez no pasarà un mes sin que haya perdido mi libertad.

—Perdido tu libertad? luego crees que Carme-

lita te irá a encadenar como si fueras un presidiario de mala conducta? Yo no la creo tan cruel así; repuso Alfonso en tono de cariñosa burla.

—Por qué no me ha de encadenar? opuso Mariano con entusiasmo; ¿conoces tú la poderosa influencia que ejerce sobre el corazon del hombre una mujer bella i virtuosa, que ama i es amada? ¿Sábes con qué fuerza de voluntad puede, apesar de la debilidad natural de su sexo, dominar el carácter mas duro en el hombre? ¿Has presenciado alguna vez los espléndidos triunfos que consigue una mujer virtuosa, sin mas armas que su bondad i su dulzura? Oh! sí lo conoces, sí lo sabes, si lo has presenciado; porque, como yo, has sido casado, i has tenido la fortuna, como la tuve yo, de encontrar una de esas mujeres que, si el mundo fuera justo, inmortalizarían con sus virtudes su nombre, con mas razon que los mas afortunados guerreros. Pero ya que esto no sucede, si han logrado, por lo ménos las nuestras, dejar su nombre grabado en nuestros corazones, como un tierno recuerdo de los dias de felicidad que nos dieran. Hoi la necesidad de amar, la necesidad de ser amado; es decir, la necesidad de ser feliz hasta donde se puede serlo sobre la tierra, me ha obligado a fijarme en otra que, por el conocimiento que de ella tengo, no cede a la que tuve la desgracia de perder. Con mi nuevo enlace, creo que no haré, sino prolongar mi felicidad.

—Asi lo creo yo tambien; dijo Alfonso en tono sério; pues conozco demasiado a Carmelita i a toda su familia, para que yo no creyera en tu felicidad; así es que si no fuéramos tan amigos, te envidiaria i aun trataria de *desbancarte*; añadió sonriéndose.

—Y yo; repuso Mariano con igual sonrisa; no tendria dificultad en cedèrtela, si no fuera porque el amor verdadero, que tiene su orijen en el conocimiento perfecto del objeto que se ama, es el mas egoista del mundo.

—Gracias, Mariano mio; pero de todos modos será mejor que tú seas felíz, uniendo tu suerte a la de Carmelita; a ese ánjel de bondad. Míra, amigo mio, nadie mejor que yo tiene motivos para conocer el mérito sobresaliente de esa muchacha, lo mismo que de toda su apreciable familia: su padre fuè mi mejor amigo, hasta que la muerte me lo arrebató a mí i a su familia, pocos meses despues de haber perdido a mi idolatrada Carlota; así fué que en esos dias esperimenté dos golpes terribles, casi consecutivos: desde entónces yo no he perdido de vista a la viuda i huérfanas de mi mejor amigo, i te aseguro que pocas viudas i huérfanas, he visto que hayan venerado tanto la memoria de su esposo i padre, como misia Clara i sus virtuosas hijas. Jamas las he visto desmentir un instante la brillante conducta que forma su mejor recomendacion. Esto lo sábes tù lo mismo que yo, i recordarás que cuando Rafael vivia, con

frecuencia habia tertulias por la noche en su casa, a las què concurriamos todos sus amigos de mas confianza; pero desde que él murió, no se ha vuelto a ver, ni aun de dia, un concurso que pase de cuatro personas; i a las ocho de la noche parece ya la casa inhabitada por su silencio. Pero lo que creo que te agradarà en estrèmo, es una circunstancia, insignificante al parecer, pero que sin embargo a mí me encantó, i que tù no la sabes todavía.

—Cual es esa circunstancia? Cuéntamela! La quiero saber, por què no me la habias referido ántes?

—No se habia presentado la ocasion, pero aun no es tarde todavía. En el mes de diciembre, cuando Hérnández dió sus funciones en el Hospicio, concurrì a la primera que me gustò, i parecièndome una diversion inocente, me propuse conseguir un palco para llevarlas; luego que lo tuve asegurado, le hablé a misia Clara, manifestàndole mi parecer; i sobre todo que haciendo mas de dos años que Rafael habia muerto, lo natural era que ya no debia tener escrúpulos para con el público.

—Doi a U. las mas espresivas gracias, Alfonso; me dijo; pero ni lo hago por lo que el público pudiera decir de mì, porque segura estoi de que a mí no me podria juzgar con mas severidad que a los viudos o viudas que se casan a los cuatro meses de haber enviudado; ni tampoco lo hago

por *fulleria*; sino porque me hallo intimamente persuadida de que para mi se acabaron las diversiones, desde que me faltó Rafael; pues ántes todas las que yo solia tener, estaban subordinadas a él; o mejor dicho, ÉL era el centro, el alma de todas mis diversiones; hoi, pues, todas las efímeras que el mundo ofrece, deben ceder el puesto a la veneracion que debo a la memoría de Rafael, rogando a Dios por el descanso de su alma.

Yo insistí por algun tiempo, esforzándome en demostrarle que la que yo le ofrecia, en nada se oponia a esa justa veneracion; pero lo único que conseguì, fué que se aplazara para mas tarde, miéntras que venia del campo alguno de sus hermanos con quien pudiera mandar a las muchachas.

— Porque para ellas; añadió; no se ha acabado el mundo como para mí, si no que ahora comienza.

Tú conocerás que en esto no hai, sino un exeso de sencibilidad la mas esquisita, dimanada del grande amor que tenia a Rafael.

— Efectivamente, mi buen amigo; dijo Mariano que habia estado oyendo con suma atencion; i eso me da mejor idea de Carmelita; porque como tú lo habràs notado, tiene esactamente el mismo carácter; i sobre todo las mismas cualidades i virtudes; piadosa sin gasmoñeria i contraida constantemente a sus deberes, subordinando siempre a ellos la piedad relijiosa: inmen-

se es el poder que ejercen las madres sobre sus hijos.

—I quieres tú creer una cosa?

—Cual?

—Que apesar de esa brillante conducta de la madre i de las hijas, no falta quien hable mal de ellas?

—De veras? Alfonso! esclamò Mariano con anciedad; i quiénes son esas víboras que se atreven a mover su inmunda lengua contra esas puras e inofensivas criaturas? O es que tú te chanceas? Pues apénas se puede creer que personas que observan una conducta intachable, no se escapen a las lenguas malignas; quien puede ser esa víbora? Me lo puedes decir para aplastarle la cabeza, como se hace con todas las de su especie, a fin de evitar los daños que puedan causar?

—No hai inconveniente para que lo sepas; pero no ahora; mas tarde lo sabràs todo.

—I por qué no ahora?

—Eso tambien lo sabràs mas tarde.

—Te burlas de mí?

—Yo? he dejado de ser tu amigo el mas sincero, para que me creas capaz de una burla? Razon habrà para que ahora no lo puedas saber, i tù debes hacerme el favor de creermelo todo por ahora bajo mi sola palabra.

—Bien! disimula, amigo mio; pero la idea de semejante infamia ¡hablar contra unos ánjeles! te aseguro que me iba haciendo perder el juicio.

—Por el dios Cupido! esclamó Pedro María que habia estado conversando aparte con don Márcos; parece que se hallan UU. engolfados en una disertacion amorosa; por lo ménos a ámbos les ha pasado ya el doble tiempo del que se acostumbra guardar el luto, i no se dirá por consiguiente que hacen concurrir a sus antiguas esposas a las bodas del nuevo casamiento, como el que apénas deja pasar cuatro meses. Segun parece ya Mariano se decidió, i tú, Alfonso, no piensas imitarlo?

—No, mi amigo; contestó el interpelado; mis circunstancias no me lo permiten.

—Bah! qué disculpa! acaso se han acabado las ricas? Se busca una de ellas.

—Amigo Pedro, jamas me casaré con la plata; cuando lo piense hacer, será con una mujer.

—Escrúpulos de monja! Quiéres que te busque una rica? Siquiera saldrás de pobre con tus dos tiernos pimpollos.

—Gracias, amigo mio; pero jamas comisionaré a nadie para eso. Estoi contento con mi suerte.

—Este Alfonso; interrumpió don Márcos; siempre tan *fregado* i tan contento; pero déjense ya de hablar de casamientos i vamos a dar un paseo por la Agua-Nueva, verémos jente ya que no se puede hacer otra cosa los domingos por la tarde; pues si siguen UU. hablando de casamientos traerán a colacion hasta el de Federico con la hija de don Ignacio.

—No hai para qué; dijo Pedro María; pues ya no se efectuará.

—Cómo que no se efectuará! repuso don Márcos asombrado; si ya estaba todo prevenido.

—Pero sin embargo; replicó Pedro María; se ha desbaratado por ciertos enredos que yo no he podido saber.

—Enredos? i cuales pueden haber sido?

—Lo ignoro absolutamente; pero sé que ya el casamiento no se llevará a efecto.

—Diablos! tornó a decir don Márcos meneando la cabeza; yo no sabia eso, pero cuando ménos la causa habrá sido alguna de esas lenguas viboreznas de que abunda tanto esta ciudad. Pero en fin no olvidemos el paseo.

—Vamos pues; dijo Mariano dirijiéndose a Alfonso; ponte la capa i nos acompañas.

—Permíteme ántes veo quien golpea; contestó este dirijiéndose a la puerta de la calle i dejando solos a los tres.

Un momento despues volvió a entrar con visibles muestras de turbacion, i esclamando:

—Mariano! dos palabras!

—Que hai? preguntó este participando de la turbacion de su amigo.

—Ven i lo sabrás! Pedro i don Márcos nos permitirán un momento.

I salieron los dos para otra pieza contigua, dejando a don Márcos i a Pedro María en cavilaciones las mas contradictorias, sobre la causa

que hubiera podido alterar tan instantáneamente a los dos amigos.

Por su parte Alfonso luego que hubo entrado con Mariano a la pieza contigua, le dijo en medio de la agonía mas grande.

—Mariano, amigo mio, lee esa carta que acabo de recibir, con fecha de dos dias atras, sin saber por qué me la traen hasta hoi, i ve lo que podamos hacer sin pérdida de tiempo.

Mariano por toda contestacion tomó el papel de las manos temblorosas de su amigo, i leyó inmutándosele el semblante a medida que avanzaba en la lectura.

Alfonso: el ser U. el amigo de mas confianza de Mariano, i serlo igualmente de mi familia, me obliga a dirijirme a U. enmedio de mis angustias.

Una mujer que yo no conozco, ha venido a contarle a mamita que se sabe de una manera positiva que Mariano es uno de los cómplices en el robo que hicieron en noches pasadas en la calle de Florian, i que andan persiguiéndolo las autoridades. Sé que él se halla en el campo, pero no sé cuando vendrá, por esta razon espero de la bondad de U. le ponga inmediatamente un propio, para que se venga pronto a averiguar el orljen de semejante calumnia, que para mí es tal; pues mamita i todos los de casa nos hallamos en una horrible consternacion, principalmente por lo que se pueda decir en el público. De U. lo espero todo; haga cuanto esté de su parte.—CARMELITA.

18 de............de 58.

Un rayo no produce sus efectos con mas velocidad, que lo que esta carta en el ánimo del abatido Mariano, que no pudiéndose sostener largo tiempo en piè, se dejó caer sobre una banca de madera que allí habia.

Despues de un instante de reposo, díjole Alfonso:

—Me parece, Mariano, que lo mejor que puedes hacer, es presentarte ahora mismo en casa de misia Clara, con el fin de saber el nombre de esa mujer i averiguar así el orijen de tal enredo. Si quiéres te acompañaré.

— Vamos, amigo mio, sin pérdida de tiempo; contestó Mariano poniéndose de pie i limpiàndose el sudor que rodaba por su frente.

CAPITULO III.

Volvamos, pues, a nuestras santas mujeres que las habiamos dejado entrando a la Iglesia de San Cárlos, a las seis de la mañana despues de haberle hecho la centinela al templo, tres horas mortales las menos madrugadoras. ¿Qué han hecho desde que las dejamos? Véamoslo.

Cuando el Sacristan abrió las puertas de la Iglesia, ya el doctor Benito se hallaba sentado en uno de los confesonarios que allí hai, con una majestad tan grande, que se le hubiera podido confundir con uno de los mas poderosos monarcas de la tierra, gobernando sus dilatados dominios des-

de su real trono, si no fuera porque sus vestidos no eran de púrpura, ni tenia tampoco el cetro empuñado, insignias que le faltaban al doctor Benito para parecer monarca; pero en defecto de estas vanidades de los hombres, dejaba traslucir un semblante marcial que imponía a todos los comprendidos dentro de su jurisdiccion, no obstante las insurrecciones que de cuando en cuando solía haber entre sus vasallos, pues a cada momento tenia que sacar la cabeza de entre el confesonario para decir:. . . .

—Señoras! Sirvanse hacer un poco de silencio, que están en el templo de Dios.

Ellas por su parte apenas oian la voz imponente del confesor, se quedaban en un profundo silencio que duraba mui poco; porque a pocos momentos empezaban una a una a decirse palabras sueltas, como el fuego graneado con que comienza una escaramuza, hasta que al fin ponian de nuevo en movimiento toda su artilleria, con la que obligaban al levita a hacerles una intimacion mas severa que la anterior; pero ¡trabajo perdido! pues bien pronto seguia la faena.

—No ve? misia Magdalena; decia Jertrudis: aquella grandísima p...... que de cuenta de que lleva saya de seda i mantilla de gròt, me iba pisando? Pero el piquetazo que le aseguré en un pié con esta aguja, no fue nada! la hice brincar.

—Si solo a eso vienen al templo esas cachacas

impías; contestó doña Magdalena; a profanar el templo.

—Mírela! repuso Jertrudis; mírela como hace que se persigna; si, *hacete que yo me haré*; para los que no te conozcan.

—Huiste! animal, que ya me pisó el perrito!. esclamó Beatriz acariciando un calungo que la sarna tenia casi despellejado, i torciéndole los ojos a un regordete que pasaba a ese tiempo, sin duda a buscar el puesto mas próximo al altar; por supuesto que llevándose su buena pinchada.

Parece escusado advertir que tanto este, como la señora *alanceada* por Jertrudis, reclamaron su derecho *a la vida*, pero inútilmente: porque ya era tarde!

—Póngase, misia Magdalena; que ya se va a quitar esa mujer; dijo Mariquita tratando de pararse.

—Pónete vos que estás mas cerca; contestó doña Magdalena, midiendo con los ojos el terreno que la separaba del confesonario.

—No, U. que......

No habia acabado la frase Mariquita, cuando Jertrudis mas veloz que una cabra montés, dió un salto por sobre todas las concurrentes, tomándose la plaza por asalto.

—Ai! que me pisa; esclamó Beatriz, recojiendo la saya, que se la iba llevando enredada de un pié la briacona.

—Caramba! con U. que me hace caer; gritó



doña Magdalena, recojiendo su biblioteca que habia sido regada de un puntapié de la buena de Jertrudis.

—Qué *bochinche* es ese, señoras; dijo de nuevo el levita sacando la cabeza; no tienen UU. miramiento por el lugar que ocupan?

—Ya lo ve, por U.; espuso la una.

—Si yo estaba callada la boca; replicó la otra; U. fué la primera.

—Yo no! si este demonio fué el que comenzó; refunfuñó la primera dirijiéndose a la que estaba a su lado.

—Si no fui yo; replicó esta.

—Se sirven UU. hacer silencio? o desocupo el puesto; tornó a esclamar el doctor Benito con voz mas imperiosa que las veces pasadas.

—Mire, misia Magdalena, aquel cachaco con los codos rotos; dijo Beatriz sonriéndose.

—Devéras, qué gracioso! contestó doña Magdalena; pero vea aquel cachaco indevoto como no se arrodilla; yo no se a qué vienen esos diablos a la Iglesia como perros.

—Mui cierto mi señora repuso Beatriz, pero vea el padre que està diciendo misa como levanta la hostia i el càliz, como si estuviera echando cohetes; en una de esas se le puede derramar el *sangüis*.

—Pero vean! observó Mariquita, llamando la atencion de sus compañeras a una de las naves de la Iglesia; aquello si que encanta! miren con

qué devocion está oyendo la misa el señor don Ignacio! Qué fervor! Qué uncion! Ah! si así fueran todos los hombres, que bien andaria el mundo; sería el paraiso!

—Pero qué te admiras? espuso doña Magdalena con un ademan tierno; si ese señor ha sido siempre tan bueno; no deja dia que no se confiese i comulgue, ni tampoco pierde un momento sin que no lo aproveche, ya en la oracion, ya rezando, ora practicando obras buenas, ora oyendo todas las misas que salen por la mañana; así es que ha llegado a un grado tan alto de perfeccion en la virtud, que muchas veces se le ha visto rezando en cruz la estacion i elevado en el aire una cuarta sobre la tierra, i con frecuencia siente arrobamientos que lo trasportan a gozar de la vision beatífica. Si lo oyeras hablar de las cosas santas verias como arrebatá i se apodera de los corazones de los que lo oyen.

—Què dicha! Quien fuera como él; esclamó Mariquita como abobada de oir tanta felicidad; qué diferente de esos impios que ni se saben persignar.

—Ya se quita Jertrudis, aguàrdate me pongo; dijo doña Magdalena dando un brinco por sobre la infeliz Mariquita, que al envion que recibio, tuvo que irse a tierra.

—Ai! mi señora, que me pisa; fué lo único que pudo decir, arreglándose la ropa que se la habia dejado en mal pie la que con tanto respeto

se acercaba al tremendo tribunal de la penitencia.

Una hora despues ya el confesor habia abandonado el puesto, i se preparaba a salir de sobrepelliz a dar la comunion, cuando se le acercó Beatriz a hacerle una consulta.

—Señor doctor; le dijo; no sé si podré comulgar hoi; pues seguramente el enemigo malo fué el que hizo que, apesar del cuidado que puse, me pasara un poco de saliva; qué le parece señor doctor ¿podré comulgar?

—Sin duda que sí; le contestó el levita; porque la saliva no es de los alimentos que se prohiben antes de comulgar.

—Pero, señor doctor, no será un pecado grave? no se cometerá un sacrilejio comulgando despues de haberse pasado un poco de saliva?

—Le acabo de decir que eso no impide; no es pecado, ni se comete sacrilejio.

I dicho esto, el doctor Benito obrando juiciosamente le volvió la espalda; porque quizá conoció que la consulta tenia trazas de convertirse en una disputa teolòjica.

Beatriz viéndose sola i no quedando satisfecha con la solucion que el doctor daba a su consulta, tomó el partido de volverse hácia el lugar donde estaban sus compañeras a hacerles a ellas tambien la consulta, pues en su concepto el doctor Benito habia errado en esta vez. Ellas despues de una detenida discusion, resolvieron de comun acuerdo que Beatriz no debia comulgar ese dia,

puesto que, por descuido habia almorzado ya, sin que le entrase nada de afuera.

La infeliz se desconsoló muchísimo; pero hizo la heróica resolucion de conformarse con el parecer de sus *teólogas* compañeras, i no pensó ya sino en sujetarse a él con santa resignacion.

Todas las demas comulgaron, i luego leyó integramente cada una su respectiva biblioteca, canjeándose las obras de que carecian unas i tenian las otras.

Concluida esta lectura maquinal, en la cual iban siempre un renglon adelante, se acordaron de que siendo las diez de la mañana, estaban aun en ayunas, por cuya razon pensaron en tocar a retirada, para volver luego a la carga con mas brio.

Don Ignacio, que tambien comulgò con una uncion i un fervor envidiables, pensó igualmente en retirarse; pero él, preciso es hacerle la justicia que merece, no habia llevado una biblioteca: se habia contentado con no dejar olvidado un Eucolojio Romano lujosamente encuadernado, en el cual leyó algunas oraciones, i el resto del tiempo lo empleó en improvisar jaculatorias i hacer esclamaciones tan tiernas i tan patéticas, que si no se elevò una cuarta sobre el suelo, fué sin duda debido a que los fuertes golpes de pecho que con frecuencia se daba, impedian su elevacion.

Todos pués se retiraron en el mismo órden en que habian entrado; pero nuestra comunidad



siguió por la calle su diálogo hasta el punto en donde se separaron para ir a almorzar a su respectiva casa.

—Misia Magdalena; dijo una de ellas; vuelve U. a San Càrlos a oir el ejemplo a las once i luego la plática? o va a la escuela de Cristo a Santo Domingo.

—Yo? contestó la interpelada; vuelvo al ejemplo i a la plática porque hoi va a predicar el doctor Benito i por lo mismo va a estar mui bueno.

—Entónces yo tambien vengo; dijo Beatriz; con eso a la una de la tarde que se acabará, voi a comer i luego vuelvo a la *buena muerte* que comienza a las dos i media i acaba a las cinco.

—Yo tambien; esclamaron las demas en coro.

—I a la noche no va a la *madre antigua?* misia Magdalena; interpeló Beatriz.

—No, porque està mejor la funcion en San Cárlos; tambien predica el doctor Benito.

En este momento se separaba Jertrudis, i al despedirse díjole Beatriz.

—Mire mi negra que la necesito en casa para una cosa que le tendrà mucha cuenta, cuando va?

—De veras? misia Beatriz; i cuando la encuentro en su casa?

—Mañana por la tarde, que no hai funcion en ninguna parte i que por lo mismo no tiene disculpa.

—Si, pero es que mañana tenia yo que ir a hacer unas viacrucis a Santa Ines.

—Entónces, cuando va?

—Mas bien pasado mañana por la tarde, que tampoco hai funcion.

—Pero sin falta?

—Si voi, misia Beatriz.

—Pero mire que no vaya a hacer sus cosas.

—Le prometo que seré puntüal a la cita; i como qué cosa será?

—Allà lo sabrá todo, porque es una cosa mui reservada, que no debe salir de las dos sino cuando mas los efectos.

—Bueno! esclamó Jertrudis tràtando de sondear con los ojos el interior de su interlocutora; con mas veras voi, porque me ha picado la curiosidad.

A pocos momentos se separaron todas, pensando en ir a almorzar pronto, para volver al ejemplo antes de que se comenzara; pero Beatriz no pensaba solo en el ejemplo; o mejor dicho, lo habia olvidado por otro pensamiento de mas importancia para ella, que la traia de dias atras mui atormentada: cuál serà ese pensamiento? Pueda ser que despues lo sepamos; por ahora pasemos a otra cosa.

CAPITULO XV.

Recordaran nuestros lectores que en el capitulo segundo, Pedro Maria contó a sus compañeros que el casamiento de Federico con la hija de don

Ignacio se habia desbaratado, sin que él supiese la causa; noticia que asombró demasiado a don Màrcos, tanto por la sorpresa que debia causarle un acontecimiento semejante, como porque siendo amigo íntimo de Federico, naturalmente debia sentir ese golpe fatal de su amigo, pues como que estaba en el secreto, conocia la pasion de Federico por la muchacha, motivo por el cual no podia imajinarse que este hubiese sido la causa. De cualquier modo que fuera, él pensò en salir pronto de dudas, así fué que luego que se despidió de todos sus compañeros, voló a la casa de Federico.

—Mi jóven amigo; díjole luego que lo encontró en ella; acabo de saber que se ha desbaratado tu casamiento con la hija de don Ignacio, i vengo a saber qué motivo hubo, pues me ha sido mui sencible semejante noticia, porque como lo sàbes, me interesa tu suerte.

—Mil gracias, señor don Márcos, así lo tengo reconocido; pero debo decirle francamente que ignoro el motivo.

—Es posible! Me engáñas?

—Desgraciadamente no lo engaño, señor don Màrcos; esclamó Federico con sèmblante angustiado; sabe que jamas tengo secretos para U.

—Pero, cómo es posible que no sépas lo que pasa por ti? Es que la muchacha se ha arrepentido?

—Al contrario; ella me ama hoi mas que nun-

ca; pero su padre me ha ultrajado de una manera indigna, acabando por intimarme que no tengo a qué volver a su casa, sin que yo hubiera podido saber el motivo, pues no fué posible que me lo dijera.

—Càscaras! eso es infame; esclamó don Màrcos encendiéndosele el rostro de cólera; quieres que ahora mismo hable con don Ignacio?

—No, señor don Márcos, porque me seria mui sensible que U. tuviera una molestia por mí.

—Si ese es el único motivo que tienes, deséchalo por infundado.

I dicho esto se despidió de su amigo i se fuè en direccion de la casa de don Ignacio, a la que en breve llegó i gòlpeó.

—Está ahí don Ignacio? preguntó con ancicdad.

—No, señor, le respondió un sirviente que saliò a ver quièn golpeaba.

—Donde está?

—No sé, señor, pero tal vez se habrá ido a la *madre antigua* con mi señorita.

—A la madre antigua? repuso don Màrcos con asombro; luego esa no es una funcion de mujeres solas, a puerta cerrada?

—No lo sé, señor, repuso el sirviente; yo apènas me lo figuro, porque le he oido decir algunas veces que viene de la *madre antigua*; pero si no està allà, se habrá ido a San Càrlos.

—I a qué hora vendrà?

—A las ocho de la noche.

—Pero las ocho no dilatan.

—Entònces no tardará en venir.

—I no hai nadie en la casa? preguntó don Márcos pensando en que podia entrar i esperarlo.

—Solo mi señora Luisa que està enferma i mi señora Margarita, hermana de *mi amo* Ignacio.

—I la señora de don Ignacio de que està enferma?

—De una pesadumbre que le hizo tener *mi amo* por unas patadas que le dió a un jóven Federico, que venia con frecuencia a la casa.

—I por qué le dió patadas a ese jóven Federico?

—No sé el motivo, señor; lo ùnico que puedo decirle es que *mi amo* Ignacio es tan bravo que ya no sabemos que hacer. Yo si no fuera porque mi señora Luisa es tan buena, ya me habria ido de la casa; porque no es posible aguantarle ese jénio; pues siempre nos está insultando i maltratando por cualquier simpleza; a mi señora la hace sufrir tanto que no puede U. figurarse las...

—De véras? interrumpió don Márcos al sirviente que tenia trazas de no acàbar el panejírico de su amo. Pero esas cosas, hijo mio; añadiò con su calma hãbitual; ni me las cuente, ni se las cuente a otro ninguno; porque lo que pasa en el interior de una casa, no debe salir de ella. Se podrá ver a la señora?

—Me parece que sí; entre *sumerced* i le avisaré.

En efecto, entró don Márcos seguido del sirviente que lo introdujo a una sala esplèndidamente adornada. Toda ella entapizada de magnífico papel dorado i cubierto el pavimento de las mejores alfombras francesas. En cada uno de los dos costados principales, veíanse dos grandes sofás forrados en terciopelo morado, que hacian juego con cuatro magníficas mesas de rosa de fábrica inglesa sobre las que descansaban otros tantos grandes espejos de cuerpo entero con algunos otros adornos, un elegante piano que se hallaba en uno de los costados secundarios de la sala, i una arrogante mesa redonda en la mitad de ella, sobre la que se veía un gran florero chinesco derramando para todas partes el perfume de todo lo mas raro que la naturaleza, ayudada del arte, ha hecho producir a los jardines de flores. Completaban este cuadro las silletas norteamericanas que esparcidas aquí i allí le daban una gracia especial al conjunto, iluminado por una hermosa lámpara de cristal, alemana.

—Siéntese *sumerced* mientras le aviso a mi señora Margarita; díjole el sirviente.

Don Márcos se sentó i esperó unos momentos, al cabo de los cuales se presentó una señora que, segun su semblante, rayaba en los treinta años. Su aire melancólico i abatido dejaba conocer al menos observador una alma azotada por el sufrimiento i la contradiccion.

Despues de los saludos de costumbre dijole don Màrcos.

—Venia, mi señora, en solicitud del señor don Ignacio i acabo de saber con bastante pena, que la señora se halla indispuesta.

—Si, señor; contestó la hermana de don Ignacio, con su aire melancólico; pero por fortuna es una lijera indisposicion de que estará libre, quizà de aqui a mañana.

—Celebro infinito, mi señora, saber ahora que la enfermedad no es grave; pero......

—Parece que golpean? sin duda es Ignacio.

En realidad no era otro; pero para no entretener al lector con lo que no sea conducente a nuestro objeto, dirémos apénas que luego que entró, i se cruzaron los saludos de costumbre entre la jente *que vale*, rompió don Ignacio el primero el silencio que habia durado unos pocos minutos.

—A que circunstancia feliz debo la honra de que el señor don Màrcos viniese a visitar mi casa esta noche?

—Oh! no señor; contestó don Márcos mordiéndose los labios, como que conocia el dobléz que encerraba la pregunta; sin duda que no es a la casa que he venido a visitar sino al señor don Ignacio.

—Se entiende i.....

—He sabido que un suceso desagradable,.....

—Ah! ya entiendo; viene U. a interesarse por

ese bribon de Federico; sabe U. que ha cometido un desacato grande?

—No he venido a intesarme por él, sino a saber el motivo que pudiera haber para tratarlo tan mal; pues él no es un bribon, lo conozco demasiado de mucho tiempo atras.

—Cómo! que no es un bribon? gritó don Ignacio dejándose llevar de las pasadas impresiones, que aun conservaba frescas; no sabe U. que es un jugador consumado que no abandona de noche las casas de juego? I sobre todo, lo que es peor todavía, un impío que jamas oye misa, ni se confiesa, i que si va al templo es a mofarse de las cosas buenas......?

—Eso es inesacto! calumnia atroz! gritó don Márcos enfurecido de ver el cinismo con que se calumniaba a su honrado amigo.

—Infeliz! ahulló don Ignacio ciego de cólera; a mí venirme con que eso es inesacto, calumnia? I quién es U. que se atreve a insultarme así?

—Yo no lo insulto a U.; repuso don Màrcos; quiero decir que han calumniado a Federico ante U. ¿Porqué en tanto tiempo como hace que Federico frecuentaba la casa de U. no solo no habia hallado en él esos defectos, sino que lo conceptuaba como un jóven de magníficos precedentes?

—Por qué? replicó don Ignacio dominado por el éstasis *divino* en que se hallaba; porque me habia engañado el infame, porque yo no sabia la alhaja que era hasta que la señora Be......me

lo dijo......Ah! no! hasta que yo lo vi.. Pobre hija mia, de la que te has escapado!

— Aquí hai una incógnita, don Ignacio; dijo don Márcos fijándose en las reticencias de su interlocutor; es preciso que U. me diga el nombre de esa persona que lo ha informado tan mal, para averiguar el enredo i poner a salvo el honor de Federico. Ese nombre lo exijo por el honor de U.!

— Por mi honor? venirme U. con esas? Vea qué atrevimiento; se va U. de aqui o lo pateo ahora mismo.

— A mí patearme U.? esclamó don Màrcos fuera de sí; si U. me falta en lo mas mínimo, yo le haré saber con quien se las entiende; me voi, agradezca U. que está en su casa donde hai señoras que debo respetar.

I dicho esto se marchaba ya, cuando don Ignacio, interponiéndosele al paso, le descargó un golpe de mano, que don Márcos escapó como pudo; e inmediatamente púsose en guardia para prevenir los demas, pues vió que no habia otro medio de escapar que vencer por la fuerza, o morir en la demanda; pues tal estaba don Ignacio, que si doña Magdalena o Beatriz lo hubieran visto, en ese momento, hubièranlo creido rezando una estacion en cruz i elevado una cuarta sobre el suelo. Pero por fortuna de don Márcos saliò en ese instante la hermana de don Ignacio gritando:

—Que es eso, Ignacio? por Dios! qué dirá la jénte!

—Señora! esclamó don Márcos; por respeto a U. no castigo como merece, la falta que se me há cometido por su hermano. Me retiro.

No sin trabajo pudo llegar don Màrcos hasta la puerta de la calle, escapando los golpes de don Ignacio que, apesar de los gritos e imprecaciones de su hermana, le habia seguido hasta allí, en donde un sirviente pronto, le habia abierto la puerta con anticipacion, a favor de lo cual, pudo escapar sin mayor novedad; pero no sin oir antes que don Ignacio le dijera al salir:

—Aguarda, infame, lo que venga despues.....

Dejemos aqui a don Ignacio entregado a sus *santos* furores, desfogàndolos quizà con su familia, i volvamos atras unos momentos a ver qué suerte han corrido nuestros amigos Mariano i Alfonso.

CAPITULO V.

Despues que salieron de la casa del último, despidiéndose de Pedro María i don Márcos, llegaron al punto donde la carrera de San Mateo se une a la del Norte; volvieron por ésta àcia el sur, i a pocos pasos llegaron al término de su viaje. Entraron a la casa, en donde una sirvienta fue la primera que por acaso les salió al encuentro diciéndoles:

—Entren *susmercedes* a la sala, mientras voi a avisarle a mi señora Clara.

Los dos entraron i tomaron asiento en esa modesta, pero aseada sala: cuatro sofàs pequeños forrados en damasco de lana, media docena de sillètas alemanas, cuatro mesas de diomate, sobre dos de las cuales descansaban otros tantos espejos de mediana talla con algunos otros adornos de ménos importancia, i sobre las otras dos el retrato del finado Rafael cubierto con una gaza negra i el de la madre de la señora, i una mesa redonda en el centro, sobre la cual se ostentaba una curiosa canastilla de granates, obra de las dos hijas de la señora, era todo el ajuar de ella; sin que en el pavimento se notasen mas alfombras que la modesta estera de Cómbita.

Los dos amigos, interin se hallaban solos, conversaban sobre el suceso del dia, formando las conjeturas mas contradictorias. Comenzábanse sin embargo a desazonar por la prolongacion del tiempo que duraban solos, interpretándola desfavorablemente, como sucede en casos análogos, cuando se presentó la señora.

Ambos la saludaron respetuosamente.

Ella por su parte les correspondió con ese cariño lleno de dignidad que le era tan natural.

Despues de unos momentos de silencio, que ninguno se atrevía a interrumpir, Alfonso fue el mas osado, espresàndose asi:

—Acabamos de saber, mi señora, que en un su-

ceso desagradable ocurrido en estos dias, ha sido comprometida la reputacion de Mariano, i como no hemos podido averiguar el orijen de semejante calumnia, hemos venido, porque tenemos entendido que tal vez U. nos pudiera dar algun dato por medio del cual se pudiera descubrir lo que haya sobre el particular.

—Ah! si, ya sè de que suceso me habla U. Alfonso; contestó la señora con su amabilidad característica; pero ni Mariano ni U. deben tener cuidado por eso; fué una bobera aquello; hoi sabemos que todo ha sido invencion de una mala mujer, que ni las muchachas ni yo creimos jamas por un momento.

—Su bondad me rehabilita!!! esclamó Mariano delirante de alegría; ¿como es posible que no creyeran *ni por un momento* una calumnia tan atroz i denigrante como la con que se ha tenido la osadía de querer manchar mi reputacion?

—Cómo? repuso la señora con una sonrisa de bondad; pues por el conocimiento anterior que teniamos de la conducta de U.

—I eso solo bastó? preguntó con anciedad Mariano.

—Eso solo habria bastado para nosotras; respondió la señora; pero desde el momento en que Andres mi cuñado, lo supo por Carmelita, se puso a hacer averiguaciones disimuladas, i de ellas supo que cuando tuvo lugar el suceso, hacia mas de un mes que U. se hallaba en el campo i

no había venido todavía, i que en los juzgados, donde se principió el sumario en averiguacion del hecho, no se hacia mencion del nombre de U. para nada; ni nadie pensaba en hacerla.

—Oh! de cuanta gratitud le soi deudor a don Andres por la molestia que se tomó por mí; pero especialmente a U. i a las señoritas por su estremada bondad en no creer un cuento tan alarmante como el que se habia forjado contra mi honor.

—Eso no significa nada, Mariano; repuso la señora; U. siempre será recibido en mi casa con el mismo cariño que lo ha sido siempre. El baldon no ha caido, sino sobre la persona que lo quiso calumniar a U.

I la señora hablando así, no hacia sino espresar sus propios sentimientos. "¿Cuántas veces, solia decir en ocasiones análogas, se refiere un hecho real o finjido, pero desdoroso, de un individuo que siempre se ha tenido en buena reputacion? I en cualquiera de los dos casos, ¿con qué derecho nos anticipamos a juzgar en contra de él, sin que se nos hayan presentado antes las pruebas de ese hecho? ¿Por què habiamos de dejar por un capricho injusto, al inocente sin defensa? Muchas veces lo caracterizado de la persona que nos hace la relacion, parece que no deberia dejarnos vacilar ni un momento sobre la veracidad del relato; pero ¿no puede haberse equivocado ese individuo i hacerse cómplice inocente de una calumnia?"

"No parece, añadia en otras ocasiones, que sean poco comunes las personas que se ocupan de averiguar lo que no les interesa saber, ni menos raras las que tienen por oficio contar lo que debieran callar, i aun muchas veces inventar para tener qué contar a otros; pero este es un vicio incurable ya en el estado actual de la sociedad; i lo seria para las futuras jeneraciones, si muchos padres de familia dejasen la detestable costumbre de averiguarles a los niños lo que ven o lo que oyen; pues acostúmbranlos con semejante procedimiento a que el dia que no ven ni oyen nada, inventen algo que contar aunque sea contra los criados, para no quedarse callados; porque difícil les es, ya tener la boca cerrada, especialmente si se les instiga. Mas como el que inventa hechos que no han sucedido, calumnia; es claro que con ese procedimiento tan sencillo enseñan a calumniadores los padres mismos a sus hijos."

No le faltaba razon a la señora; i quizà estos sentimientos fueron los que la obligaron a no creer la calumnia que contra Mariano se le habia referido; puesto que, como ella misma lo dice, lo conocia ya demasiado ventajosamente, para que el simple relato de una mujer, por caracterizada que pareciera, la hiciese variar tan repentinamente de opinion. Pero dejemos ya esto, i sigamos oyéndolos en la presente ocasion.

—Tal vez soi mui indiscreto, mi señora; dijo Mariano con timidez despues de algunos momen-

tos de silencio; pero no me seria posible saber el nombre de esa persona?

—Para qué? espuso la señora; eso tal vez le podria proporcionar a U. alguna molestia, cuando no hai necesidad de ella.

Preparábase Mariano a insistir en su demanda del nombre de la que lo habia calumniado, cuando entró Leonor, hermana de Carmelita, la que despues de contestar los saludos de los dos amigos, se sentò junto a la mamá, haciendo con disimulo a Mariano una seña picarezca de pura confianza, alusiva al suceso de que se acababa de hablar: Mariano la comprendió al instante i se ruborizó; Leonor que observó el mal efecto que habia causado su indiscrecion, se apresuró a distraer de ella a su futuro cuñado, diciéndole:

—Cuando ha venido U. del campo? Mariano.

—Hoi he venido, señorita.

—Hacia bastante que se habia ido?

—Un mes i medio, señorita.

—Mucho se habrá divertido por allà, no ha sido así? Aqui supimos que hubo fiestas en el pueblo donde U. estuvo; no dejaria de bailar en todas ellas.

—No, señorita, eso no sirvió de nada; no hubo un solo baile, ni diversion alguna que mereciera la pena; yo no me ocupé sino de arreglar mis negocios, porque deseaba volver pronto.

—A propósito, Mariano; les interrumpiò la señora; el pleito que U. tenia, se concluyó?

—No, mi señora, todavía està pendiente.

—De modo que tendrá U. que volver al campo? pues cabalmente hace tres dias que recibimos la contestacion de Macario, no solo dando con gusto su consentimiento, sino ofreciendo venir; de modo que, segun lo que nos dice en la carta, debemos tenerlo aquí dentro de ocho dias, i como no se podrá detener sino otros ocho a lo mas; necesitamos que U. no se ausente, si por eso no se le sigüe algun perjuicio.

—Ninguno absolutamente, mi señora; replicó Mariano pudiendo apenas contener el corazon dentro del pecho; pues he dejado un apoderado instruido, para el caso de que yo no pudiese volver pronto. Pero segun lo que U. me indica, su bondad me pone próximo a conseguir el término de mis esperanzas; quiere que, apesar de la nota de infamia que se ha querido arrojar sobre mi nombre, yo le dé el dulce título de madre; pues bien, desde hoi le daré ese título, desde hoi la llamaré mi madre, porque con él apenas podré pagar la inmensa deuda de gratitud que le debo, i uniendo mi nombre al de su virtuosa hija, no haré sino cumplir con un deber sagrado constituyéndome en guardian de sus virtudes, como poseedor de esa alma pura que apenas sabré merecer.

—Oh! no, Mariano! contestó la señora con esa dulzura que la hacia tan interesante; por mi parte digo a U. que la union de U. a mi familia, es un acontecimiento de mucha importancia para

mí, pues con él podré descansar tranquila el resto de mis dias por lo que respecta a Carmelita; porque le habré asegurado su porvenir, uniéndola a un hombre honrado, que la mirarà siempre como una parte de sí mismo; sin que para esto obste la mancha que se ha querido arrojar sobre su honor, pues como ya le he dicho, ella no ha caido sino sobre la persona que quiso calumniarlo.

Mariano quiso preguntar por Carmelita; pero se acordó de la carta escrita a Alfonso, se acordó de la infamia que allí se le denunciaba, i se ruborizó bajando los ojos, porque aun le parecia que despues de semejante calumnia, despues que se habia querido manchar su nombre, él no merecia pronunciar el nombre puro de la virtuosa Carmelita; pero la señora que lo observaba, lo comprendió todo i lo sacó del apuro diciéndole:

— Carmelita se ha ido hoi donde sus tias, pero presumo que U. no dejarà de volver a vernos pronto.

— Como no! mi señora; dijo Mariano dirijiéndole una mirada de gratitud a su interlocutora; mañana mismo lo verificaré.

Un momento despues, se hallaban Mariano i Alfonso en la calle dirijiéndose cada uno a su casa; aquel con el corazon henchido de placer, con una esperanza próxima a su fin; este cabisbajo i meditabundo.

Abandonémoslos aquí, i volvamos a nuestros *santos* amigos i amigas, a ver si ya almorzaron i volvieron al ejemplo i a la plática.

CAPITULO VI.

¿Qué fué que no vino al ejemplo ? díjole doña Magdalena a Beatriz a tiempo que esta llegaba i se arrodillaba.

—Nada, mi señora; contestó Beatriz; sino que como donde quiera está el enemigo malo metiendo su rabo, i mas en las cosas buenas, fué i se me atravezó una ocupacion urjente; pues me fué preciso ir donde el señor don Ignacio, porque tenia que hablar con él; por eso me tardé algo; pero todavía no comienza el sermon, no?

—Todavía no; pero si U. hubiera oido el ejemplo! fuè un caso terrible i qué bien que lo hizo el chino! I el señor don Ignacio no vendrá al sermon?

—Mírelo, ahí entra en este momentó; pero cómo fué el ejemplo? Misia Magdalena; cuèntemelo ahora U.

—Ai! caramba! si fué terrible; espuso doña Magdalena haciendo un ademan de terror; figúrese que fué un desgraciado que acostumbraba comulgar siempre en pecado, mortal, hasta que un dia vino *Mandingas* i se lo llevó; por lo cual se fué al infierno de cabeza, como lo merecia i se condenó.

—Què bueno! esclamó Beatriz con semblante placentero; qué lástima que no hubieran venido hartos *impíos* a oirlo!

—Si habia algunos; pero estaba yo que no cabia en mi de gusto, porque así verian esos *demonchiros* que el que comulga en pecado mortal, se lo lleva el *Patas*.

—Pero es que a esos *diantres* no les entran las cosas buenas. Ya como que sube el doctor Benito al púlpito?

—Si, ya sube; oigamos el sermon que debe estar qué bueno.

En realidad, en ese momento se abria paso el doctor Benito, aunque con dificultad, por entre toda la multitud que rodeaba el púlpito.

La actitud humilde i cojitabunda que llevaba, le atrajo las miradas de todos, i sobre todo el interes de las santas mujeres que ya conocemos, aunque a medias. No tardó mucho, apesar de todo, en subir al púlpito, i allí se arrodilló, quitándose el bonete i manteniéndose cabisbajo en ese estado, duránte algunos minutos. Cuando ya calculó los ànimos prevenidos para oirle, se puso de pié, se calò de nuevo el bonete recargó la espalda contra la columna que sostiene el púlpito, i se persignó con una coqueteria encantadora. Despues toció, estornudó, se sonó i escupió, quedándose de nuevo en un profundo silencio.

Todas las miradas estaban fijas en él.

Pasados algunos minutos de silencio, tomò el bonete en la mano, lo levantó a lo alto, se lo volvió a clavar en la cabeza i se encaminó del lado de la columna contra la cual habia recargado la

espalda, al estremo opuesto del púlpito en una actitud semejante al que va a sacar una pareja para bailar un bambuco, i dijo en voz atronante:

—*Mis* hermanos mios *(de yo:)* los impíos semejantes a un *leo rugiens*, andan con piel de obeja al rededor del redil, prontos a devorar el rebaño......... E hizo una larga pausa, durante la cual esclamaron a un tiempo doña Magdalena i Beatriz, desde su asiento.

—Chupa! diablos de impíos..... Así me gustà; agregó la última; esto si es bueno, lástima que no haya aquí hartos impíos.

—Es necesario; continuó el predicador; que tengais mucho cuidado; porque principalmente por la imprenta es que vomitan sus infernales impiedades..... I volvió a hacer una larga pausa que aprovechó Jertrudis para decir con un entusiasmo indescifrable:

—Eso es! me gusta por el papel aquel que publicaron el otro dia.

—Qué papel? preguntó doña Magdalena.

—Pues aquel contra las beatas, no se acuerda? contestó Jertrudis. Aquel que se hizo la graciosa misia Mariquita i lo leyó todo, apesar de que yo le advertí que se le podia arruinar la casa, si continuaba semejante lectura; pues lo debió de escribir alguno de esos impios bagabundos que no tienen qué hacer.

—Cierto! ya me acuerdo; tornó a decir doña Magdalena; pero escucha que ya va a seguir el

doctor, i tal vez será contra ese papel que va a hablar; pues bien lo merece por las impiedades que contiene.

—Os decia, *mis* carísimos hermanos mios; añadió el doctor reanimando su celo *apostólico*; que esos impíos malvados se han apoderado de la prensa para vomitar sus infernales impiedades; i en ella han impreso una hoja suelta que aquí traigo para advertir a los fieles que no la deben leer.

I dicho esto sacò del bolsillo un papel impreso que se puso a leer en alta voz, hasta que lo concluyó todo; pero mientras que lo desdoblaba para leerlo dijo Jertrudis:

—No se lo dije? misia Magdalena; ese es el mismito papel; ahora veremos chohacos impios.

—Deveras! que si como que es ese; esclamó doña Magdalena; me gusta por la *dómina*, para que otra vez no se meta a graciosa a leer impiedades; añadió señalando con el dedo a Mariquita, la que correspondió con una sonrisa de arrepentimiento i diciendo:

—Escuchen, que ya comienza a leer.

En efecto comenzaba el doctor la lectura de la hoja, la cual era una demostracion de las grandes ventajas que reportaría la medicina con la aplicacion del magnetismo para la curacion de ciertas enfermedades, i refiriendo algunos casos esperimentales que confirmaban la doctrina que se habia sentado; concluia por evidenciar que los

fenómenos magnéticos que tanto habian sorprendido a algunas personas, eran naturales i basados en las leyes eternas que el Supremo ordenador del mundo habia fijado.

Concluida la lectura, el doctor Benito añadió con voz arrogante i un aire marcado de triunfo.

—Todo el que lea esta hoja, *mis* hermanos mios, está *escomulgado*. I dicho esto, hizo otra larga pausa como para descansar de la fatiga que le hubiera causado la lectura.

Beatriz hizo un movimiento de terror al oir la escomunion; i esclamó:

—Ah! impios, *herejes*: quién los pudiera quemar vivos a todos, para que no causaran tantos daños!

—La lástima es que no hayan venido todos; observó Jertrudis; está tan sabroso el sermon, que me gustaria mucho que lo hubieran oido todos, a ver si así se enmiendan.

—Qué se van a enmendar esos diablos; espuso doña Magdalena; si aunque vengan, les entra el sermon por un oido i les sale por el otro; pero veamos siquiera cuantos han venido hoi.

—Vean; dijo Beatriz señalando con un movimiento de los ojos para los escaños que hai en el centro de la Iglesia; allí está aquel naricesde judio, que el otro dia decia que. . . . . . Dios me libre! era una herejia la que estaba diciendo.

—Miren! esclamó doña Magdalena; cuánto me gusta que haya venido aquel cara de serafin de estribo viejo de Pe. . . . .

—Aquello si que me encanta; interrumpió Jertrudis; allí está aquel ojos de zapo reventado de don Pacho; ahora veremos si.....

—Oigan que ya va a seguir el doctor; esclamó Mariquita; que hasta allí habia estado juiciosa, cuidándose poco de loque de ellá se habia dicho.

—Pero, como os iba diciendo, *mis* carisimos hermanos mios, se han apoderado los impíos de la imprenta i han tenido la osadía de publicar en sus papeles, que los gobernantes recojen mas contribuciones de las que se necesitan para los gastos públicos, lo cual es una calumnia, una blasfemia, una impiedad......I un acceso de tos que le arremetió, le impidió continuar; pero en su lugar lo hizo Beatriz, con la alegria pintada en el rostro diciendo:

—Tóma!' demonios de impíos, esa me gusta: si le digo que este doctor Benito se pinta predicando.

—I véalo, qué buen mozo que està! añadió Jertrudis ébria deentusiasmo.

—Parece un rubí! espuso doña Magdalena; esto si que es bueno! quién no viene a oir con gusto estas prèdicas tan sabrosas!

—Hasta el anillo que tiene en el dedo chiquito, le sienta como un lucero! tornó a decir Jertrudis, perdido ya el juicio de entusiasmo.

—Pero sírvanse dejar su cuchicheo, porque sino no dejan predicar; agregó desde el púlpito el doctor Benito, pasando saliva.

—Callémonos; dijo doña Magdalena; el doctor tiene razon.

—Antes ahora, *mis* carisimos hermanos mios; continuó el del sermon; por fortuna no hai elecciones, que si nó, riesgo habia de que se nos subieran encima los impios....

—Si! eso se quisieran, subírsenos encima! esclamó Jertrudis; pero no la han de chupar, porque para eso se van a *prolongar* por un año mas, por ahora, los Cons...........

—Cállese que no deja oir; le interrumpió Beatriz.

—Pero si tal hicieran esos impios malvados, *mis* carisimos hermanos mios, seria necesario trabajar para echarlos abajo; añadió el doctor dando un puñetazo tan fuerte contra el púlpito, que lo hizo temblar, i el semblante se le puso *rojo*, pues a tal habia llegado ya su entusiasmo, i sobre todo, su celo *apostólico*.

El sermon siguió durante una hora, con los comentarios que las hermanas tenian a bien hacerle, como se acaba de ver; pero nosotros no seguiremos oyéndolo, porque acontecimientos de mas importancia, llaman nuestra atencion; mas no concluiremos este capitulo sin dar razon del resto del dia, i sin que le hayamos hecho la cortesia a una de las venerables, acompañándola a su casa.

En efecto, concluido el sermon a la una de la tarde, se rezaron en comun algunas oraciones,

con lo cual se levantó la sesion, quedando convocada para las dos i media de la tarde; pero nuestras heroinas, que habian almorzado ese dia mas tarde de lo acostumbrado, determinaron una vez que no tenian hambre todavía, quedarse en el templo aprovechando esos momentos en unas viacrucis que rezaron con un fervor envidiable i despues de las cuales asistieron las primeras a la funcion de la tarde, la que no describiremos porque quizá el lector esté ya cansado de tanto oir rezar i predicar.

A las cinco de la tarde que concluyó la funcion, se retiraron a sus casas, de las que despues de tomar algun refuerzo, volvieron a la funcion de la noche, en la cual hizo el doctor Benito la segunda edicion de su sermon, agregándole algunas arandelas, con las que hubo de durar la funcion hasta las ocho de la noche, en cuya hora, concluido todo, se retiraron, cada uno a su respectiva casa.

Doña Magdalena, como era mui natural, llegó a la suya, i encontró a su marido tan bravo, como al fin del mes cuando le dicen qué no hai plata en la Tesorería.

—Buen primor! Magdalena; díjole al entrar; que se vaya U. yo no sé a donde todo el dia, i deje la casa sin saber lo que pasa en ella!

—Eh? ya comienzas con tus cosas? Gregorio; le contestó con enfado doña Magdalena; pues a dónde me habia de ir, sinó á ganar las indulјen-

colocó a nuestros primeros padres, i del cual fueron despojados por su infidelidad; es la espresion mas pura de una naturaleza exuberante i florida en que todo le sonrie al hombre, hasta la misma tristeza, hasta los males que con frecuencia aflijen a la humanidad; porque todos esos encuentran en el matrimonio un alivio anjelical, que los hace lijeros como la brisa de la mañana. Las pasiones mas borrascosas, se estrellan en él, como en un muro inespugnable, i abismadas con esa resistencia vigorosa i fuerte en su misma suavidad, se convierten en otros tantos alicientes que reaniman el corazon i lo preparan para nuevos goces tan intensos, tan puros i embriagadores, como son de grandes los males que causan cuando desenfrenadas no encuentran dique que se les oponga.—Nosotros hemos sido mui felices en haber nacido despues que el Salvador del mundo rehabilitò el matrimonio, elevàndolo a su primitiva dignidad con el sublime acto de haber sacado a la mujer de la degradacion en que jimió por tantos siglos, pues en esto precisamente estàn fincadas las delicias del matrimonio. Yo bien conozco que una gran parte de la felicidad que ofrece, consiste en la acertada eleccion de la que ha de ser compañera del hombre por sus dias; pero nada es mas fácil que conseguirla, cuando la pasion no ciega al hombre, cuando se calcula mas que se delira, i sobre todo cuando se fija ménos la atencion en lo físico que en lo moral. Por esto

no me cansaré jamas de aconsejarte que busques una compañera digna de ti, aun cuando se sostenga por algunos, que para esto jamas se debe dar consejo; te estimo demasiado para que no te desée la felicidad que hoi disfruto.

—Conozco demasiado, don Màrcos, su sincero afecto ácia mí; contestó Alfonso tristemente; pero mil circunstancias funestas, me obligan a no aceptar la felicidad que me ofrece, que la creo superior a todo, porque es precisamente la lei fundamental de la naturaleza; por eso considero que los que se òrdenan por verdadera vocacion, hacen un sacrificio heròico, digno del Dios a quien se lo ofrecen; i digo por *verdadera vocacion*, porque los que no entran por la puerta sino por la ventana como los ladrones, segun la espresion de Jesucristo, ya sabemos lo que son; hombres sin pudor que, guiados por la ambicion para satisfacer pasiones innobles, injurian a Dios i engañan a los hombres con un descaro de que no se encuentra ejemplo ni entre las tribus mas salvajes; porque por lo menos los impostores que entre estos llaman sacerdotes, si los tienen, ejerciendo sus imposturas no hacen mas que exhibirse como son, sin que por tales actos se les pueda calificar de engañadores i perjuros, porque como jamas conocieron a Dios, nada le han ofrecido.

—Cierto es todo eso; replico don Márcos; pero no te admito digresiones que me distraigan de mi objeto. Me hablabas de circunstancias funes-

tas, ¿cuales pueden ser? Yo supongo que tu pobreza sea la principal; pero como tù no eres tan calavera que vayas a buscar una niña de tocador de esas que gastan el dia entero en adornarse, mirarse i remilgarse en el espejo, o en estar sentadas al piano los dias mortales, no tienes que temer por esa parte; pues tu escaso trabajo es bastante para que pudieras vivir con las economías que tu fiel compañera te hiciera; pues no podrás negar que hoi tienes que gastar doble, por falta de una persona que se interese por tu suerte.

—No es ese el único motivo, don Márcos, aunque sí influye mucho, sin dejar por eso de reconocer la esactitud de sus reflecciones acerca del menor gasto; pero me seria mui penoso hacer desgraciada a una pobre mujer, privàndola tàl vez de muchas cosas de que disfrutaria al lado de sus padres. Cuanto sufrí por esto cuando vivia mi amada Carlota, especialmente en los dos últimos años que fué cuando la desgracia nos persiguió!

—A propósito; i de cuantos afanes no te sacó ella, cuando hoi te ves ahogado en cosas de menor importancia?

—Esacto es eso, don Márcos, pero los que ella sufría por mí, yo no los podia ver con indiferencia.

—Pero amigo; le dijo don Márcos con gravedad; esa es la vida; esos afanes son inevitables aun a los que nadan en comodidades: a Carlota tambien la vi muchas veces apesarada de ver que

te afanaras por ella; i si hubieran sido capitalistas, no habrian tenido uno i otro menores afanes, aunque estos hubiesen sido de otro jénero; pero tú sabes que la virtud les hace disminuir la pena que causan. Mi propia esperiencia es la que me hace hablarte en tales términos; yo he sido i soi mui feliz con la mujer que tuve la fortuna de encontrar, i como sé que no es difícil que tú encuentres una tan buena como la mia, o como la que tuviste la desgracia de perder, no puedo resolverme a verte sin disfrutar de la misma felicidad que hoi me endulza tanto la vida, porque mi estimacion por ti, asi me lo sujiere. Mas para poderte persuadir mejor, quiero hablarte de la que puedo asegurarte sin afectacion que no merezco. Tú sabes que no hace mucho tiempo que soi casado, pero en este corto espacio, he podido observar en mi señora virtudes que cada dia me la hacen mas digna de ser amada; hechos que podría llamar increibles si no les hallara esplicacion en esas mismas virtudes, me ligan a ella cada dia mas i me la hacen ver como un ànjel que la Providencia me enviara, para hacerme sentir ménos los padecimientos de la vida. Entre otros, quiero referirte uno que cada vez que lo recuerdo, me siento dulcemente conmovido de reconocimiento ácia esa misma Providencia, por haberme dado una compañera como la que tengo. Cuando nos casamos ya tenia yo mi casa prevenida con todo lo necesario, pero como tú sabes no hai peor cosa en

Bogotá que el servicio de las criadas; el dia menos pensado madrugò i se fué la que teniamos dejándonos solos, por cuyo motivo, no habiendo otro recurso, me fuí para la oficina dejàndola sola en la casa, con la mira dé que nos trajesen de comer de alguna fonda luego que yo me desocupara; pero cual fué mi asombro cuando de vuelta de la oficina, encuentro que ella sola habia hecho ya la comida! Este hecho, como tú ves, puede no causar interes alguno a los que, con una pretencion injusta, despòtica i aun bàrbara, no ven en las mujeres con quienes se casan, una dulce compañera destinada por la Providencia a suavizar con sus caricias los sufrimientos del hombre sobre la tierra, sino una esclava envilecida que está obligada a satisfacer hasta sus mas salvajes caprichos; pero los que encuentran los encantos de una mujer en la dignidad que le da su carácter de igualdad al hombre, no pòdràn desconocerle su mérito jamas. Por mi parte, ese mismo dia preví mi felicidad, previción que despues he visto confirmada en mil hechos semejantes; i para qué conozcas mejor el mérito de la accion que acabo de referirte, es preciso que sepas qué en casa de sus padres, jamas la dejaron asomarse a la cocina.—Pero me diràs volviendo a ti, que esa és mi fiel compañera; pero que dónde encontrarías tú una igual? a lo cual te contesto con lo que tú sabes; las mujeres buenas son múi comunes apesar de la corrupcion que por desgracia se ha,

estendido en el mayor número, i cuando se tiene el interes que el caso demanda, la prudencia facilita la que se desea......... Con que te resuelves ya?

—No me resuelvo todavía, don Márcos, tengo otras dificultades que no admiten la misma solucion, por mas brillante que sea esta, principalmente por el ejemplo que me refiere.

—I cuales son esas? No las adivino, aunque te conozco mas de lo que tú crees; o será que estás enamorado de alguna impedida i por lo mismo te has imposibilitado por ahora?

—Mi imposibilidad no es *por ahora*; creo que será *por* siempre.

—Qué dices? Te has enamorado por ventura de alguna monja? Pues aunque lo fuera de una casada no es posible desesperar tanto asi, de que alguna vez no enviudara.—Dijo esto don Márcos en un tono tan jovial, que dejaba conocer que su ánimo era traer a su amigo a buen terreno, para arrancarle con dsimulo algun secreto amoroso i desgraciado que ya sospechaba en Alfonso; pero que no juzgaba oportuno preguntárselo de buenas a primeras.

—De una monja? espuso Alfonso sonriendo melancólicamente; no faltaba mas sino que yo fuera a invadir el recinto sagrado de las esposas de Jesucristo.

—Pero Alfonso; replicó don Márcos observando con atencion los movimientos de su interlocu-

tor; tales dificultades opones, que das lugar a sospecharlo.

—Pero en fin, don Márcos, no hablemos mas de eso; mi mal no tiene remedio, i hablar del que se le pudiera hacer, es como decirle al que se está muriéndo de sed, que a cien leguas de distancia encontrará mui buena agua. Hablemos mas bien de la funcion de esta noche en San Francisco ¿No piensa U. ir? No es U. amigo de funciones relijiosas?

—Bien! amigo mio, no te mortificaré mas por hoi, con tanta mayor razon, cuanto que comprendo que tienes un sentimiento oculto, que ni tú te atreves a descùbrir, ni yo serè tan imprudente que pretenda arrancártelo por la fuerza. Iremos a la funcion de esta noche, si tú lo quieres. Sabes quien predica?

—Me parece haber oido decir que será el doctor Sinforoso.

El doctor Sinforoso? Magnífico! esclamó don Márcos dejando conocer la satisfaccion que le causaba oir hablar de este sábio i virtuoso sacerdote, no obstante que, segun decia, no tenia amistad con él. Si es el doctor Sinforoso, añadió, no debemos perder ese sermon, porque con él no se pierde el tiempo; se aprovecha i se instruye uno.

—Mucho le gusta a U. el doctor Sinforoso? Preguntó Alfonso con interes.

—No me ha de gustar? contestò don Márcos con entusiasmo; si ese clèrigo si es un verdadero apóstol de Jesucristo? Estraño absolutamente a las miserables pasiones de partido, no predica ni enseña jamàs, sino la pura doctrina del Evanjélio; i no seria capaz de profanar la càtedra del Espíritu Santo llevando a ella al degradado esbirro del poderoso, o al imbécil fanàtico que declama contra todo el que no es de su mismo pensar en política, como si el Salvador del mundo hubiera dejado su doctrina fincada a determinado partido político, como si èl no hubiera predicado i padecido para todo el mundo i por todos los hombres sin distincion alguna, como si la redencion no hubiera sido universal! No; él no es de esos, tú lo conoces por los sermones que le habràs oido; su palabra es fuerte i vigorosa, pero jamas apasionada; pinta el vicio con toda su fealdad, pero nunca señala al vicioso, con el dedo ni ménos lo busca con el nombre de un partido político cualquiera, por que él sabe que en todos los partidos hai hombres que con una ignorancia lamentable declaman contra una Relijion que no conocen, e hipòcritas perversos que bajo una apariencia devota, ocultan una alma negra de acciones vergonzosas i de intenciones dignas de un canibal; hombres por cierto mas peligrosos que los primeros, porque son como la serpiente oculta entre las flores; asi como tambien, sabe él, que en todos los partidos hai católicos sinceros

que por lo mismo que lo son verdaderos, jamas hacen ostentacion de serlo.

Con su dulzura habitual se atrae los ánimos aun de los mismos enemigos de la Relijion, que no tienen dificultad en ceder muchas veces, porque ven que jamas emplea la sátira o el sarcasmo para convencer i convertir, pues sabe mui bien que estos medios indignos del fin para que se emplean, léjos de persuadir, no hacen sino ecsaltar e irritar mas las pasiones de los hombres, alejando así aun las probabilidades de una conversion. Por esto es que, tú lo habràs oido citar con mucha frecuencia en sus sermones el Espíritu de San Francisco de Sáles, i principalmente aquel pasaje en que dice el Santo que se pueden cojer mas moscas con una cucharada de miel, que con cien barriles de vinagre, aludiendo precisamente a los buenos modales i palabras con que se debe atraer a los que se crean estraviados, i aun vindicar al mismo Santo, lo habràs oido, de la contradiccion en que los fanáticos lo quieren hacer caer con el pasaje de la Filotéa.

"Este gran Santo, le oi decir en uno de sus sermones, no pudo jamas aludir en su Filotéa a las personas de los que se crean enemigos de la Iglesia, para que puedan ser desacreditados impunemente. Pudiera San Francisco de Sàles, uno de los hombres mas sàbios de su siglo, incurrir en una contradiccion tan monstruosa? Pudiera, con una plumada, haber destruido toda la doctrina de

ese libro precioso, su Filotea, en que solo respira caridad para con el pròjimo desde su primera hasta su última lìnea? Se necesita ser mui vulgar, de alcances mui mezquinos o quizà estar cegado por la pasion, para no ver en ese pasaje de la Filotéa una alusion ùnicamente a los escritos de los enemigos de Dios o de la Iglesia. De eso habia dado ya ejemplo el Salvador, predicando contra los hipócritas, que son los verdaderos enemigos de Dios i de la Iglesia; haciendo pinturas vivas i enérjicas de ellos, pero jamas llamándolos por sus nombres, de donde se deduce que atacaba el vicio respetando a la persona por caridad; i seguramente que no habia de ser San Francisco de Sáles el que diese un ejemplo tan escandaloso, como el de desacreditar la doctrina de Jesucristo con la autoridad de la Iglesia; por el contrario, todo el mundo sabe que el ilustre Obispo de Jinebra, fué uno de los mejores panejiristas i observantes de esa sublime doctrina, a la par que un súbdito fiel de la Iglesia Católica."

Estas palabras se me quedaron mui presentes, precisamente porqué formaban contraste con un sermon que pocos dias antes le habia oido a otro predicador, que hablando de los impios i herejes sostenía que lo eran todos los que usaban ruana colorada, i queriendo pintar a los masones i a los hipòcritas, decia: "Quereis saber cuales son esos? Pues los que se dejan *guacharaca;* asì como no debeis buscar a los hipócritas, sino entre los que

anden de capa larga." La alusion no podia ser mas contraria a la doctrina de que es sacerdote; porque esto en vez de correjir, necesariamente debia irritar mas los ànimos de los ofendidos; sin embargo el pobre se exhibia tal cual es, sus alcances no son mas.

Pero el doctor Sinforoso, en quien debo ver un verdadero apóstol de Jesucristo, tiene otras mil cualidades que me lo hacen mui recomendable: tú sabes, porque creo que te ha sucedido a tí tambien, lo difícil que es, apesar del crecido nùmero de sacerdotes de uno i otro clero que hai en Bogotá, el conseguir uno cuando se ofrece ausiliar un enfermo de noche; que muchas veces no se consigue ni aún que vayan algunos de los curas, no obstante la obligacion que tienen. No hace muchos meses me sucedió a mí; se me enfermó de gravedad una de mis hermanas; el ataque le comenzó tan fuerte a media noche que creimos que se moria ántes de que amaneciera; corrí yo mismo a buscar un sacerdote cualquiera miéntras que Antonio voló en busca del mèdico, lo primero que se me presentó fué un convento de frailes, donde me puse a golpear fuertemente, hasta que al fin salió uno echando piropos, le espuse brevemente el objeto de mis golpes i me contestò:

—Aquí no hai padres que puedan ir, porque les está prohibido salir de noche.

—Pero ¿cómo es posible; le repliqué con la es-

peranza de moverlo; que les esté prohibido salir a cumplir con un deber de caridad tan conforme con la Relijion?

—Sea lo que fuere; tornó a decirme a gritos; vaya U. donde el cura que es el que tiene ese deber.

—Pero mire; volvi a decirle sin perder la esperanza; mireverendo padre, hágame el favor de avisarle al Superior del convento, porque estoi seguro que él revocarà, por esta noche, la prohibicion dejando salir uno, que yo me comprometo a acompañarlo otra vez hasta aquí.

—Yo no voi a avisarle, porque no quiero que se ponga bravo; conque así váyase a donde su cura.

Desesperado de agonia i convencido de que no conseguiría que el reverendo portero se compadeciera de mì, seguí mi camino, recorriendo todas las casas que yo sabia de algunos clérigos, i de ninguno conseguí compasion; hasta que por fortuna me encontré con un artesano conocido mio, i me diò las señas de la casa del doctor Sinforoso, a quien yo no conocia todavía; i apesar de ser media noche, no dilatò en levantarse i ponerse en camino conmigo i uno de sus sirvientes. Despues he sabido que sea el que fuere el que lo llame, i a cualquiera hora de la noche, sale inmediatamente, siendo de advertir que, segun sus mas antiguos sirvientes, jamas sale de la oracion para adelante, i ménos solo, como no sea a cumplir con

este deber, que él considera el primero de todos, segun su esactitud en llenarlo. Pero despues de esta cualidad tan recomendable, lo que mas me gusta de él, es que jamás ha consentido en que se imprima uno solo de sus sermones, lo que prueba, a no quedar duda, que él predica mas por el provecho de los fieles, que por vanidad. Fatuos conozco yo, que han llevado el sermon a la imprenta, antes de predicarlo.

—I sabe U. don Màrcos; dijo Alfonso; por què es que el doctor Sinforoso jamas imprime sus sermones? Es mi opinion que tengo motivos para fundarla; porque él nunca los estudia, los improvisa.

—Puede ser; espuso don Márcos; pero es raro que improvisándolos, predique tan bien.

—Nada tiene eso de raro; replicó Alfonso; porque cuando no se estudia lo que se ha de decir, sino que se deja obrar al corazon, se habla con elocuencia; i esto que sucede jeneralmente a todos, debe pasarles con mayor razon a los que tienen en mira a Dios, i no a su vanidad; pues un discurso vanidoso por demasiado estudiado agrada, pero no persuade, miéntras que las palabras que salen del fondo mismo del corazon conmueven i atraen a los oyentes, insinuándolos en los mismos sentimientos del que las pronuncia. El ejemplo, entre otros muchos, lo encuentro en Crestierno cura de Dacia, que aseguraba que durante treinta años que ejerció el oficio de predi-

cador, poniendo mas cuidado en las flores de la oratoria, que en el objeto del sermon, i tal vez profanando la càtedra del Espíritu Santo con la mitolojìa pagana, se ganó es cierto, una fama estraordinaria aun entre los cismàticos, pero no pasó de ahi el provecho que sacara de sus sermones; en tanto que en un año solo de las inspiraciones sinceras en que cambió las figuras de la retòrica, hizo grandes conversiones al cristianismo; i aquello mismo tendrà que sucederles a todos los predicadores que se dejan guiar, bièn por un torpe fanatismo que los pone en ridículo, o bien por una vanidad lamentable que los exhibe como meros declamadores; el uno no harà mas que atraerse el desprecio de todos, i el otro agradará a todo el mundo con sus bellos discursos, pero no conseguirà mas provecho que el primero, porque àmbos desconocen el verdadero espíritu del Catolicismo, que en esa parte se puede resumir a estas tres palabras: CARIDAD, SENCILLEZ, SINCERIDAD.

—Todo eso es cierto; espuso don Márcos; mas por desgracia comprendido por mui pocos. Pero en fin, Alfonso, otro dia continuaremos nuestra conversacion; pues ahora tengo que ir precisamente a cumplir con una cita; de la que quiero quedar libre lo mas temprano que pueda, para volver a la oracion a que vamos juntos al sermon del doctor Sinforoso, que no debemos perder. Hasta luego Alfonso....

—Hasta luego, don Márcos, no se olvide de volver temprano; iremos al sermon.

—I tú no te olvides del objeto de nuestra primera conversacion de esta tarde.

Don Màrcos se fué, i Alfonso que habia recibido una punzada en el corazon con la última indicacion de aquel, se quedò sumerjido en una profunda tristeza.

—Que no me olvide; decia a solas en medio de mortales angustias; que no me olvide del objeto de nuéstra primera conversacion! I esto me lo dice ignorando que por mi desgracia yo no puedo olvidarme jamas de eso!... oh! destino fatal!...... Sociedad infame, que así persigues al hombre honrado....... Pero qué digo? No! no es la sociedad entera, porque en ella hai todavia algunas pocas almas jenerosas que comprenden la humanidad, que la conocen i la compadecen, puesto que su poder no puede llegar a mas; almas dignas de mejor suerte que la de vivir entre semejantes caribes...... Pero qué estoi diciendo?..... No lo sé..... la fiebre me devora......... Carmelita! si!........dentro de pocos dias serás de otro......... mi suerte serà la del condenado a una perpetua prision, privado de ver la luz!.... me serà vedado verte, i mi destino cruel me desterrará para siempre de tu lado.........! I ni un lugar para un desgraciado en tu memoria.....! i gozaràs cual paloma inocente àl abrigo de las tentativas del milano, i yo sufriré para siempre

las amarguras del dolor............... Pero por qué tanto rigor conmigo mismo? Porqué no le he dicho alguna vez que la amo, que la idolatro, que no puedo vivir un instante sin verla? Frecuentando tanto la casa i no haberle dicho hasta ahora una sola palabra de mi amor!!!.... Oh! esto es indigno, merezco mi suerte!.... Voi ahora mismo.... No! no voi... i por quò no he de ir?.... .... Ah! soi un infame, un traidor!..... Mariano, amigo mio, perdona a tu desleal amigo devorado por la fiebre i carcomido por los remordimientos; si! remordimientos de la felonìa que ìba a cometer contigo. Tù me has confiado tu secreto i yo te lo iba a traicionar! Perdona, amigo mio..........

El infelìz no pudo continuar; la fiebre que lo devoraba, lo obligò a sucumbir. El ùnico sirviente fiel que le quedaba, resto de tiempos ménos adversos, acudió a su ausilio, aunque tarde, i los dos chiquitos, apesar de su corta edad, lloraban con ese llanto inocente de los ánjeles, al pié del lecho del desgraciado padre. El cuadro no podia ser mas patético.

Pero dejémoslo ahí, miéntras presenciamos otra escena no ménos dolorosa.

CAPITULO VIII.

Las apariencias dejan conocer que ya habian trascurrido algunos dias desde que succdió lo que acabamos de referir; pero no podremos decir

cuantos fueron esos dias, porque las crónicas que nos han servido de base para escribir la presente historia, no fijan las fechas. No obstante, como estas nada influyen en la veracidad de los hechos, continuaremos sin fijarnos nosotros tampoco en ellas.

Eran las nueve de una noche de esas en que la luna, limpiándose las legañas, alumbra con ambos ojos; don Màrcos marchaba a paso lento i mesurado con una incógnita por la carrera de Popayán ácia el sur. De rato en rato se detenia la incógnita como a escuchar alguna cosa, durando a veces largos momentos en esta operacion, con lo que se desesperaba don Márcos, que hubiera querido llegar en dos brincos al término del viaje que llevaban; pero con desesperacion i todo, tenia que sufrir con paciencia las detenciones de su compañera; sin embargo, al fin pudo mas su impaciencia, i se atrevió a decirle a media voz a la incógnita:

—Qué diablos! por fin no llegamos i yo desespero por saber pronto el resultado.

—No se afane, señor don Márcos; contestó la incógnita en voz mui baja; es necesario ir con tiento, porque sinó nada lograremos. No se olvide de las promesas que me ha hecho!

—Malditas promesas! balbució don Márcos desesperado.

Apesar de las frecuentes detenciones i del paso mesurado de la incógnita, que tanto desespera-

ban a don Márcos, al fin llegaron a una tienda que queda cerca del puente de Lésmes.

—Desde aquí, señor don Márcos; dijole la incògnita; podemos observarlo todo sin ser vistos.

—I los de esta tienda? Preguntó don Màrcos con algun sobresalto.

—Son jentes de mi confianza; le contestó la incògnita con una calma admirable; podemos entrar i esperar tranquilos.

—Tranquilos? Despues que U. me ha desesperado, robàndome la paz i tranquilidad de que disfrutaba? esclamó don Márcos con calor dejándose caer sobre un taburete viejo que habia en la tienda a donde ya habian entrado ámbos, i tomándose la cabeza con las dos manos.

—Pero le he ofrecido la prueba de todo, i esponiéndome a un resfrio i quién sabe a qué mas consecuencias funestas, vengo a cumplirle; repuso la incógnita con sangre fria.

—Pero yo me muero de angustia mientras llega la hora; dijo don Màrcos a media voz i casi soltando el llanto.

—No habrá que esperar mucho; opuso su compañera; estése U. ahí, yo me sentaré a la puerta i cuando sea tiempo le avisarè.

Diez minutos, que fueron diez siglos para don Màrcos, habian esperado en silencio, cuando se descubrió un personaje que venia llegando al puente de Lésmes de sur a norte; la incógnita dió el aviso convenido a don Màrcos i ámbos se

colocaron de manera que pudieran ver sin ser vistos, el misterioso personaje, envuelto en una capa hasta los ojos i llevando un gran jipijapa que le cubria perfectamente la cabeza, avanzaba a paso lento i paràndose por momentos, como para observar lo que pasaba en torno suyo. Don Màrcos cada vez se fijaba con mas interes en él; al fin cuando ya lo vió parado un momento sobre el puente se atreviò a decir:

—Como que no es él!

—Còmo! qué no es él? Déjelo U. i verá como entra: le aseguro que es el mismo Pedro María en persona.

Con semejante respuesta, don Márcos se exaltó i quiso correr àcia él; pero su compañera lo detuvo de un brazo diciéndole:

—Loco de U. que va a hacer? No ve U. que todavia no tiene prueba ninguna? Déjelo que entre i entónces sí haga lo que le parezca.

—Es verdad! Aguardaremos! esclamò don Márcos con amargura i visiblemente ecsaltado.

El nocturno viajero continuó su camino, i despues de tomar todas las precauciones que creyó necesarias, se paró frente al porton de la casa de don Márcos, que quedaba casi al frente de la tienda donde este estaba con la incógnita, i despues de un momento de haber esperado, dió tres golpes pausados i mui lentos, que fueron tres lanzadas que el infeliz de don Márcos recibió en el corazon. No tardó mucho en salir una persona

de la casa, que abrió lo mas paso que pudo, i luego que hizo entrar al incógnito cerró con el mismo cuidado.

—Quiere U. mas pruebas? Se atreverà U. todavia a a llamarme calumniante? esclamò su terrible compañera con aire de triunfo, i una sonrisa sardònica que conmòviò hasta la última fibra del corazon del desesperado marido.

—No! no necesito mas! Bramò don Màrcos enfurecido, i se lanzò veloz como una liebre, a la puerta de su casa, donde se puso a golpear fuerte i desesperadamente.

A la incògnita, apénas desapareciò su compañero, se le alcanzaron a oir las siguientes palabras:

—Eh? Dios lo guie! Le tengo lástima a ese pobre señor! sufria tanto! I........ Ahora lo que falta es que ese imbécil de Tomas se *pele* i nos haga sufrir un chasco!..... Pero si tal sucediera, aseguro que no sacaria mi vecino mejores panderetas del cuero de un caballo que del de ese bruto! Dijo i desapareciò por entre las misteriosas sombras de la noche.

Don Màrcos apénas le abriò la criada, preguntò lleno de furor:

—Quien ha entrado esta noche? donde está Manuela?

—Nadie ha entrado, *mi amo;* mi señora......

—Nadie? I a ese hombre que acabo de ver entrar, quién le ha abierto?

Un ruido que sintiò en la pared que cae àcia el

rio, le llamò en ese instante la atencion i corriò allá; pero tarde porque el bulto que lo habia ocasionado, salvaba en esos momentos la pared, dejándose caer al otro lado; don Márcos disparò una de las dos pistolas que, apesar de las promeses hechas a la incògnita, habia llevado ocultas; luego subiò corriendo a la pared por una silla vieja que parecia puesta allí con intencion, i desde ese sitio disparò la otra a un bulto que le pareciò ver salir del cause del rio, a la calle que queda junto a este. Convencido ya de que nada mas podia hacer en persecucion del que así le habia invadido su casa a tales horas, bajò de nuevo diciendo:

—Habian previsto el caso los infames! I yo tan majadero que no tomé ninguna medida de precaucion anticipada! Se fué, pero yo lo cojeré mas tarde!

E inmediatamente se dirijiò a la pieza de su mujer, gritando:

—Manuela!.........Dònde estàs mujer ingrata i desleal?

—Qué hai? qué ha sucedido? Preguntò la señora que apénas habia oido su nombre, pero no las últimas palabras que se le dirijieron, porque don Màrcos, sin voluntad, habia bajado un poco mas la voz para decirlas.

Còmo! Qué ha sucedido? esclamò este enfurecido; quién ha entrado esta noche aquí?

—Pues quién otro ha de haber entrado que vos?

—I ese hombre que acabo de ver entrar i luego salvar la pared que cae al rio?

—Algun ladron! de modo que viniste a tiempo; pero qué tienes que andas con esos gritos? dijo la señora con tanta sencillez, que si don Márcos no hubiera llegado a ese estado de ecsaltacion que lo dominaba en esos momentos, habria conocido la inocencia de su mujer.

—Què tengo? i me preguntas eso? infame, ingrata i desleal; i me preguntas eso despues que introduces secretamente a la casa a Pedro María?

—A Pedro María? esclamò la señora con un asombro tan grande, que parecia haber perdido el juicio; quién te ha dicho semejante cosa? quién se ha atrevido a calumniarme? I tú que me conoces has........

—A calumniarme! repitiò don Márcos remedando la voz de su mujer con un horrible despecho; te atreves a decir eso despues que yo mismo he visto esta noche que llega Pedro María, i le abren la puerta i entra sijilosamente? i despues que.........

—Pero, Márcos, por Dios! Te aseguro de buena fé que no comprendo nada de lo que me estas diciendo, porquè todo lo ignoro! interrumpiò la señora con un acento de dolor tan profundo, que hubiera podido conmover un peñasco; pero don Màrcos estaba ciego de despecho.

—Lo ignoras todo? ingrata, infiel! agradece que te he querido tanto; agradece que mi educa-

cion no me permite hacer otra cosa; pero esta misma noche te abandonarè para siempre, porque has sido pérfida por demas con quien tanto te ha idolatrado, porque me has faltado a la fé que me juraste, porque me has destrozado el corazon con tu conducta infiel.....Oh! no es posible sufrir tanto baldon! Dijo i cayò sin fuerzas sobre una poltrona, i tomándose la cabeza cón àmbas manos, prorrumpiò en prolongados jemidos de dolor.

La señora que habia oido todo en medio del mas grande sobresalto, comprendiò al fin que se sospechaba de su virtud, que se le atribuya un crimen; pero no podia imajinarse qué pudiera haber dado oríjen a estas degradantes sospechas, i la idea de que se la creyera capaz de una falta semejante, junto con el semblante airado que manifestaba su marido, le agotaron las fuerzas, no pudo resistir mas, sucumbió al dolor i cayó desmayada balbuciendo entre dientes estas palabras:

—Tú, a quien tanto he amado, has dado lugar en tu corazon a la calumnia!...Ingrato!

Largo rato duraron àmbos en este lastimoso estado, sin que el furor del uno, ni el sobresalto i la sorpresa de la otrā, les hubiesen dejado ocurrir la idea de averiguar con la criada la clase de personaje que habia entrado; no obstante, a don Márcos era al que menos le podia ocurrir semejante idēa, porque tódos los antecedentes en que

lo habian puesto, no le dejaban lugar a la mas mínima duda de que su mujer le era infiel.

Al fin don Màrcos se paró, quiso tomar la puerta para irse, pero nò pudo prescindir de echar una última mirada a la que tanto habia amado, i la vió tendida en un sofá, radiante de hermosura, durmiendo el sueño de los ánjeles, i un agudo jemido que exaló en ese momento, le hizo brotar una lágrima ardiente, que casi se evaporò con el fúego de sus mejillas; se conmovió i quiso ausiliarla, aunque infiel, segun su opinion. Acercòse a ella, i despues de haberla contemplado un momento con ese aire de estupidez que imprime un dolor profundo i casi repentino, esclamò:

—Dios mio! Tanto como la he querido! Tanto como la he idolatrado! i tener que dejarla por infiel!.......Por infiel! si! porque ha echado sobre ella i sobre mí una mancha negra e indeleble que no se podrà borrar jamas! Una nota de infamia que nos anulará para siempre!..... Ingrata! Siquiera por la fé que me juraste! Por el sincero i puro amor que consagré en tus aras, pudiste haber observado una conducta mejor... Pero nada fué eso para tí!.....Todo lo atropellaste en un momento de locura: amor, virtud, honor!!!....Oh! nò puedo resistir mas el dolor que me agovja! Me voi!.....

I salió precipitadamente sin dar oidos a la criada que entraba en ese momento diciéndole:

—Ya està la cena en la mesa, *mi amo* Màrcos.

Despues que salió de su casa, largo rato anduvo errante por las calles de la ciudad, sin direccion ni destino, i acosado de los mas funestos pensamientos i de las ideas mas sombrias, hasta que su buena estrella quiso que tropezara con Mariano en el altozano de la Catedral, que salia del Teatro i se dirijia para su casa.

—Qué hai? don Márcos; qué anda U. haciendo por aquí a estas horas?

—Eh? Mariano; i de dónde viene U.?

—Del Teatro; pero dígame qué anda haciendo a esta hora por aquí? Se me hace estraño encontrarlo a U. tan tarde de la noche por la calle, tanto mas cuanto que no lo he visto a U. en el Teatro esta noche.

—Se ha perdido la llave de mi casa, i no tengo por donde entrar.

—De veras? don Màrcos, i la señora?

—Allà se quedó encerrada.

—Pues si U. gusta, vamonos para casa; le dijo Mariano sin sospechar siquiera que don Márcos habia perdido el juicio en ese momento en fuerza del dolor que lo consumia.

—Vamonos, amigo, le cuidaré la casa de ladrones esta noche; espuso don Márcos.

—Gracias, don Márcos; no hai riesgo de ladrones; le replicó Mariano fijándose un poco en las miradas inquietas que su interlocutor dirijia en torno suyo.

I àmbos se dirijieron para la casa de Mariano,

cavilando este sobre la conducta estraña de don Màrcos, como que sabia que no era capaz de quedarse una sola noche fuera de su casa, i aun dudando sobre la pérdida de la llave. Pero deseoso de descubrir esa conducta que él creia misteriosa, no tuvo dificultad en llevarlo a su casa, a la que no tardaron en llegar, porque siendo una de las que forman la segunda calle de la carrera de Santa Marta, no distaba mucho del punto en donde se habian encontrado.

Allí llegados, Mariano no tardò, a favor de la luz que pusieron en su pieza, en conocer el verdadero estado de don Márcos, i al momento le dijo sobresaltado:

—Don Màrcos! U. sufre! que le ha sucedido?

—*Algun ladron!* le contestò don Márcos con aire estúpido.

—Le han robado a U. esta noche? le preguntò Mariano pensando en que acaso le hubiera sucedido esta catàstrofe a su amigo, i que anduviese por la calle en solicitud de ausilio.

—Sí! esclamò don Márcos con un aire aterrador; me han robado todo mi bienestar, mi felicidad, la joya mas preciosa que poseía!

—I no ha ocurrido U. a la policía? Si U. quiere vamos ahora mismo lo acompaño.

—Ya es tarde! ya no hai remedio! i diciendo esto se sentò en un sofá, tomándose la cabeza con las dos manos, i prorrumpiendo de nuevo en profundos sollozos.

Mariano no sabia qué pensar; le habian robado en efecto a don Màrcos? Pero qué pudieran haberle robado, discurria Mariano, que le causara tanta pena como la que demuestra, cuando él no es de esos miserables que son capaces de llorar todo el mar por un centavo que pierdan? La duda era grande; pero Mariano no tenia modo de salir de ella, porque respetando el dolor de don Márcos, no queria hacerle preguntas impertinentes que se lo pudieran agravar.

Convencido Mariano de que nada mas podria saber esa noche, quiso llevar a don Màrcos a que se acostara, porque de ese modo esperaba distraerlo algo de su dolor; lo invitò, pues, pero don Màrcos nada respondiò; repitiò la invitacion segunda i tercera vez sin mejor éxito; aproximòse entònces a él para observarlo de cerca, le tomò una mano i lo hallò consumido por la fiebre. Mariano se alarmò con esto estraordinariamente, lo levantò casi por la fuerza i lo llevò a la cama, en donde comenzò a delirar como un loco. Escusado es decir que la noche se pasò en suministrarle todos los ausilios que se creyeron necesarios.

Al dia siguiente, Mariano que naturalmente ignoraba la escena de la noche anterior, mandò a la casa de don Màrcos el aviso del estado en que se hallaba en la suya, pero no obtuvo mas contestacion que un pliego cerrado i sellado que entregò una criada de la casa al sirviente de Mariano, diciéndole:

—Llévele esa carta, que trajeron hoi, a *mi amo* Márcos, i dígale que mi señora está gravemente enferma.

Mariano tomò el pliego de las manos de su mandadero, luego que este estuvo de vuelta, i leyò el sobre escrito, que decia: "*Secretaría de Gobierno* (sin espresar cual de las dos que hai en Bogotà, si la chiquita o la grande)=*Al señor Màrcos R......—Presente.*" Luego lo abriò con el objeto de contestar por don Márcos, figurándose que la demora de la contestacion, pudiera perjudicar a este, i lo hallò, prescindiendo de la cabeza, concebido en estos términos:

Señor Màrcos R.....

El ciudadano Poder Ejecutivo, ha tenido a bien exonerar a U. del destino que desempeñaba en esta Secretaría, lo que comunico a U. para su gobierno.

Dios guarde a U.

CORREA D'ACOSTA.

Málas lenguas aseveran que ese mismo dia, recibia don Gregorio, otro pliego en que le comunicaban que el *ciudadano* le habia echado a cuestas la *carga* que àntes llevaba don Márcos, i que se esperaba de su acrisolado patriotismo (de a cien fuertes mensuales!) no le diese el pesar a la patria de privarla de sus luces (aunque las llevase *apagadas.*) I llega a tal punto la maldad de esas lenguas de que hablamos, que se han atrevido a

sostener, como un hecho corriente, que al mismo tiempo recibia un tal Tomas, otro pliego, anunciàndole que tenia que posesionarse del destino que habia dejado don Gregorio, si se resolvia a sufrir la pena de recibir cincuenta fuertes mensuales por........fumar tabaco i charlar como un papagayo.

Por qué se habian hecho estos cambios de parejas? Mil opiniones contradictorias vagan, como jénios alados, en torno de las cabezas de los desocupados; por cuya razon, no podremos saber, por ahora, lo que haya de cierto; pero dándole cuarentena a todo, pueda ser que despues lo sepamos.

Miéntras tanto, volvamos a buscar a nuestras *santas* heroinas, que ya nos estàn haciendo falta.

CAPITULO IX.

En la época en que nos hallamos, ya algunos meses habian dejado atras al de mayo; i por consiguiente, tanto las venerables como el señor don Ignacio, habian tenido, contra su voluntad, algunos dias de vacaciones, porque ya las funciones relijiosas no eran diarias. Ya la Iglesia de San Cárlos se veia algunas veces desierta, sin que fuese seguro encontrar allí a toda hora a esas santas personas que saben hacer sacrificios heròicos, faltando muchas veces a sus deberes, para que el sacristan no pierda su tiempo, abriendo inútil-

mente las puertas del templo. Con este motivo nuestras heróinas i su arlequin, vagaban por las calles de Bogotá, como aves que han perdido su nido, en busca de funciones relijiosas. A veces por la tarde llegaban a una Iglesia que encontraban abierta, porque la estaban barriendo, ponian el oido, olfateaban, no oian ni veian nada, i seguian a otra para sufrir el mismo chasco, que los ponia de mal humor; hasta que, cansados de gastar su calzado inútilmente, entraban a la primera que encontraban abierta; rezaban una estacion o unas viacrucis i se volvian para sus casas satisfechos de no haber perdido el dia. Por las mañanas era diferente, porque aunque no hubiese ninguna funcion especial, encontraban misas i sobre todo la ocasion de leer su biblioteca, que jamas olvidaban llevar consigo.

Un dia, pues, de esos en que mas habian husmeado sin suceso, i que por lo mismo ya se volvian para sus casas de mal humor, hicieron un hallazgo precioso, que los llenò de satisfaccion.

—Quiere creer, misia Magdalena; dijole Beatriz a tiempo qué llegaban al altosano de Santo Domingo; que hecha la majadera no me acordaba que hoi hai *Escuela de Cristo?*

—Cierto, que hemos sido mui tontas! Esclamò doña Magdalena; pero por fortuna todavía no es hora de que se haya comenzado.

—Entremos, pues, a la *escuela;* agregò Jertrudis con semblante placentero; pues cabalmente a mi

me viene mui bien, porque tengo que hablar con el Padre Pascacio, i tal vez será el de la *escuela* hoi.

—Y yo tambien tenia que hablar con el Padre Nicanor; espuso doña Magdalena; pero tal vez seria mejor que fuéramos por la porteria.

—No; es mejor que entremos primero a la *escuela*; observó Beatriz; porque nos esponemos a volver tarde, i cuando salgamos, mas bien iremos a la portería, si aquí no mas en la Iglesia no logramos ver a los Padres; que yo tambien tengo que hablar con el padre Jorje.

Hubo un momento de indecision, al cabo del cual, el señor don Ignacio que, como lo hemos hecho notar, iba de galan, preguntó con aire malicioso, pero con una coqueteria inimitable, dirijiéndose a Mariquita:

—Y la señorita no tiene algun Padre a quien hablarle?

—Si, señor; contestó Mariquita saliéndole un *escrúpulo* de carmin a las mejillas; si tengo que hablar con el Padre Pânfilo.

—Entremos, pues, a ver si los encontramos aquí; tornó a decir el señor don Ignacio con semblante compunjido.

I los cinco se espetaron a la Iglesía, cada uno a representar su papel; don Ignacio en la nave principal junto a un escaño, arrodillado en la actitud mas humilde que imajinarse pueda: las santas mujeres mui inmediatas a la puerta de la sacristía. Allí aguardaron largo rato con una pa-

ciencia digna de elojio; pero al fin agotada la paciencia, porque todo se agota en este mundo, i viendo que ningun padre salia, una a una se fueron dirijiendo ácia la puerta de la sacristia, hasta llegar a la que sale al claustro, en la cual, no siéndoles permitido penetrar mas adentro, se pararon a esperar, alargando por momentos el pescuezo, para observar como garzas *pescadoras*. No obstante cansadas tambien de esta operacion, pensaban ya en retirarse para ir a la portería, cuando salieron retozando como becerrillos, los Padres que debian hacer la funcion.

—Mi padrecito; díjole doña Magdalena a uno de los coristas; me da razon si el Padre Nicanor está en el convento?

—No sé, señora; contestó el corista i corrió a ponerse el roquete i el collar para salir mas luego con su cirial, dejando a doña Magdalena con tamañas narices.

La misma pregunta fué dirijida a los demas sin que las respuestas fuesen mas favorables; doña Magdalena se retiró pues a su primer local de mal humor; Beatriz i Mariquita no fueron mas felices; pero hubo una a quien se le alegrara el ojo; el Padre Pascacio acababa de salir i Jertrudis se le dirijió diciéndole:

—Ah! maula! conque me dejó esperando!

—De veras? le contestó el reverendo; pero no será tarde esta noche.

—Esta noche no puede ser, porque.............

—Ah! ya me acuerdo; esta noche no, porque tenemos rezo de *primera clase*, i hai que asistir a coro; pero mañana?

—Mañana es mejor.

—Convenido.

I los dos se separaron tan satisfecho el uno del ótro, como Annibal i Escipion de la entrevista que tuvieron en vísperas de la batalla de Zama. Jertrudis habia sido mui feliz ese dia, lo que naturalmente le atrajo la envidia de sus compañeras, que no habian logrado la misma felicidad; pero sin embargo, esto no estorvó para que sentadas en su primitivo lugar, esperasen la funcion con santa paciencia, i mediando la conversacion mas edificante.

—Què haremos; decia doña Magdalena; para quitarle los *escrúpulos* a aquel padrecito catire, que tiene tantos?

—Cual? Preguntó Beatriz con interes; aquel ñatico tan gracioso?

—Ese mismito; repuso doña Magdalena; que no he podido conseguir hasta ahora que me dé la mano, i siempre anda con los ojos bajos i se detiene tan poco cuando una le va a hablar.

—Pues lo mas fàcil es conseguirlo; replicò Beatriz con aire pedagòjico, como quien tiene un gran secreto que enseñar i que esplicar; el Padre Jorje era lo mismito recien que se ordenò; pero yo le quité la *maña*, convidando al Padre Juan, que ya era soldado viejo, a algunas tertulias a

casa con la condicion de que llevara al Padre Jorje, i allí le metiamos sus *copitas*, i cuando no queria bailar lo sacábamos por la fuerza, con lo cual i la burla que le haciamos con el Padre Juan, se le fué un poco eso; así es que ahora ya lo habrà visto U. qué diferente!

—Aí! caramba! Esclamó doña Magdalena; tan diferente que el otro dia lo vi en una botelleria queriendo abrazar a la cajera, i al pasar oí que le decia:

—Ah! mi negra; solo cuando estoi diciendo misa, es que me acuerdo de echármelo a la manga para traértelo.

—De veras? mi señora; esclamò Beatriz con aire de desagrado; i qué seria lo que le iba a llevar en la manga?

—Quién sabe! algun *relicario* tal vez; pero dígame, conseguiremos algo del padrecito catire del modo como U. me indica? Pues es tan chocante que ni aun la mano le den a una; i tan bonito que es ese padrecito!

—Pues que sí! porque ahora me acuerdo que con aquel otro Padre del lunar en el pescuezo, hice lo mismo para quitarle los escrùpulos.

—Del lunar en el pescuezo? Espuso Jertrudis tomando parte en el diàlogo; i como se lo ha visto?

—Pues mui bien! replicò Beatriz con una risita de satisfaccion; si al fin ya hasta los hàbitos se los quitaba luego que entraba a casa; i ese si que

era escrupuloso recien que se ordenó; si daba yo no sé qué de verle la chocantería.

—Mira, misia Magdalena; dijo Mariquita llamándole la atencion ácia un rincon de la Iglesia, en donde habia unos faroles forrados en papel i recargados contra la pared; qué descuido aquel! es que dejar forrar aquel farol de encima en un papel tan *buen cristiano!* (†).

—Ah! si! ya veo; observó doña Magdalena con marcado disgusto; pero por lo que toca a eso, bien destinado está; pues ya no me gusta ese papel desde que publicaron en él, la defensa que nos hizo el médico.

—Cual médico? Preguntó Beatriz; si eso no fué médico; no se acuerda que fué el boticario?

—Tiene U. razon; tornó a decir doña Magdalena; era que estaba yo pensando en el doctor Pantuflas; por eso dije médico; pero ya me acuerdo que la defensa es del boticario de los remedios *rancios.* Pero nos *fregó* el hombrecito con su tal defensa; mas valia que no lo hubiéramos metido en el negocio.

—Deveras! mi señora; esclamó Beatriz; yo lo

(†) El número 165 de *El Porvenir.* Convendria que el lector se impusiese en todo lo que se ha escrito, por una i otra parte, sobre la *célebre* cuestion de que se van a ocupar las heroinas; para esto le indicamos, ademas del número citado de *El Porvenir*, que vea tambien el 174 i los números 31, 35 i 38 de *El Núcleo*, con todos los documentos a que se refieren, que todos son fáciles de ser consultados en la Biblioteca Nacional; pues de este modo es como el lector que quiera hallar la verdad, puede formarse un juicio verdaderamente imparcial.



que siento es qué todavia hai riesgo de que la señora directora lo descubra todo i haya las del *Uñas*.

—Pero no sean desagradecidas! alegó Jertrudis tomando a su vez la defensa del *defensor*; bastante hizo el pobre con decir lo que pudo en defensa de nuestros *comunes intereses*, ya que los otros que nos han ayudado a aprovechar, no se han atrevido a decir una sola palabra: peor hubiera sido quedarnos callados todos, i los impíos riéndose.

—Cómo riéndose? replicó Beatriz de mal humor; no ve U. que con esa defensa lo que se ha hecho es darles mas motivo, no solo para que se rian de nosotras, sino lo que es peor para desacreditarnos? Figúrese qué defensa comenzando con una mentira tan *gruesa* como el defensor! Es que ir a poner alimentos por arrobas para los enfermos, cuando todos saben que ni por adarmes los hai, pues que los enfermos se están.....

—Pero no diga de arrobas, misia Beatriz; le interrumpió doña Magdalena; lo mas gracioso del cuento es el de ir a poner que en un mismo dia i a un mismo enfermo se le embuten dos medias botellas de leche i media de chicha!.... qué requeson el que harían esos enfermos, añadió sonriéndose aunque con amargura.

—Pero no diga eso, mi señora; volvió a decir Beatriz; i lo del vino encima de la leche i la chicha? i si los enfermos eran calenturientos que

tal?......¿Cuando menos estaría soñando al escribir eso, que estaba todavía despachando en su antigua i ahumada botica, i por no dejar ir el real, componia su receta con lo primero que había a la mano, aunque fuera de leche, chicha i vino revuelto todo en forma de bebida para contener un cólico miserere.

—El *miserere* era el que nos iba haciendo cantar con su defensa; espuso doña Magdalena; i despues ir a salir conque el otro citaba del informe de la señora, lo que le convenia *como los protestantes*, como si el tal boticario citara lo que no le conviene cuando escribe sobre algo; si le digo que ese señor debe tener el talento en la *rabadilla*.

—Alto ahí! esclamó Jertrudis; que ya se desmandan mucho contra el infeliz! No seria yo defensora de UU. tan desagradecidas! Debieran tener en cuenta que si la defensa no quedò mejor, es debido en primer lugar a que él no pudo mas; i en segundo a que aunque hubiera podido, no es posible que se ocurra lo mejor cuando se tiene el susto entre el cuerpo de que lo hayan cojido a uno con el pan en el seno.

—Pero él tuvo quince dias de término para contestar.

—Nosotras tambien hemos tenido mas término para conversar; pero eso probará dos cosas; arguyó Beatriz con aire de conviccion; primera que él pobre no es ni puede ser mas; i segunda que un susto de esos no sale del cuerpo, así de

cuento de ánjeles somos; porque en fin, la cuenta que presentaron los impíos, si era tan corriente como que se fundaba en documentos oficiales, que no pueden sér desmentidos; pero de todos modos yo si convengo con misia Jertrudis en que el infeliz hizo lo que pudo, i como no debemos mirar sino las intenciones, creo que tenemos que seguir haciéndolo partícipe de lo que *pesquemos*; pero eso sí, con mucho tiento, porque si la señora directora nos llegase a descubrir, era seguro que nos echaban de la confraternidad, i ya ve, yo lo que siento es las induljencias que dejariamos de ganar!

—Cierto misia Beatriz; opuso doña Magdalena; pero yo no convengo en que lo sigamos haciendo partícipe, porque si de golpe se le antoja hacernos otra defensa como esa, entonces si que nos acaba de enterrar.

—Pues bien, misia Magdalena; le impondremos que se calle la boca i no vuelva a hablar i ménos a defendernos.

—Que se va a callar! Ya ve que cuando no tuvo mas que decir, salió con que: "*ya descubrí que eres mui feo, i por lo mismo nó debo volar con vos.*"

—Mui rijida es U. con el infeliz, misia Magdalena.

—No lo he de ser, si hasta con el impresor se va a meter, queriéndole hacer un delito de su trabajo, como si fuera peor dirijir una imprenta, que

haber vendido aguardiente simple por àlcali volátil, o tierra blanca por magnesia, en las Nieves i Santa Bárbara?

—Pero en fin, misia Magdalena; dijo Beatriz con enfado al ver la terquedad de su interlocutora; algo se ha de hacer, porque si lo dejamos por fuera, sin darle parte, nos puede denunciar, en venganza, i entonces sí que quedàbamos como allá fuera.

—Despues veremos lo que se hará; repuso doña Magdalena como discurriendo sobre algo que le hubiera hecho fuerza; por ahora atendamos a la funcion que segun parece ya va a empezar.

En realidad, comenzaba el Padre Pascacio, que dirijía la funcion, a rezar el rosario, despues del cual, empezó el sermon que le habia tocado a un anciano relijioso de esos pocos que, apesar de todo, han conservado las mas puras costumbres, i que, fieles observantes de su regla, se han hecho dignos del hàbito que cargan i de la Relijion que han jurado observar, propagar i defender.

En su sermon tomó por tésis desenvolver el pensamiento que entraña el v. 3. del salmo XIII, en que el Real Profeta, pintando la jeneral corrupcion de su tiempo, decia: *sepulcro abierto es la garganta de ellos: con sus lenguas urdian engaños, veneno de àspides debajo de sus làbios.* Demostró con una sencillez verdaderamente evanjélica, que la mayor parte de los grandes pecados de los hombres, tienen su orijen en la mala lengua, la cual,

parodiando el sagrado testo, comparaba a un hondo i horroroso sepulcro a donde iban a sepultarse todas las reputaciones, aun las mas sanas i bien sentadas; hizo ver los gravísimos males que se acarreaban a sí mismos los murmuradores i los que inventaban enredos para desacreditar al prójimo, no ménos que los que causaban a sus víctimas; concluyendo por una exitacion al amor del pròjimo, a no querer ni hacer para otro, lo que no se quiera para sí, tan insinuante, tan patética i llena del espíritu evanjélico que lo distingue, que hubiera podido cautivar a las mismas fieras, si cual otro San Francisco de Asís, se hubiera puesto a predicar entre ellas.

Pero tal fué el desagrado que este sermon produjo en nuestras santas heróinas, que no lo pudieron resistir todo; i las mismas que habian oìdo con un entusiasmo que rayaba en frenesí, el sermon del doctor Benito, hubieran dejado al Padre hablando solo, si ellas fueran las únicas que lo estuvieran oyendo.

—Vamonos misia Magdalena; dijo Beatriz; porque este padre es insufrible con sus chocheras de viejo.

—Sí; vamonos; correspondió aquella; porque estoi temiendo que cierren la portería i yo tengo que hablar precisamente con el Padre Nicanor.

Las cuatro salieron i se dirijieron a la portería, en donde, miéntras que doña Magdalena hablaba con el Padre Nicanor, despues que se lo habia

llamado el portero; Beatriz i Jertrudis conversaban aparte con interes creciente.

—Mire, mi negra; le decia Beatriz a Jertrudis; que desde esta mañana le queria decir a U. una cosa.

—Qué cosa? misia Beatriz.

—Que es U. una buena maula; ya hace mas de dos meses que me está engañando todos los dias con que va a casa, i hasta ahora no ha ido, i la cosa urje ya; porque queda mui poco tiempo: dígame formalmente; va? o no.

—Si voi, misia Beatriz; repuso Jertrudis con indiferencia; sino que hasta ahora no me ha quedado tiempo.

—Pero mire; volvió a decir Beatriz con afan al notar la indiferencia de Jertrudis en sus contestaciones; la cosa es mui sencilla; ya hubiera ido yo a su casa, pero U. no ha querido que yo vaya.

—Pero si U. sabe que de dia yo no paro en casa por mis ocupaciones.

—Quiere que vaya una nochesita de estas? díjole Beatriz fijándole una mirada escudriñadora.

—No; de noche no.

—Por qué no? pues como U. vive sola, podriamos hablar con libertad i sin atisbas.

—Pero de noche no; replicó Jertrudis bajando los ojos; porque unas veces va el doctor Benito i otras el Padre Pascacio i tal vez no les gustará que vaya otra persona.

—I entónces porqué no va U. a casa? Mire,

para interesarla mas, voi a decirle que el asunto para que la necesito, es de plata, i que si lo manejamos bien, tal vez le puede quedar a U. una cosa de consideracion con qué vivir con descanso; pero si U. no va pronto, se puede perder el negocio, porque ya queda mui poco tiempo, i yo quiero que sea U. la que gane esos realitos.

—Deveras? misia Beatriz; esclamó Jertrudis con un estremeson de cuerpo tan violento como el que despierta repentinamente de una pesadilla, i brillándole los ojos de. . . . . . I como qué cosa será?

—Ya le he dicho otras veces que tenemos que hablar largo i en el mayor secreto posible; lo que interesa es que sea pronto, porque si nó, ni para U. ni para mi habrà.

—Pues bien; le prometo por quien soi que ahora si no falto a la cita; el jueves me tendrá U. en su casa precisamente.

Aquì iban, cuando doña Magdalena las interrumpiò, diciéndoles:

—Vamonos, niñas, que ya me desocupé.

En efecto, ya el Padre Nicanor se habià ido para su celda, llevando un pliego de papel marquilla enrollado, con una pintura, que doña Magdalena le habia dado; pero como el curioso lector querrá saber qué pintura era esa, no lo dejaremos con la curiosidad. Toda ella representaba un sol con siete rayos, en los estremos de cada uno de los cuales, estaba formada de pequeñas flores una

letra de las del nombre del Padre, i en el centro un corazon ardiendo en las llamas del mismo sol, en cuyo fondo habia escrita una décima que no trascribimos aquí, porque apénas la pudimos leer mui de prisa a tiempo que el Padre recibia el pliego, i con él, la invitacion a concurrir el dia siguiente, por la noche, a la casa de doña Magdalena a un baile que esta iba a dar para completarle *los dias*; pues ese dia era el del natalicio del Padre; por supuesto que habia de llevar a los Padres Pascacio, Jorje i Pánfilo, sin olvidarse del padre Juan i con especial recomendacion de no dejar en el convento al padresito catire.

Cumplidos ya estos *deberes de la amistad*, se retiraron a sus casas mui contentas i satisfechas, lo mismo que el señor don Ignacio, el cual acertó, a su salida del templo, por una casualidad de esas que se parecen tanto a las de las novelas, a encontrarse en la calle con Mariano.

—Mariano; díjole despues de contestar el saludo que le habia hecho; casualmente que lo necesitaba, porque le tengo que decir una cosa que le interesa mucho a U.

—Me tiene a sus órdenes; contestó Mariano deteniendo el paso.

—Vamos para casa i allí hablaremos; porque no es cosa de hablarse en la calle; replicóle don Ignacio con su aire característico.

Allí llegados, encontraron la puerta de la calle llena de andrajosos mendigos, de distintas edades

i sexos, tan llenos de mugre, de llagas i de trapos sucios amarrados en las piernas, en los brazos i aun en la cara, como son los que sirven de lujo a muchas casas de Bogotá, i, sin que obsten las narices de la policía, diariamente recorren las calles, apesar de los benéficos establecimientos de la Casa de Refujio i Hospital de Caridad, todos ellos con la esperanza quizá de encontrar avisos en las esquinas, en los cuales se fijen el lugar, dia i hora en que se reparten limosnas, como parece que se pretende introducir la moda, i algunos, en opinion de graves i concienzudos cronistas, mas sanos i robustos que el mejor trabajador campecino; pero al verlos fué tal el sentimiento de lástima que despertaron en el ánimo del señor don Ignacio, que no pudo contenerse i hubo de decirle a Mariano:

—Permítame, Mariano, ántes de entrar despacho estos pobres, que me están esperando.

I luego volviéndose a ellos les dijo:

—A ver; uno, dos, tres, cuatro..... ahí va ese cuartillo (*) para los cuatro.

I siguiendo del mismo modo, los fué contando i echando afuera a cada cuatro que iba dotando con un cuartillo, hasta que concluyó con todos.

Gastados así tres reales que habia sacado del bolsillo, se dirijió de nuevo a Mariano diciéndole:

—Ahora sí entremos, Mariano; disimúleme V.

(*) Un cuartillo equivale a dos centavos i medio de un peso fuerte.

que lo haya hecho esperar tanto rato parado en el zaguan; pero estos pobres estaban esperándome desde mui temprano i como yo no habia podido venir mas pronto, tenia que despacharlos todos; pues hace mucho tiempo que acostumbro aliviar sus necesidades todos los martes.

—No tenga U. cuidado por mi; le respondió Mariano; pero veamos pronto el objeto con que U. me ha invitado esta noche a venir a su casa.

—En parte ya lo tengo conseguido! pensó don Ignacio mui para sì solo, i alzando la voz dijo:

—Entremos pues que pronto lo sabrà U.

No dilataron mucho en hallarse sentados en el cuarto de estudio de don Ignacio, en el cual, ademas de los muebles que ordinariamente se encuentran en toda pieza de este jénero, se hallaba una mesa llena de papeles en desórden, un estante con varios libros, i en las paredes algunas pinturas entre las cuales campeaban una Dolorosa, una Magdalena, un San Ignacio de Loyola i un retrato de uno de nuestros mas ilustres Arzobispos. Veiase tambien en primer término en la mesa de los papeles un hermoso Crucifijo *quiteño*, Luego que el sirviente, que les puso luz, los dejó solos, enderezole la palabra don Ignacio a Mariano del modo siguiente.

—Mariano, U. sabe que siempre lo he querido como amigo i por lo mismo me he interesado siempre i me intereso por todo lo que tiene relacion con U. porque lo reconozco como un jóven

que, al nombre ilustre de su familia, ha sabido añadir las mas sobresalientes cualidades; pero he sabido que U. desea casarse con una de las hijas de doña Clara i mi corazon se ha contristado, porque presumo que si U. ha tenido tal pensamiento, es sin duda, porque no conoce lo que son esas mujeres, i mi amistad ácia U. i su familia exije de mí el deber sagrado de darle los informes necesarios, para que U. sepa lo que son.

—Que informes puede U. darme, don Ignacio, que yo no pueda saber? opuso Mariano con curiosidad al oir la perorata de don Ignacio; demasiado conozco a misia Clara i a sus virtuosas hijas, que lejos de ser acreedoras al desden conque U. me habla de ellas, las creo por el contrario mui dignas de la estimacion de todos los hombres honrados.

—Ahi està precisamente su equivocacion, Mariano; replicó don Ignacio mordiéndose los labios; U. no sabe que son unas mujeres desconceptuadas por su mala vida, i un jóven como U. no debe ni visitarlas.

—Pero es que U. tambien las visita, i yo no creo que U. visite mujeres desconceptuadas; espuso Mariano fijando una mirada penetrante en don Ignacio.

—Las visitaba antes; pero desde que descubrí lo que son, no he vuelto casi ni a pasar por la calle; tornó a decir don Ignacio sin dejarse fascinar por la mirada de Mariano; pero lo que yo de-

seo es que U. se persuada de que es la verdad la que le digo; que no debe volver ni a visitarlas.

Mariano pensó un momento, al cabo del cual, dijo a su interlocutor:

—Pues bien; de cualquier modo que sea, yo le agradezco a U. el interes que manifiesta por mí; pensarè lo que deba hacer i de éllo daré cuenta a U.

—Pero es que yo quisiera asegurarme de una vez de que no volverá a visitar a semejantes mujeres; pues la reputacion de U. tambien sufrirá, lo que es altamente sensible para mí......Me ofrece no volver?

—Eso no se lo puedo ofrecer hoi; pero mañana le daré a U. mi resolucion.

Dijo esto Mariano con tal aire de firmeza, que don Ignacio no se atrevió a replicarle una palabra mas; con lo cual se despidieron quedando comprometidos a verse las caras al dia siguiente.

CAPITULO X.

RELIJION hermosa del Evanjélio i la Cruz! Tú, que naciste cuando el universo estaba sumerjido en un denso mar sin límites de sangre, de corrupcion i de tinieblas; tú, contra quien se unieron las pasiones de los hombres i las potestades del mal, i que, apesar de todo i venciendo obstáculos, has seguido tu marcha majestuosa iluminando los cielos i la tierra con el poder del bien i la verdad;

tú eres la única civilizadora del orbe; tú la sola que es digna de la adoracion de séres llenos de intelijencia i libertad. Si los impios te ultrajan i te calumnian, es porque no te han estudiado, es porque no conocen los tesoros de luz i de bondad que encierras en tu fecundísimo i materno seno; i si los hipòcritas hacen odiar tu resplandeciente faz, proviene de que solo se fijan en las esterioridades del culto, poniéndote de pàntalla para sus iniquidades i quedando insensibles a las lecciones de tu moral sublime, inagotable manantial de las virtudes; pero los últimos te causan mas mal que los primeros, i son mil veces mas despreciables, porque es a sabiendas que arrojan lodo a tu preciosìsimo manto, Virjen pura.

Los impios i los hipócritas nos perdonaràn, en fuerza de la verdad, estas espresiones nacidas del fondo mismo de nuestra alma verdaderamente católica; pues no hemos podido prescindir de ellas, en vista de lo que sucede diariamente en el globo que habitamos. A los primeros, plumas hàbiles les han demostrado ya hasta la saciedad su error; a los segundos, nos toca continuar demostràndoselo con una historia cuya verdad de sus hechos se funda en la conciencia universal de todos los hombres.

En efecto, pregúntese en Bogotá, por ejemplo, desde el mas chico hasta al mas grande, desde el jóven hasta al viejo, desde el humilde artesano hasta al altivo sibarita, al Levita como al seglar,

i en una palabra a todas las clases de la sociedad, si hemos referido en esta historia alguna cosa que no sea esacta i se encontrará que todos, aun los mismos comprendidos en ella, no haràn otra cosa que repetir lo que diariamente dicen, a saber: la verdad i nada mas que la verdad!

Pero dejándonos de preàmbulos que para muchos acaso vengan a deshora, continuaremos nuestra relacion, siguiéndola desde donde quedó interrumpida en el capítulo anterior.

Al dia siguiente, pues, fué Mariano a la casa de su futura suegra i le refirió toda la conversacion que habian tenido el anterior con don Ignacio, sin agregarle eso sí una sola palabra, como hombre honrado, i al mismo tiempo le espuso el plan que habia concebido para poner en claro los misterios que pudiera haber.

—Cabalmente nos ha venido mui bien; díjole la señora a Mariano; pues hoi me he encontrado en la calle con don Ignacio, i oficiosamente me ha ofrecido venir esta noche, de modo que ni necesitamos llamarlo.

—Eso es bueno; añadió Mariano con muestras de satisfaccion; èl mismo vendrà por sus propios pasos a ponerse a nuestra disposicion; de suerte que a las seis de la noche vendré yo para estar prevenido.

I con este compromiso Mariano se despidiò de la señora.

Don Ignacio, como en realidad lo habia ofreci-

do a la señora, estuvo puntual a las seis i media de la noche. Recibiéronle la visita en la sala principal, que ya conocemos, i despues de unos breves momentos de conversacion, pretestando cualquier cosa, salieron sucesivamente de la sala Leonor i su mamá, quedando sola Carmelita con el visitante. Este, despues de haber echado una mirada escudriñadora por toda la sala, como para persuadirse de que no habia mas quien lo oyera, le dirijió con anciedad la palabra a Carmelita.

—Què felicidad! tiempos hacia, adorada mia, que deseaba un momento tan oportuno como este.

—Oportuno para qué? don Ignacio; opúsole Carmelita con desagrado; acaso no......

—Para decirle que la amo, que la idolatro,que.. I él mismo se interrumpió fijándose lijeramente en un ruido casi imperceptible que le pareció oir detras de la puerta que comunica con la antesala.

—U. amarme a mí? le dijo Carmelita notando el sobresalto de don Ignacio, por el ruido que le parecia haber oido; por ventura un hombre casado, de sesenta años mas o ménos, puede amar a otra que no sea su lejítima esposa?

—Oh! no! adorada mia, U. me mata con sus......

—Salud, señor don Ignacio! Le interrúmpió Mariano que en ese momento salia de la antesala; me sorprende demasiado encontrarlo a U. de vi-

sita en la casa de unas mujeres tan desconceptuadas como estas.

—Mariano! gritò don Ignacio petrificado i quedàndose mudo como una estatua, porque no pudo articular una palabra mas.

—Me hará el señor don Ignacio la fineza de decirme si de ayer a hoi, hán dejado de ser desconceptuadas? Continuò Mariano con semblante entre burlesco i amenazador; o es que en el señor don Ignacio pueden esas ideas de reputacion ménos de lo que quisiera que pudieran en los demas, cuando así le conviene? Todo lo he oido esta noche i concibo ahora el motivo que U. tiene para pretender alejarme de esta casa, que por cierto no es el mas conforme con la conducta que debiera observar quien, como U., confiesa i comulga todos los dias.

Don Ignacio, tanto por la aparicion repentina de Mariano, en momentos en que ménos lo podia esperar, como por la amarga i justa reconvencion de este, se quedò como el que ha sido sorprendido *infraganti* en el acto dé tomar lo ajeno sin consentimiento del dueño; no pudo hablar una palabra mas, i ni aun siquiera se atrevia a moverse; pero al fin agoviado por las reconvenciones de la madre i de las hijas, que ya habian entrado a la sala, tomò su sombrero i saliò como pudo, sin despedirse de nadie, dejando a los cuatro haciendo comentarios a la escena que acababa de ser representada.

Algunos momentos despues, pasadas ya las primeras impresiones de lo que habia sucedido, pensó la señora que tenía que contestar una carta de don Macario, en la cual se escusaba por no haber podido venir cuando lo habia ofrecido, i ser así la causa inocente de que se hubiera retardado tanto un matrimonio que él anelaba como el que mas en la familia, indicando que seguramente el estado de sus negocios le impediria venir ya, i manifestando al mismo tiempo que debia verificarse el matrimonio aun cuando él no viniese.

—Vamos, Mariano; le dijo la señora; me hace U. el favor de escribir la contestacion, porque yo tengo el pulso un poco alterado, por la molestia que ese señor nos ha hecho tener esta noche; e interesa que sea antes de que llegue el doctor Sinforoso.

—I esta noche es cuando debe venir el doctor Sinforoso a dar razon de la comision que bondadosamente se ofreciò a desempeñar? Interrogò Mariano con timidez.

—Si, esta noche, Mariano, i yo lo citè sin acordarme de la visita de don Ignacio, a riesgo de que el doctor hubiera presenciado esta desagradable escena.

—En efecto hemos aventurado mucho; pero afortunadamente ningun contratiempo hemos sufrido; repuso Mariano pensativo; vamos le escribo la carta.

I los dos salieron para otra pieza, quedando Leonor i Carmelita solas en la sala, i esta última sumerjida en una grave pena por el papel que se habia visto obligada à desempeñar en la escena de la noche.

De este modo se habian deslizado algunos momentos, cuando se hizo anunciar el doctor Sinforoso, que acababa de llegar acompañado de Alfonso i de su sirviente. Recibiéronlos las dos, e hiciéronles los honores de la visita mientras que se desocupaba la señora; pero en el intermedio no habia dejado Alfonso de notar el desagrado de Carmelita, que aun no habia podido desecharlo del todo.

—Como que la encuentro a U. molesta? Carmelita; la dijo con interes; qué motivo puede haber? será por ventura porque se habla demasiado de su matrimonio?

—Ah! no! Alfonso; contestó Carmelita haciendo esfuerzos para desechar el último resto del desagrado que aun le quedaba; si ese matrimonio no fuera una realidad, si pudiera ser motivo de disgusto para mì, el que se hablara demasiado de él; pero U. lo sabe, Alfonso, que nada hai mas cierto i realizable.

—Por mi desgracia así es; pensó Alfonso comprimiendo un lijero suspiro de que ninguno se apercibió, i luego en voz alta esclamó:—Quizá me he equivocado en el motivo, señorita; pero me atrevo a creer que alguno hai, segun el desagrado con que la encontramos esta noche.

—Ninguno, Alfonso, se lo aseguro; i dígame U. se repuso enteramente de su enfermedad?

—Si, señorita; a favor de los cuidados i atenciones con que tan bondadosamente me asistieron U., su mamita i la señorita su hermana; contestó Alfonso sonrojándose lijeramente, por la pregunta con que Carmelita queria distraerlo de que insistiera en la conversacion que llevaban.

—Lo encontramos tan solo el primer dia que fuimos a verlo; replicó Carmelita; que creimos un deber nuestro corresponder a los importantes servicios que U. nos habia prestado en diversas ocasiones, asistiéndolo en cuanto nos fuese posible; lo que sentimos fué no haber podido estar allí permanentemente, pues tal exijia la gravedad de su enfermedad; pero mama Josefa creo que haría lo que pudo en nuestro lugar, cuando teniamos que retirarnos: no sucedió así?

—Asì sucedió en efecto, señorita; opuso Alfonso con una dulce espresion de gratitud; por mi parte vivo i viviré mui reconocido a UU. por la bondad con que hicieron por mi, mas de lo que podia exijir la amistad.

—Una cosa estrañé, Alfonso; dijo Leonor tomando parte en el diálogo; U. nos ha hablado algunas veces de una tia que tiene; i nunca la vimos allá, como era natural que hubiera ido a verlo.

—Efectivamente no fué ningun dia; contestó Alfonso; pero quizá sería porque no supiera nada de mi enfermedad.

—Pero no va con frecuencia a verlo? Porque es raro que en casi un mes que estuvo U. en cama no lo hubiera sabido.

—Su tia no es doña Beatriz? Alfonso; le preguntò con interes el doctor Sinforoso.

—Si, doctor, la misma; le contestó Alfonso.

—Razon habia para que no fuera a ver en su enfermedad a mi Alfonsito; pues cuando mènos se estarìa la señora doña Beatriz, todo ese tiempo, buscando funciones relijiosas en cuantas iglesias hai en la ciudad; porque no he visto señora mas andariega con ese objeto; dijo mama Josefa desde la puerta de la sala, en donde hacia rato que estaba parada, sin que nadie la hubiese visto, i habia oido por consiguiente la última conversacion de los que se hallaban adentro.

Esta mama Josefa, es un personaje que hasta ahora no hemos dado a conocer, i como mas tarde habrá de desempeñar un papel importante, parécenos oportuno este lugar, ya que ella se ha presentado, para insinuarla con el lector.

Mama Josefa era la ama que sus padres le habian puesto a Alfonso cuando tenia un año de edad; i como sucede con frecuencia, le habia tomado tanto cariño que cuando Alfonso aprendió en la escuela de su pueblo todo lo que en tales establecimientos se puede aprender i determinaron sus padres mandarlo a un colejio de la Capital de la República donde emprendiese

sus estudios; mama Josefa no quiso dejarlo hacer solo semejante viaje, i apesar de la oposicion de los padres i aun de las amenazas con que quisieron impedírselo, ella lo siguió al término de su viaje, diciendo que aunque fuese pidiendo limosna, seguiria a su Alfonsito hasta el cabo del mundo. Prendados los padres de Alfonso de amor tan estraño en una mujer tan vulgar, i convencidos, principalmente por la edad de ambos, de la pureza de ese amor, que era netamente maternal, los dejaron a juntos recomendados en la casa de un antiguo amigo del padre de Alfonso. Allí siguió este asistido cuidadosamente por la ternura de esa segunda madre, hasta que concluyó sus estudios, en cuya época se casó con la señorita Carlota L..... jóven de relevantes prendas i parienta de don Ignacio, pero cuyo parentesco negaba este, por hallarse aquella escasa de bienes de fortuna, segun la opinion de algunos cronistas bogotanos.

Pero sea de esto lo que fuere, lo que hai de cierto es que mama Josefa acompañó a los nuevos desposados sirviéndoles con una ternura digna de una buena madre, hasta que a los cinco años ayudó a Alfonso a depositar en el sepulcro la mitad de su corazon, i como él regò muchas vèces con sus lágrimas esa tumba querida, renovando con frecuencia las guirnaldas de flores i elevando al Ser Supremo sus plegarias tan tiernas, tan fervorosas i puras, como son las de esas

almas cándidas que no han participado de la corrupcion del siglo.

Mas tarde, acontecimientos imprevistos i desgraciados, privaron a Alfonso de la escasa fortuna que poseía, por cuya razon se vió en la necesidad de desprenderse de algunos de sus sirvientes, con el designio de dejar uno solo, que él consideraba bastante para que le cuidase sus pequeños hijos; pero hubo dos que se disputaron palmo a palmo el honor de ser el preferido: estos fueron mama Josefa i taita Nicolas, viejo inquilino de la casa de Alfonso que desde que este se casó, se lo trajo tambien para que le asistiera sus negocios. Conmovido Alfonso con esta jenerosa disputa de sus dos viejos servidores, i no atreviéndose a preferir a ninguno para no desagradar al otro, les propuso que la suerte decidiera cual de los dos debiera quedarse con él, i comprometiéndose a buscarle al otro una casa en donde pudiera estar a su satisfaccion, sin que por esto se entendiese que Alfonso lo abandonaba i viceversa.

Convencidos los dos jenerosos servidores de la justicia con que Alfonso les hacia esta propuesta, convinieron ambos; pero con gran pena de mama Josefa, la suerte favoreció a taita Nicolas para que siguiese siendo el compañero de Alfonso. No obstante aquella se consoló con un tierno abrazo de reconocimiento que Alfonso le dió, i con el ofrecimiento que le hizo de recomendarla en casa de la señora Clara S.... cuya casa visitaba

con frecuencia, lo que les daria ocasion de verse a menudo. En efecto Alfonso le cumplió esta oferta, i fué tal el cariño que mama Josefa les tomó a la señora i a sus hijas, que las miraba como si en ellas creyera ver algo que se las hiciera tener como la madre i las hermanas de su Alfonsito, que era su idolo, i apesar de los sesenta años que la agoviaban, les servia con tanto ahinco, como no lo haria mejor la criada mas jóven i robusta i de las mejores disposiciones a favor de la familia; por esto todos los de la casa i cuantos la conocian de fuera le toleraban todo i aun la miraban como a la persona mas querida de la familia.

El lector nos disimulará esta larga disertacion, que ha tenido por objeto principal dar a conocer un personaje de segundo òrden; pero son tan raros hoi esos bellos caractéres en las jentes de la clase de mama Josefa, que nos ha parecido que la justicia reclamaba un lugar distinguido para quien habia sabido merecerlo con su conducta casi escepcional hoi. No obstante no la concluiremos sin indicar el motivo porqué en la presente ocasion se hallaba parada en la puerta de la sala. Una sirvienta que habia oido las reconvenciones de Mariano, la señora i las señoritas a don Ignacio, antes de que entrara el doctor Sinforoso, habia llevado la noticia a la cosina; mama Josefa creyó que acaso fuese alguna pelea que don Ignacio hubiese venido a provocar a sus

señoras, se exaltó con semejante idea i voló a auxiliarlas; pero como la noticia le habia ido tarde, cuando llegó a la puerta de la sala ya no encontrò sino jente de paz, como ella misma decia; asi fué que en los momentos en que todo lo observaba para persuadirse de que ningun riesgo corrian ya sus señoras, fué que oyò las alusiones que se hacian a Beatriz, i el motivo de ellas, i una ojeriza antigua e inesplicable en mama Josefa acia la misma Beatriz, i dimanada tal vez de las frecuentes *zagarreras* que esta tenía con ella cada vez que se encontraban en la casa de Alfonso, la obligò a espresarse en los tèrminos que ya hemos visto. Todos los que se hallaban en la sala se fijaron en ella al oirla, celebraron la prontitud de la contestacion i rieron a mas no poder; pero la señora i Mariano que entraban en ese momento le preguntaron casi a la vez:

—Qué anda haciendo por aquì? mama Josefa.

—Nada, mi señora; contestò dirijiéndose a esta; sino que como dijeron que ese señor Ignacio habia venido a pelear a la casa, yo vine a ver si era necesaria.

—No tenga cuidado, mama Josefa; le replicó la señora sonriendo; no fué pelea sino un lijero alegato que casi a nada condujo, ya se fué; así es que puede U. retirarse tranquila a su pieza.

Mama Josefa hizo una cortesía a todos i se retiró, i la señora i Mariano, despues de haber hecho los cumplimientos del saludo al doctor i a Al-

fonso, le preguntaron a aquel con interes por el éxito de la comision que él mismo se habia querido imponer con tanto gusto.

—Todo se ha conseguido; les contestó; la dispensa de las proclamas i la licencia del cura para que yo pueda hacer el casamiento, de modo que el sábado haremos la informacion, i el domingo por la mañana se celebrará el matrimonio de una vez con la velacion.

—Bueno, doctor, como U. guste, porque todo lo hemos dejado al discernimiento de U.; repuso Mariano echando sucesivamente una mirada a la señora i a Carmelita, quienes correspondieron con un movimiento de cabeza que indicaba su aprobacion.

—Supongo que ya los novios se habrán confesado i los padrinos tambien; dijo el doctor con una sonrisa de cariño.

—Yo no me he confesado, pero lo haré el sàbado; contestó Mariano; en cuanto a mi *padrino* Alfonso hace tan poco tiempo que lo hizo en su enfermedad, que apostaria mi vida contra un grano de mostaza a que el doctor lo exime de ese deber, lo que sentiré porque no me queda compañero.

—En realidad, no es preciso que lo vuelva a hacer; replicó el doctor; pero si quiere acompañar a su *ahijado* lo puede hacer libremente para no dejarlo solo.—I la novia? para ella si es un deber.

—Yo? doctor; espuso Carmelita; me confesé hace mes i medio con mi mamita i Leonor, i no lo pudimos hacer en el último diez i nueve por estar asistiendo un enfermo; pero habrà necesidad de hacerlo nuevamente?

—Sin duda, señorita; porque la Relijion que profesamos nos impone el justo deber de que cuando hàyamos de recibir algun sacramento, lo hagamos despues de habernos reconciliado con Dios; pues aunque U. lo hizo hace mui poco tiempo, es conveniente i necesario que lo vuelva hacer ahora; porque en el primer caso lo que hizo fué cumplir con una laudable devocion, que ya veo, por lo que U. dice, que la ejecutaron U., su mamita i la señorita su hermana, sin perjuicio de sus obligaciones, segun en el último diez i nueve la omitieron por cumplir con el deber mas sagrado de un verdadero católico cual es el de la caridad; i en el segundo caso tiene que llenar una obligacion que le impone la Relijion que profesa. I el enfermo que les impidió confesar i comulgar en el ùltimo diez i nueve, es de la casa?

—No, doctor; contestò Carmelita dirijiéndole una mirada a Alfonso; pero era tal la gravedad de su enfermedad i se encontraba tan solo, que nos pareció que a Dios agradaria mas que lo asistiésemos, que la confesion i comunion que dejàbamos de hacer i para las cuales nos podia quedar tiempo despues.

—Efectivamente, señorita;. espuso el doctor con entusiàsmo; no se engañaron U., su mamita ni la señorita su hermana en creerlo así; i cuànto me complazco en persuadirme una vez mas de que UU. comprenden el verdadero espíritu del Catolicismo; porque en efecto, no es otro; la caridad en todo i ante todo; pero no esa caridad mezquina e interesada que se ejerce solo donde puede sacarse alguna utilidad personal, o esa caridad soberbia i fastuosa que pone todo su estudio en ser conocida de cuantos pueden rodear al fariseo que la ostenta: sino esa caridad tímida i pudorosa que se oculta a los ojos de los hombres, i que muchas veces no quiere ser conocida ni aun de las personas a quienes favorece, esa caridad noble i jenerosa que únicamente tiene en mira a Dios, que se ejerce i se practica sin esperar mas que la satisfaccion de la conciencia i el premio que el Supremo Remunerador destina siempre a la verdadera caridad: sí, esa caridad sublime que todo lo arrostra, todo lo desafía i aun lo desprecia, peligros i comodidades, persecusiones i fortuna; que hace mirar en el prójimo, cualquiera que sea su condicion, un semejante nuestro en quien Dios ha impreso su propia imàjen, igual en todo a nosotros i digno por lo mismo de idénticas atenciones i cuidados a los que deseamos para nosotros; que exije el perdon de las injurias, como un triunfo glorioso del hombre espiritual sobre las brutales pasiones que tienden

a materializar esa imájen divina, reflejo eterno del Hacedor del universo!

Cuántas personas hai que con una ceguedad lamentable, creen cumplir con los deberes que impone la Relijion, empleando los dias enteros en andar de iglesia en iglesia; con asistir a cuantas funciones relijiosas puede haber en Bogotà; con confesar i comulgar todos o casi todos los dias i enfin con practicar otros mil actos de piedad; cuando por otra parte desatienden sus mas premiosas obligaciones, conservan odios i rencores viejos, no se detienen en desacreditar e infamar a los demas i serian capaces de dejar en las agonias de la muerte, solos i desamparados, aun a sus mismos allegados por asistir a unas cuarenta horas, por ejemplo! Pero esos tales, que por desgracia son harto comunes, no hacen otra cosa que desacreditar e insultar una Relijion inocente i buena, que está mui léjos de autorizar esa conduta detestable. ¿Què importan todas esas pràcticas piadosas, qué importa que por otra parte se distribuyan cuantiosas limosnas, si se abandonan los deberes mas sérios, si a la murmuracion, al rencor, a la venganza i a la envidia, léjos de ponérseles coto, se les da anza cada dia mas, i se estienden aun contra personas inocentes?

Personas hai para quienes todas las funciones relijiosas que se hacen con frecuencia en Bogota, son todavia pocas, i llegan hasta importunar todo el dia en las iglesias, que abren a veces con el

solo objeto de barrerlas i de asearlas; pero esas jentes bagabundas, que para observar semejante conducta, tienen forzosamente que abandonar las obligaciones de su estado, no son ya verdaderamente piadosas, porque las obras que ejecutan, las hacen maquinalmente por costumbre, o por visio, como el tahur o el bebedor, que al fin juega o bebe solo por jugar o por beber, sin que ya sienta placer ninguno; o, lo que es mui comun, por hacer ostentacion i granjearse fama de piadosas; lo mismo que los que hacen esa ostentacion de las limosnas que reparten, o de los demas actos buenos que suelen ejecutar.

Todos esos encontrarian en el capítulo VI del Evanjélio de San Mateo, una magnífica i elocuente leccion, si de buena fè buscasen la santificacion de su alma; i no solo la hallarian en el capítulo citado, aunque sí con especialidad en él; todos los cuatro Evanjélios están llenos de màximas sublimes, que si las leyeran i meditaran con ànimo de aprovecharse de ellas, mui diversa sería la conducta que observaran; pero ¡raro contraste! al paso que el ignorante carbonero, lleno de fé, procura llenar, como puede i sin faltar a los deberes de su estado, los de verdadero católico, otros profanan las sagradas letras con el objeto mundano de ostentar erudicion, sin aprovecharse de su moral sublime!

Por esto es que hoi no veo la Relijion, sino en la fé ciega del inculto campesino, o en algunas

pocas personas cuyas acciones no desdicen de sus palabras.

—No le parece, doctor; le dijo Mariano despues de un momento de silencio; que debieran suprimirse algunas funciones relijiosas, en obsequio de esas personas que así desatienden sus deberes?

—Si se demoliesen todos los templos; contestó el doctor; no se conseguiria mas, que con suprimir funciones relijiosas; porque esas personas que así se han enviciado, se proporcionarian locales públicos en donde perder todo su tiempo. El mal no está en el crecido número de funciones relijiosas, porque todas ellas no se han establecido para una sola persona, ni para determinado círculo; sino para que, atendida la poblacion, todos encuentren a cualquiera hora donde rendir sus homenajes a la divinidad, el tiempo que sus obligaciones se lo permiten; así es que los que ocupan el dia entero en una iglesia, en el de una funcion relijosa, no hacen otra cosa que robarle a otros el tiempo que quisieran emplear en dirijirle alguna oracion a Dios en el templo, porque no les dejan espacio donde hacerlo, supuesto que todo el dia lo ocupan ellos solos.

—Cierto es eso, doctor; repuso Mariano; de modo que no queda remedio contra tales personas.

—Solo dos quedan, Mariano; volvió a decir el doctor; i estos son, la misericordia de Dios

que les toque al corazon a esas personas que así lo ultrajan, dirijiéndole oraciones con la misma lengua que han infamado al pròjimo; o su justicia para que los castigue, si se hacen sordos a sus llamamientos. Pero enfin, parece que ya dan las ocho i media; me retiro a mi casa i el sàbado volveré a cumplir con mi encargo.

—Bueno, doctor; espuso Mariano; pero U. nos permitirá que lo acompañemos con Alfonso hasta su casa.

Aunque el doctor se escusó al principio, alegando que no queria que se tomasen semejante molestia, al fin hubo de convenir, en fuerza de las instancias de ambos, i marcharon los tres, precedidos por el sirviente, que llevaba el farol. Pero al salir oyeron un ruido de bandolas, tiples, violines i panderetas i como no veian a nadie por la calle, preguntòles el doctor Sinforoso:

—En donde es ese *ruido musical* que se oye, que parecia de la calle i ya veo que no es?

—Segun parece; contestò Alfonso; es en la casa de esta señora Magdalena que vive aqui junto.

—Mui temprano se han debido trasnochar esos músicos, segun lo descompasado de sus sonatas; observò Mariano.

—Asi parece; replicò el doctor.

I sin mas de notable, siguieron su camino, hasta que dejaron al doctor en su casa, despues de lo cual quiso Mariano acompañar a Alfonso

hasta la suya que distaba poco mas de dos cuadras del punto donde se hallaban; marcharon pues por la carrera de Pamplona ácia el norte.

Ya habrian andado cerca de una cuadra, cuando oyeron un alboroto en la puerta de una *chichería*, a cuyo frente bien pronto iban a quedar; apresuraron el paso a tiempo que oían un alarido lastimoso i los continuados golpes que les advertian de que alguna persona habia sido fuertemente acometida por otros; llegaron i vieron que eran tres hombres que desapiadadamente maltrataban a una infeliz mujer.

—Mis *amos*, por Dios! díjoles ella, apenas los divisó por entre las sombras de la noche, con voz ahogada i un acento de dolor que los conmovió; defiéndanme que estos hombres me matan!

—Cobardes! gritaron casi a la vez los dos amigos; tres hombres contra una pobre mujer!

CAPITULO XI.

Hoi nos tendrá que acompañar el lector a hacer una visita, acaso la mas importante de cuantas llevamos hechas. Queremos introducirlo a una casa, humilde en la apariencia, i despreciable, si se quiere, porque es la mas pequeña, la mas ahumada i la menos aseada de la carrera de Somborondon, en el barrio de Santa Bárbara; pero así con esa apariencia tan poco codiciable, debemos advertir al lector que, sin exajeracion, esa ahu-

mada casita, es mas importante que el palacio imperial de San Petesburgo, cuando lo habitaba el finado Nicolas, i aùn, que el de las Tullerías en Paris, habitado hoi por Napoleon III, si es que los proyectos jigantescos i las grandes intrigas son las que dan importancia a las habitaciones de los hombres.

Entremos pues a ella, i, despues de haberle echado una rápida ojeada al patio, que en tiempo de invierno pudiera mantener un hato, observemos la sala principal, que es la que para nuestro objeto necesitamos. Vese en ella figurando en primer término una mesa cubierta con un raido i desteñido pañolon de lana, que le sirve de carpeta; sobre ella descansa un cajon con un hermoso Niño Jesus, rodeado de una multitud de *cachivaches*, que representan al vivo i en miniatura la historia de la humanidad: perros, loros, gatos, leones, tigres, patos, caballos, pavos reales i marranos, todos con una fraternidad digna de llamar la atencion de los que se proponen estudiar el carácter de las sociedades; i siguiendo los contrastes, se observa allí un caballo sobre una iglesia, un marrano en profundas meditaciones, a lo que parece, encima de un reloj i un indíjena con su jaula a las espaldas prendido con cera en la copa de un àrbol, como si de él fuese flor o fruto; pues se ha esmerado tanto la casera en aglomerar obsequios al Niño Jesus, que no se estrañarà que, siendo ya forzoso ponerlos unos

sobre otros, se noten estos i otros contrastes de igual naturaleza. Pero dejando ya el cajon, que por ser la finca mas valiosa que allí se ve, nos hemos detenido en ella mas de lo regular, continuemos observando lo demas.

A los lados del cajon i encima de la mesa i aun del mismo cajon, se hallan varios libros piadosos en desòrden, i algunos colocados unos sobre otros, i entreveradas algunas novenas sueltas, cuya propiedad pudiera cualquiera atribuir a algun *chicharronero* de Ejipto, segun la gran copia de grasa de que se hallan impregnadas, debiéndose añadir a esto un buen cúmulo de *reliquias* i unas camàndulas de *lágrimas de San Pedro* que estaban colgadas de las cornisas del cajon del Niño Jesus. Al lado derecho de la mesa se ostenta triste i avergonzado un viejo canapé con cornisas que en otro tiempo debieron ser doradas, i algunos andrajos de damasco de seda que dan la idea de un antiguo fausto que ha perdido, i con ella la de la imájen del hombre: si hemos de decir la verdad, a un sarnoso caluugo que hai en la casa debe este desgraciado canapé la mayor parte de sus contratiempos. Al otro lado de la mesa, descansan sobre cuatro piedras cada uno, dos baules que no se hallan en mejor posicion social que el canapé; pero lo que atrae particularmente la atencion de los anticuarios, son cuatro cuadros que se hallan prendidos en la pared, tan llenos de telarañas i de polvo, que difícilmente se po-

dria adivinar qué habitantes de la Corte Celestial fueron los que el pintor que los trazo, tuvo en la mente al tiempo de delinearlos, si no fuera porque la casera ha tenido la feliz ocurrencia de ponerles el nombre al pié, junto con las indulјencias que ella sostiene que se ganan, rezàndoles cualquiera cosa. Para concluir, porque ya no queda mas que ver, diremos que el pavimento se halla cubierto a trechos con pedazos de estera vieja, semejantes a los andrajos con que un mendigo cubre su desnudez, quedando en partes al descubierto los zafados ladrillos.

En esa sala adornada con semejante mueblaje i dos sillas de guadamacil, compañeras del canapè, que ya dejàbamos olvidadas, se encuentran dos mujeres sentadas frente a frente acia la puerta; la una pedaceando medias i la otra cociendo una camisa. Ya hace rato que están en ese oficio, que interrumpen por momentos para decirse una palabra, i luego continuar con teson su tarea; aunque para no mentir, debemos agregar que una de ellas no se hallaba mui satisfecha de lo que estaba haciendo, porque tenia el pensamiento mui distante del oficio que ejercitaba en ese momento.

Estas dos mujeres, eran Beatriz i su hermana Antonia que no hemos dado a conocer, porque no es de la confraternidad de aquella, sino de las que visitan con mas frecuencia a los Agustinos calzados.

—Ya no vino esa mujer; decia Beatriz; si yo supiera que no venia me iba esta tarde a Santa Inés, a hacer la novena de Santa Rita de Casia, vencedora de imposibles; pues tiene que vencerme uno en estos dias.... Ah! Santa mia! Si asi fuera te chupabas tu comunion que te ofrezco!

—Si quiere, hermana; observó la otra; mas bien iremos a San Agustin, que esta tarde haí......

—No; haya lo que hubiere; yo tengo que esperarla.

—Pues bien! si no và U. hágame el favor de prestarme su Eucarístico.

—Sí se lo presto; pero es con una condicion.

—Cual? hermana.

—Que me lo trate bien; pues le hice poner un forrito tan bonito i no quiero que se ensucie.

—I a qué viene eso? replicó la del préstamo con algun disgusto; acaso cuàntas veces me ha prestado sus libros i no se los he tratado bien?

—Sí, pero es que a veces es U. tan sucia que trata las cosas poco mas o menos.

—Sucia yo? esclamó la de la camisa con su buena dosis de cólera; i qué le he ensuciado a U.?

—A mí nada, porque nada mio le dejo por ahí; pero vea como tiene todas sus cosas hechas una porquerìa.

—Todo eso me lo dirá por no prestarme el libro; pero sabe lo que hai? Que no lo necesito ni para metérmelo donde no me quepa; dijo Antonia con desden i encojiéndose de hombros.

—Ah! grandisima *cochina!* Así tratas las cosas de Dios? Gritó Beatriz enfurecida i botándole con tanta fuerza a su hermana las tijeras que tenia en la mano, que si esta no se hace a un lado hubiérale roto la cara.

—Atrevida! Bramó fuera de si de còlera Antonia, i le arrojò a Beatriz con furia, un cortaplumas medio abierto que tenia en su canasto de costura; pero Beatriz no fué tan feliz como su hermana, porque viendo venir ácia ella el cortaplumas en vez de hacerse a un lado, puso las manos para defender la cara, i recibió en ellas el golpe que le causó una pequeña herida en un dedo de la mano derecha.

La riña siguió apoderándose Beatriz del cortaplumas i su hermana de las tijeras, con cuyas armas peleaban con el mismo denuedo con que lo hicieran dos esforzados gladiadores, que se disputasen el honor de la victoria en medio del gran concurso de uno de los espaciosísimos circos de Roma, cuando esta se hallaba en el apojéo de su gloria.

No obstante, al fin decaía Beatriz, i hubiera quedado vencida en los primeros momentos no mas, si no es porque, acaso por alguna inspiracion del jenio, le ocurriò darle un fuerte empellon a Antonia, la que sosteniendo un instante el equilibrio de su cuerpo, fué a caer de para atrás encima del viejo canapé, en donde se hallaba el calungo mirando perezosamente i en el

mayor silencio, la contienda de sus señoras, pues se habia propuesto ser completamente neutral en esta vez; pero por su desgracia al caer Antonia no anduvo tan vivo que quitara sus despellejadas costillas antes de que aquella se las acariciara, con la caida de su cuerpo encima, con mas *finura* de la que él hubiera deseado: un agudo alarido fué la consecuencia natural de ese descuido; alarido que, conmoviendo hasta la última fibra del corazon de Beatriz, la reanimò, infundièndole nuevas fuerzas, a tiempo que su hermana vièndose derrotada cuando aun le quedaba un buen acopio de brio, se paraba con mas ánimo a hacer uso de él. Trabose, pues, la lucha nuevamente, con un encarnizamiento tan grande, que se hubiera creido ver uno de esos combates terribles que nos pintan los poetas antiguos, en los cuales peleaban titanes monstruosos, arrojando inmensas montañas a los dioses del Olimpo, quienes les correspondian con rayos de los que fabricaba el cojo Vulcano en su fragua infernal.

Así durò algun tiempo esta descomunal batalla, demostrando con su ardor creciente, lo terrible que es la cólera de los *santos*, cuando llega a espandirse en todas las grandes manifestaciones de su ser, i hubiérase al fin decidido la victoria por alguna de las dos combatientes, porque solo de mirona no se habia de estar eternamente, si no hubiera sido porque en ese momento golpearon en la puerta de la calle con tal afan, que les

fué preciso suspender las hostilidades i firmar una tregua.

—Oye, grandísimo demonio, que están golpeando, i quién sabe si es ella; dijo Beatriz jadeante de cansancio i corriendo a lavarse la sangre que aun destilaba del dedo, en un lebrillo de agua que habia en el patio. (*).

—I si no es ella? espuso Antonia con viveza i casi sofocada de fatiga; i si es otra persona? Qué hago yo! Què dirá la jente! Abro a ver quién es?

—Todavìa no! Aguarda me lavo primero esta sangre; his caca! Todo el camison me lo manché!.........Componete vos tambien, eso rasgado; porque es necesario disimular cuanto se pueda.

Los golpes siguieron continuados i fuertes en la puerta de la calle; pero las dos hermanas se arreglaron como pudieron, i disimulando hasta donde les fué posible fueron juntas a ver quién habia osado interrumpirles la inocente diversion que tenian.

—Ya me iba, creyendo que no estaban aqui; dijo Jertrudis apenas le abrieron, pues no era otra la que golpeaba.

—Misia Jertrudis de mi alma! I hacia mucho que estaba golpeando? le preguntó Antonia.

—Bastante hacia ya; contestó la interpelada.

(*) No estrañe el lector que, despues de haberle dado Beatriz a su hermana el tratamiento de *usted*, ahora le dé el de *tú*, aunque mezclado con el *vos*, pues las situaciones son mui distintas.

—Pues nada! sino que me recosté un poquito despues de comer i me quedé dormida, i esta niña cuando se mete por allá a la huerta, no hai quién la saque ni a *jalones;* espuso Beatriz con semblante risueño; pero entre, misia Jertrudis.

Entraron, pues, todas a la sala i se sentaron Beatriz i Jertrudis en el canapé, mientras que Antonia con una prontitud increible, se puso la saya, la mantilla de paño i el sombrero de pelo negro i copa redonda, pues era de las que todavía conservan ese resto venerando de los tiempos de antaño, i tomando una de las camándulas que estaban colgadas en las cornisas del cajon del Niño Jesus, salió diciendo:

—Ahí las dejo juntas; me voi a San Agustín, porque tengo que confesarme esta tarde, para ganar mañana el jubiléo con la comunion.

—Bueno! misia Antonia; esclamó Jertrudis con interes; ya la acompañaré yo tambien al jubiléo, pues por eso me confesé desde esta mañana; i U. misia Beatriz, no va a ganar el jubiléo? Mire que es cosa grande!

—Còmo no! contestó la interpelada con santa uncion; pues porqué lo iba a perder? si por eso me confesé yo tambien hoi temprano, para ir mañana a comulgar.

Antonia salió i se fué, i las dos que tantas veces se habian convocado, i jamas habian logrado reunirse solas en un punto dado, se quedaron sin mas compañero que el calungo, que dormia ya

al estremo del canapé, con sus ultrajadas costillas untadas de mantequilla i envueltas en trapos viejos, sin que le interrumpiesen su sueño mas que un enjambre de moscos empeñados en medicinarle las orejas i la cara, que era lo único que le habia dejado su ama sin cubrir. Por lo demas, las dos se manifestaron mui contentas i satisfechas; pero con especialidad Beatriz, que veia ya llegar el término de sus esperanzas.

—Al fin me ha cumplido! esclamó en medio de su alegria; pero no hai que perder tiempo.

—Pues aqui me tiene, misia Beatriz, pronta a servirle.

—Mucho que me va a servir, i en proporcion trataré de corresponderle. Pero comencemos.

—Bueno! misia Beatriz; veamos que cosa es.

—Pues en primer lugar sabrá U. que tengo un sobrino llamado Alfonso, que vive por la Nieves, i que..........

—Ah! Ya me acuerdo; interrumpió Jertrudis con viveza; ese fué del que nos habló U. aquella vez en el altosano de San Cárlos, diciéndonos que era un perdido o un mason?

—Si; ese, misia Jertrudis; contestó Beatriz arrugando el seño, pues no le habia cuadrado mucho el recuerdo; pero está pobre, con dos chiquitos i al fin es de la sangre.

—I quiere U. buscarle algun acomodo? Fácil le seria a U. eso con el señor don Ignacio.

—Si, un *acomodo*; dijo Beatriz mirando con fi-

jeza a su interlocutora; pero no un destino, que es una esclavitud inaguantable, i que seria lo único que el señor don Ignacio podria conseguir, sino una cosa mejor, i para eso es que la necesito a U.

—A mi? esclamó Jertrudis con presteza i como enorgullecida de que pudiera servir para una cosa mejor que el señor don Ignacio; i en qué puedo servirle?

—En mucho! I para que U. comprenda la importancia del papel que va a desempeñar, voi a contarle todo; pero eso sí, me ofrece guardar el mas grande secreto en todo. Me lo ofrece?

—Por supuesto, misia Beatriz; pues ya U. sabe que las dos estamos ligadas con un interes comun, que nos obliga á sernos consecuentes.

—Pues entónces oiga: doña Clara tiene dos hijas casaderas que, segun las averiguaciones que he hecho, a la una la dejò su padre, al morir, mejor dotada que a la otra, porque la queria mas; i yo he descubierto ciertos enredos de amores de mi sobrino Alfonso ácia la que quedò mejor dotada, que nos facilitan mucho nuestro plan.

—I quierê que se casen?

—Esa es la mira.

—Pero luego no se acuerda que misia Magdalena nos contò, que eran unas mujeres perdidas que habian tenido un hijo de Pedro Maria?

—No; misia Magdalena no dijo asi; espuso Beatriz mordiéndose los labios por las dificultades

que oponia su confidenta; pero de cualquier modo que lo dijera, yo descubrí que todo era mentira, sino que pudo equivocarse misia Magdalena.

—Pero misia Magdalena, U. la conoce, que es una persona mui buena, que no puede mentir.

—Yo no digo que ella mienta; sino que como dijo que una madrugada habia visto salir de la casa de doña Clara a Pedro Maria mui embozado en su capa, bien pudo ser que casualmente pasara por allí, i que a ella le pareciera que habia salido de la casa, por la oscuridad de la mañana; pues ya sé de mui buena tinta que Pedro Maria no ha visitado jamas la casa de doña Clara, porque no tiene amistad con ella, ni con su familia.

—I lo del chiquito? eso no deja duda.

—Pudo ser que lo oyera llorar en una tienda que queda entre la casa de doña Clara i la de ella i que le parecieran los lloridos en la casa de aquella; pues en esa tienda casualmente que hace mucho tiempo que vive una mujer con un chiquito.

—De modo que U. cree que doña Clara i sus hijas, no sean como decia misia Magdalena?

—Por las averiguaciones que el interes que hoi tengo, me ha obligado a hacer, así lo creo.

—Entónces convendria desengañar a misia Magdalena.

—Es inútil, porque yo creo que las dos están enemistadas, segun se lo oido decir a misia Magdalena; pero no perdamos el tiempo en esas co-

sas i veamos en qué quedamos las dos, pues eso nos importa mas.

—Bien! misia Beatriz, i de qué le puedo servir?

—De mucho! Pero deje le acabo de contar. La muchacha, que segun me parece se llama Carmelita, se va a casar con Mariano.

—I esa es la que ama a su sobrino Alfonso?

—La misma; pero yo no sé si ella lo amará; lo que me consta es que mi sobrino la ama a ella, porque yo se lo he conocido, aunque él me lo niega; pero aunque la muchacha no lo ame, por ahora, eso no le hace.

—Pero i si se casa con Mariano?

—Eso es lo que debemos impedir a todo trance i pronto; porque, segun mis averiguaciones, tras de pasado mañana es el dia señalado para el casamiento.

—Pues entónces si está trabajoso impedirlo, si es tan pronto así; dijo Jertrudis meneando la cabeza en ademan de duda; i porqué nó los deja casar i mas bien trabaja porque su sobrino se case con la otra? Nó quiere U. a Mariano?

—Lo queria; pero hoi tengo motivos para no quererlo, i tengo que ver mas por mi sobrino; a lo que se agrega que el dote de la otra no es tan bueno, ni mi sobrino la ama: la cosa es mas trabajosa.

—Pero yo la veo mas trabajosa como U. quiere.

—Ahí verá que no; observó Beatriz con marcado aire de conviccion; si por un triz que lo lo-



gro yo sola hace algunos meses; pero fuí i me erré en mis cuentas i vino Mariano del campo àntes de tiempo i todo se perdió.

—I còmo fué que lo iba consiguiendo? Cuénteme a ver, pues tal vez podremos hacer ahora una cosa parecida; dijo Jertrudis con curiosidad.

—Ya no pegaria; repuso Beatriz con un doloroso suspiro; pero eso sì, la bolada si fué corriente, porque fuí donde doña Clara, que no me conoce, i le conté que habia sabido que Mariano tenia parte en el robo que en esos dias habian hecho en la calle de Florian, i como hubo quien me ayudara a regar la noticia, no le quedò duda a doña Clara; pero como vino Mariano tan a mal tiempo, descubrieron que no habia sido así; por eso fué que comencé a convidarla a U. con empeño, porque al momento concebì un plan mui bueno que con ese sì no se escapa; pero sin U. casi nada podia hacer.

—I còmo es? Porque si le puedo servir de algo, yo tendré mucho gusto.

—Pues mire, mi negra; dijo Beatriz poniéndose mas cariñosa que de costumbre; finjimos unos amores de Mariano con U. i..........

—Conmigo? esclamò Jertrudis alarmada.

—I qué tiene eso? opuso Beatriz con desden, i luego cambiando el tono en cariñoso, siguió; mire, como U. todavìa está muchacha i buena moza, nada tiene de singular que.,....

—Mil gracias, misia Beatriz; pero.....

—No hai mas pero, sino que asi lo hacemos; replicó Beatriz con placer al notar las buenas disposiciones que iba consiguiendo en su conquistada, i como para acabarla de asegurar prosiguió con calor; mire, mi china, casándose mi sobrino Alfonso con Carmelita, coje al momento veintemil pesos del dote de la muchacha; i como yo estoi segura de dominar a mi sobrino, vea si saldremos las dos de *caperraja.*

—I cómo era que decia? misia Beatriz; preguntó Jertrudis con marcado interes.

—Pues mire; se va U. donde doña Clara i delante de Carmelita le dice que como sabe que Mariano se va a casar con esta, va U. a avisarle que está dispuesta a impedir el matrimonio, por que Mariano le ha dado a U. palabra de casamiento.

—Trabajoso está el cuento.

—Trabajoso porqué? No ve que estamos tan pobres i veintemil pesos bien merecen que una sude?

—I si no me lo creen?

—Ya lo habia previsto yo; i para eso compondremos unas cartas de Mariano a U., que para imitar la letra nos pueden servir éstas que yo le saqué a escondidas a Alfonso, i son de las que Mariano le ha escrito a él algunas veces.

—Pero quién se mete a hacer eso de modo que no se distingan las letras?

—Pues Tomas, que se pinta para eso de imi-



tar letras; dijo Beatriz mirando fijamente a su interlocutora.

—I U. está segura de que Tomas guarde el secreto?

—No lo he de estar? pues, como U. lo sabe, que es el criado de mas confianza del señor don Ignacio, que le sirve con una fidelidad digna de elojio, para todas las cosas reservadas que se le ofrecen, lo ha puesto a mi disposicion, para todo lo que se me ocurra, i yo he sabido ganármelo de modo que nada tengo que temer de su fidelidad. Conque ya ve que no hai riesgo por ese lado; quedamos así?

—Pues por servirle a U, convengo por mi parte; contestó Jertrudis con aire de santa resignacion.

—I ya verá que no le ha de pesar; espúsole Beatriz con interes; pero tengo mas que advertirle, para asegurar mas el golpe.

—I qué mas es? misia Beatriz.

—Si apesar de las cartas no le creen i quisieren llevar adelante el casamiento; conviene que ese dia se presente U. ante el cura, en el momento de empezarse la ceremonia, con un chiquito, diciendo que es hijo suyo i de Mariano i que va a impedir.......

—Eso si no haré yo, ni por todo el oro del mundo; esclamó Jertrudis encendiéndosele el rostro como si la hubiesen pintado de vermellon.

—I por qué no? observó impàvida su interlo-

cutora; ya ve que estamos tan *fregadas*, i veinte mil pesos no son cualquiera cosa; a lo que se agrega que en el Hospicio he visto un espósito catirito, mui parecido al doctor Benito, que està tan aparente, que nadie pondria duda; porque U. habrá notado cierto aire de Mariano al doctor Benito; añadiò con una sonrisa maliciosa.

—Esas son *jaranas!* misia Beatriz; yo no hago eso por nada; dijo Jertrudis ruborizàndose de nuevo.

—Pero entónces no ve que no conseguimos nada? opuso Beatriz con aparente distraccion.

—Pues invente otra cosa por si no pegan las cartas; pero eso del espósito de ninguna manera, i menos el que U. me dice; porque no hai tal que Mariano se parezca al doctor Benito, i si el espòsito se parece a este, quedaba yo linda! alegó Jertrudis viniéndole por tercera vez los colores a la cara.

—Yo si habia inventado otra cosa para ese caso; pero esa ya se perdió, i en parte por no haber venido U. desde la primera vez que se lo supliqué.

—I cual fué? porque tal vez se pueda componer todavìa; observó Jertrudis con viveza, como quien entreve una salida a sus apuros.

—Ya no lo crea que se pueda componer; repuso Beatriz dando un suspiro de pesar; voi a contárselo para que U. se persuada que por ese lado ya nada se puede esperar. Supóngase que



para el caso en que absolutamente se nos dificultara impedir el matrimonio de Mariano, habia pensado en que mi sobrino se casara con la hija del señor don Ignacio; así fué que como estaba en vísperas de casarse con Federico, fuí i le conté al señor don Ignacio que este muchacho era un tahur, bebedor e impio, que yo lo habia visto muchas veces con mis propios ojos en esas cosas malas, que me habian escandalizado; i como el señor don Ignacio es tan bueno, me creyó todo i echó de la casa a Federico; pero por mal de mis pecados, al poco tiempo se volvió loca la muchacha.

—De ahí le viene la locura? con razon entónces que cuando la estuvimos lidiando en el Hospital en la jaula, todo el dia estaba llamando a Federico, i yo no habia dado en el chíspite de por qué seria. Pero Federico se casó con otra, no?

—Sí, con una de esas que llaman de alto rango, porque tienen plata. Pero ya por ese lado, como U. ve, nada sacamos, porque todo se malogró; i lo que há de ver es que hasta ese impio de don Marcos me la pagó; pero para nada!

—I con él, cómo fué? preguntó Jertrudis con interes.

—Pues figúrese U. que se fué a interesar por Federico, con lo que naturalmente me hubiera trastornado todo mi plan; pero por fortuna anduvo tan majadero, que en vez de irle con buenos modos al señor don Ignacio, lo fué a insultar

a su casa; asi fué que el mismo señor don Ignacio, como es tan bueno, me proporcionó todos los medios para cortarle las alas al impio, afin de que no siguiera causando males.

—I cómo hicieron con don Marcos? yo oí decir despues que se habia separado de la mujer.

—No se habia de separar? si el chasco no fué para menos; dijo Beatriz sonriendo, como si estuviera celebrando una gracia; pues figúrese que de acuerdo con el señor don Ignacio, fui i le conté que su mujer hacia entrar ciertas noches, a cierta hora, secretamente a Pedro Maria a su casa, i lo tenia allí casi hasta la madrugada: me insultò i se atrevió a llamarme calumniante, con lo que me *acaloricé* i le ofrecí mas de lo que yo pensaba; es decir, que iria yo misma una noche a ponerle la prueba de manifiesto; él me cojió la palabra, i yo despues asustada de lo que habia hecho sin pensarlo ántes, me fuì donde el señor don Ignacio i le conté todo, i como es tan bueno, él me proporcionó modo de salir del paso.

—I cómo? misia Beatriz; preguntó Jertrudis con interes.

—Pues dándome a Tomas para que yo lo instruyera de modo que pudiera desempeñar el papel de Pedro Maria, i a él ofreciéndole que si lo desempeñaba bien, le haria dar un buen destino; pero eso si, con una amenaza terrible por si se *pelaba*, porque de Tomas dependia que saliéramos bien, i en efecto, nó pudo sacarnos mas airosos,



por lo cual le cumplió el señor don Ignacio con el destino que le habia ofrecido.

—I cómo hicieron para introducir a Tomas a la casa de don Marcos, de modo que no se conociera que no era Pedro Maria? porque mire que fué paso arriesgado! volvió a preguntar Jertrudis con interes creciente.

—Eso fué negocio que arregló el señor don Ignacio; continúo su interlocutora con mucha impavidez; yo no lo he sabido bien a derechas, pero me parece que, como en la casa de don Marcos estaba sirviendo una hermana de don Gregorio, se encargó este con misia Magdalena, de ganársela para que facilitara la entrada i despues la salida de Tomas, de modo que nadie lo supiera; i segun me parece, para interesarlos mas, le ofreciò a don Gregorio el destino de don Marcos, si se conseguia todo como se deseaba; pero el hecho es que de todo salimos bien, porque se obró con actividad; así fué que el señor don Ignacio me dijo despues que ya casi tenia conseguido lo que deseaba, i yo quedé en camino de reparar lo perdido para conseguir tambien lo que deseaba.

—Pero dígame una cosa, misia Beatriz; sin que se entienda que yo pretenda ponerles cartilla a U. i al señor don Ignacio, que los reconozco mas adelantados que yo en el camino de la virtud; ¿i no es malo eso de haber hecho separar un matrimonio? preguntó Jertrudis con timidez.

—Malo? esclamó Beatriz abriéndole tamaños

ojos a su contrincante; segun i conforme, pues con los impios, enemigos de la relijion, todo se puede i se debe hacer en conciencia: no ha leido U. la Filotèa? Ahí está el caso en que dice San Francisco de Sales, que debemos desacreditarlos e infamarlos, porque es caridad gritar al lobo, para que se vaya i no se coma las obejas. (*).

—Si, ya me acuerdo; repuso Jertrudis con aire de convencimiento; i ahí tiene, yo no me habia fijado en eso.

—Pues para que vea que ántes se hizo una obra buena, porque ahora ese impio no seguirá causando males. Pero volviendo a nuestro asunto ya ve, mi negra, cuánta cosa le he contado esta tarde, que no se la habria dicho ni a mi madre; pero es para que U. se persuada de que obrando con actividad nada hai difícil. Si en esta vez lo hacemos lo mismo, verá cómo todo lo conseguimos casi sin trabajo; i para eso es preciso que sepa que no somos solas, tenemos un buen auxiliar; porque ha querido la fortuna que Mariano insultara al señor don Ignacio, por lo cual este me ha ofrecido cuanto pueda necesitar......

—I cuándo insultó Mariano al señor don Ignacio, que yo no sabia? interrumpió Jertrudis con anciedad.

—Pues anoche en casa de doña Clara; así fué que en el momento se fué el señor don Ignacio

(*) Véase la pájina 67.

a donde misia Magdalena a buscarme para decirmelo; no se acuerda que entró cuando acabábamos de bailar la primera pieza, i que luego yo no bailé las otras por estar hablando con él? Pues era eso, nada ménos.

—I cómo lo insultaria?

—No me dijo a derechas el cómo, porque comenzamos por hablar sobre los mejores medios que podriamos emplear para impedir el matrimonio, conviniendo en los que ya le he espuesto a U.: i cuando yo iba a preguntarle el cómo, se comenzaba la cuarta pieza, i entónces no se acuerda que vinieron todos hechos los pesados i nos obligaron a salir a bailar?

—Asi fué; i tan alegre que se puso despues el señor don Ignacio! dijo Jertrudis casi saliéndose del asiento como si en ese momento la fuesen a sacar para un torbellino de los de la noche anterior.

—Pues bien! Continuó Beatriz sin fijarse en el recuerdo placentero de Jertrudis; ya ve que nada nos falta, i que todo se nos pone bien por si mismo!

—I bien, misia Beatriz; observó Jertrudis; digame una cosa; por qué me tuvieron en cuenta a mi para eso, i no a misia Mariquita, cuando ella es mas jóven que yo, i esta por consiguiente mas a propósito para novia de Mariano?

—Qué dice U? misia Jertrudis; opuso Beatriz con desdeñoso semblante; no faltaba mas sino

que nos hubiéramos ido a esponer en manos de una boba como esa! Cuando crie juicio, entónces quizá lo hariamos; aparte de que cómo íbamos a tener mas confianza de ella que de U. que no es la primera vez que nos sirve como nadie lo puede hacer mejor?

—Gracias! misia Beatriz por el favor que me hace; trataré de corresponder a él lo mejor que pueda; pero del modo que le he dicho.

—Entónces mire, misia Jertrudis, haremos esto: esta noche voi a ver temprano a Tomas para que me haga las cartas, que con unas dos no mas hai; i mañana cuando vamos a comulgar a San Agustin, por el jubiléo, se las entrego yo a U. para que saliendo de la iglesia, miéntras que U. va donde doña Clara, yo voi primero donde el señor don Ignacio a que pensemos qué otra cosa se puede hacer si se frustrare lo de las cartas, i despues me voi donde mi sobrino Alfonso a convencerlo de que debe casarse con Carmelita, que yo estoi segura de que hablándole yo con empeño, él no se resiste, i luego por la tarde nos reunimos otra vez como a las cuatro, aquí mismo a darnos cuenta de lo que háyamos hecho; pues si U. no sale bien con sus cártas, pasado mañana no mas hai que poner en planta alguna cosa nueva. No le parece? Qué dice U.?

—Que me parece mui bueno así; contestó Jertrudis en ademan meditabundo.

—Pero mire que no vaya i por sus cosas salga-



mos mal; le dijo Beatriz con ánimo brioso i desembarazado.

—No tenga cuidado, misia Beatriz, que hoi las cosas varian de aspecto i tengo que mirarlas sériamente.—Pero en fin me voi porque ya es mui tarde i U. tambien tiene que ir donde Tomas. Con que hasta mañana, mi negra, que nos veamos en el jubiléo.

—Hasta mañana, mi china, mucho empeño; que para eso nos hemos de encomendar mañana harto a *taita lindo*.

Un momento despues ya Beatriz se hallaba sola, mudándole los vendajes de las desolladas costillas al calungo, que acariciaba como podia a su cuidadosa ama.

CAPITULO XII.

Acaso nos reproche el lector el porqué no háyamos seguido el órden cronolójico de los acontecimientos, como parece que deberia hacerlo todo historiador que pretenda abrirse un huequito entre los preferidos por la jeneralidad de los lectores; pero aunque hasta cierto punto pueda tener razon, es preciso que nos disimule esta falta, si tal puede ser, en atencion a que hemos creido agradarlo mas, siguiendo los sucesos por el órden de su importancia.

En efecto, sentado este preliminar, retrocedamos un dia entero, con el objeto de observar los

acontecimientos que se nos han quedado tras de los que acabamos de esponer, i comencemos por el baile que doña Magdalena dió al P. Nicanor, que es la parte poética de la historia de nuestros *santos* héroes. Pero de paso debemos advertir que aunque doña Magdalena llevaba la fama del baile, no era porque ella sola lo hubiese costeado, sino porque habia encabezado el movimiento i acaso porque habia puesto de su peculio la mayor parte de lo impendido en él; pues este baile, sea dicho para hacer justicia a las hermanas, se habia formado de las ofrendas voluntarias de todas ellas.

A las seis i media de la noche del dia señalado, comenzaron a reunirse en casa de doña Magdalena todos los convidados, inclusos los músicos, que tambien lo eran, aunque a ganar sus copitas; don Gregorio, como jefe principal de la casa, hacía los honores a todos los convidados que iban entrando; los que no dilataron mucho en estar completos en la sala del baile, que lo era una pieza de las del tramo interior de la casa. Al ver ese gran cúmulo de convidados de distintos hábitos masculinos i femeninos, hubiérase creido que era un Capítulo Jeneral de todas las órdenes relijiosas que hai en Bogotá: veíanse allí reunidos, ademas de los padres de Santo Domingo que ya conocemos i algunos otros del mismo convento, un número no despreciable de Franciscanos azules i pardos, de los que hacia parte el padre Gual-

berto, Agustinos calzados, Agustinos descalzos aunque con zapatos de siete zuelas, i de otros que aun se encuentran todavia viviendo en conventos distintos de los de su órden, como gallinas en corral ajeno, segun la espresion vulgar, sin que tampoco hicieran falta los hermanos de capa o de ruana, i algunos clérigos encabezados por el celoso doctor Benito, que no habia querido abandonar su *rebaño;* pues cada una de las hermanas interesadas en la funcion, habia convidado al Reverendo por quien sentia especiales simpatías. Ocioso nos parece advertir que el cortejo mujeril se componia de todas las santas hermanas que habian podido entenderse para fomentar esta diversion i de algunas pocas convidadas, siendo de notarse eso sí, que entre las primeras habia muchas de enaguas i mantillas de frisa o de bayeta de Castilla, que al observador menos curioso no se le habria escapado que estaban fuera de su centro; o lo que es lo mismo, habria conocido que cuando salieron de sus casas para concurrir a la del baile, no lo hicieron por la puerta principal; estas fueron las últimas en llegar i alguna de ellas no pudo presentar la figura en ese deseado salon, sino cuando ya la funcion estaba mui gastada.

La música, que se componia de dos tiples, una bandola, un viejo guitarron para los bajos, un violin i una pandereta, tenia su aire democrático; cosa que le parecerá inverosímil al lector, si se atiende al carácter peculiar de nuestros santos

héroes i a la circunstancia de ser esta clase de música algo ajena de la jente piadosa, por ser la que menos se acerca a lo místico; pero si no habia otra, no era porque no pudiesen costearla mejor los interesados, ni porque no tuviesen gusto en la eleccion: sino porque como se deseaba inspirar a los convidados toda la franqueza posible para que pudiesen divertirse a sus anchas, se quiso que no tuviese ese aire aristocrático que distingue a la música de viento, que no deja de alejar el buen humor tan necesario en las diversiones de *pura confianza.* Por eso la puerta de la calle, se cerrò herméticamente para los profanos.

Hasta aquí, pues, nada mas de particular se nos ofrece decir para dar una idea jeneral de este baile; pero se nos ocurre una pregunta sencillisima que hacer: ¿deberémos continuar presenciándolo despues de que hayan bailado la primera pieza, i se comiencen por consiguiente a cruzar las copas en diversas direcciones? Imposible nos parece a nosotros; porque desde ese momento supremo se empiezan a repetir tales escenas, que serian capaces de escandalizar al lector mas desorejado, i como nosotros jamas podremos resolvernos a escandalizar a nadie, i menos a las bellas lectoras que nos favorezcan con sus miradas, creemos que debemos salir de la sala del baile, antes de que se dé la órden de cerrar con llave la puerta de la calle, para no volver a abrirla sino hasta la madrugada.

No obstante, si algun lector curioso quisiere saber, apesar de todo, lo que pasa en un baile de estos, le aconsejamos que averigüe por el primero que haya, que no se dejarà esperar mucho, i se inicie con alguno de los hermanos para que le facilite la entrada, que es mas difícil eso sì, que la de los conciertos que suelen dar *gratis* los filarmónicos de Bogotá. Por lo que a nosotros respecta, ponemos aquí punto final al baile i pasaremos a otra cosa.

En en capítulo X habia quedado interrumpida una escena importante que se verificó a tiempo que los hermanos estaban en la inocente diversion de su baile. Nuestros amigos Alfonso i Mariano encontraron a las nueve de la noche una pobre mujer a quien estropeaban tres hombres, i ella les pidió el auxilio que los jenerosos amigos no dilataron en prestarle.

—Qué hai? por qué maltratan UU. así a esa pobre mujer? se adelantó Mariano a preguntar al mas inmediato de los tres.

—Por *garosa!* mi amo; contestò el hombre con mas garbo que un millonario.

—Si, por *garosa!* porque fué a *jartarse* lo que no era de ella; alegaron los otros dos a la vez.

—Yo nada me he *jartado*, mis amos; vociferó la mujer; sino que estos hombres son unos tiranos.

—Cómo es eso de nada? grandísima p.... i la chicha que te *jartaste*? gritaron todos tres a la vez.

—Alto hai! dijo Alfonso que deseaba saber lo que habia sido; no hablen todos a la vez: vamos, refiera uno solo lo que ha sucedido, i despues hablarán los demas.

—Santa palabra! mi amo; repuso el mas osado de ellos; voi a contarle a sumerced como fué lo que hubo; pues ha de saber sumerced que ayer nos dió mi amo Ignacio, que Dios le dé mas, porque es tan bueno, un cuartillo de limosna para los cuatro, i el dicho cuartillo lo cojió esta bagabunda, i no sabe sumerced cuanto trabájo nos ha costado que venga a darnos nuestra parte, porque se lo queria tragar ella sola la galga, *garosa*, agallas de *Constituyen* .....

—Vamos, déjese U. de insultos i continúe la relacion sencillamente; le interrumpió Mariano con voz imperiosa.

—Sí, mi amo, haré la *mercé* que manda; continuó el historiador del cuartillo; pues que *ora* verá, mi amo; al fin esta noche convenimos en gastarlo de chicha, para poderlo repartir mejor, pedimos el cuartillo de chicha con sus *pocos* i todo en una totuma grande; bebimos cada uno de los tres un poquito, le dimos la totuma para que ella hiciera lo mismo i nos la volviera para seguir *asina* hasta acabar; pero como ni aun crianza tiene, fué i se la *jartó* toda de un porrazo, dejándonos casi sin probarla.

—*Amenito!* así fué mis amos, ni mas ni ménos! gritaron los otros dos con entusiasmo.



—Vaya, vaya! esclamó Alfonso riendo del orijen de la pelea; segun eso don Ignacio les ha causado a todos UU. un grave perjuicio con su limosna: otra vez díganle que, gastando lo mismo, les puede hacer el favor en regla, dándole a cada uno un pan de los que venden a cuatro por cuartillo.

Los pobres quisieron replicar en defensa de la heroica caridad de su amo Ignacio; pero Mariano les cortó la disputa diciéndoles:

—Tomen cada uno medio real con la condicion de que se irán de aquí, sin volver a pelear; i tú, mujer, toma dos reales que bien los mereces por lo que te han estropeado.

I dicho esto, seguido del cumplimiento de la oferta, les volvieron la espalda, continuando el camino que llevaban hasta que llegaron a la esquina inmediata, que es en la que se cruzan las carreras de Pamplona i Yarumal. Al llegar allí, vieron una viejesita que iba por esta última carrera ácia el oriente, con un farolito en la mano, la cual les llamó fuertemente la atencion a ámbos.

—Se me ha puesto; dijo Alfonso; que aquella abuelita que acaba de pasar, es mama Josefa; i si es ella, se me hace estraño que ande sola por la calle a tales horas.

—Así lo creo yo tambien; espuso Mariano; i si no me engaño, en esto hai algun misterio, que debemos descubrir a todo trance.

—Veamos si es ella, ántes de que se aleje demasiado; replicó Alfonso; i si es, no pasaremos adelante sin haber sabido lo que haya sobre el particular, pues tengo interes en saberlo.

—Lo mismo yo; volvió a decir Mariano; pero me ocurre una cosa, Alfonso, i es que si la sorprendemos en la calle, tal vez no descubrimos la verdad de lo que haya; o por lo ménos nos quedaremos con sospechas.

—Puede suceder asi; porque efectivamente mama Josefa es mui reservada, cuando se le confia un secreto, i yo creo que aquí lo hai; pero no seria mejor saber ántes a dónde va i obligarla a que nos lleve allá?

—I estamos seguros de que no nos lleve a otra parte i nos engañe con cualquiera otra cosa? observó Mariano manifestando su desconfianza; tú sabes que las mujeres en estos casos tienen mas ardides que nosotros para salir bien de una dificultad.

—I qué debemos hacer, pues? preguntó Alfonso con anciedad.

—Seguirla con disimulo hasta donde vaya; contestó Mariano con voz firme; pues como sé que es la confidenta de Carmelita, estoi ya con sospechas de que algo de lo que me dijo ese hombre funesto de don Ignacio, pueda ser cierto, i quiero que no váyamos a errar el golpe, porque me hallo desesperado por saberlo todo. Vamos pronto, ántes de que se aleje demasiado, la perdamos de

vista i se nos dificulte seguirla o tal vez se nos pueda ocultar.

—Vamos, pues, amigo mio; dijo Alfonso con afan; porque yo me hallo ya con los mismos temores tuyos i tengo el mismo interes.

I los dos amigos se pusieron en marcha, llevando siempre la misma distancia que los separaba de la viejesita, la cual ya ninguno de los dos, i ménos Alfonso, dudaba de que fuese mama Josefa; pues la atencion con que iban, sin separarle un instante la vista, habia hecho que al fin la conocieran ambos. Siguiéronla, pues, hasta que llegaron a un arrabal de la ciudad, en el cual, entre otras, habia una casita de paja casi caida a la que entró diciendo:

—Buenas noches! mui tarde he venido esta noche; pero no fué posible mas temprano, por que habia jente en casa, i hasta que no se fué toda, no pude salir.

Dos voces desfallecientes le contestaron de adentro el saludo i la disculpa; i Mariano i Alfonso, que la habian oido ya de cerca, se acabaron de persuadir, por la voz, de que no era otra que mama Josefa.

—Qué significa esto? dijo Alfonso con algun despecho; venir a estas horas mama Josefa a este *rancho* viejo? i sobre todo que no es la primera vez, segun lo deja entender? aquí hai algun misterio, no hai remedio.

—Estoi aturdido; mis temores, mis sospechas

se aumentan, Alfonso; opuso Mariano desesperado; entremos que, segun todas las apariencias, aquí no vive jente que pueda servirnos de obstáculo para hacer las averiguaciones que deseamos.

—Pero mira, Mariano, por Dios; esclamó Alfonso lleno de angustia; es preciso que........

En este instante lloró un niño.....i una fatídica idea, unida a los nombres funestos de don Ignacio i Beatriz, a quien ya Mariano conocia, produjo un horrible estupor en los dos amigos. Mariano, sin dar oidos a Alfonso, se lanzó de improviso a la casita, por lo cual este se vió forzado a seguirlo.

Al primer golpe de vista no mas, quedaron impuestos, a favor de la luz del farolito de mama Josefa, de todo lo que encerraba aquella humilde casita: un hombre moribundo, al parecer, tendido en una especie de andamio de varas delgadas, lleno de paja, sobre la cual descansaba el hombre, cubierto con algunos andrajos de frazadas; cerca a él, sentada una mujer jóven, pálida i enfermiza, segun su aspecto, rodeada de tres chiquitos, imájenes de la miseria, la desolacion i la angustia, i algunos pocos vetustos muebles de cocina, era todo, i no habia mas, a no ser que se quiera agregar un monton de tamo que habia en el suelo que, segun todas las apariencias, era la cama de la mujer i los tres chiquitos.

—Qué es esto, mama Josefa? entró diciendo Mariano con una desesperacion que rayaba en

delirio; qué novedad ha habido que anda U. a estas horas por aquí?

—Don Mariano! Alfonsito! esclamó mama Josefa aterrada con semejante aparicion, que estaba mui léjos de esperar, i sin poder decir una palabra mas.

—Caballeros! dijo el enfermo con voz dolorida i desfalleciente; ruego a UU. no les sirva de molestia el encontrar aquí a esta señora, que comprendo que tal vez sea de la casa de UU., pues ella no ha venido a cosa mala, sino a traernos un auxilio con que aliviar nuestra miseria, i que hasta ahora no sabemos a qué ánjel le sirve esta señora de instrumento, para auxiliar nuestra amarga desolacion, pues jamas ha querido decírnoslo por mas que se lo hemos suplicado.

Ambos amigos quedaron sorprendidos al hallar en el lenguaje del enfermo, el de un hombre que no pertenece a la clase vulgar; por lo cual se quedaron un instante mudos, sin saber qué decir; pero al fin Mariano fué el primero que rompió el silencio, diciendo lo primero que le ocurrió:

—I mucho sufre U.?

—Ai! caballeros; contestó el enfermo con su voz quebrantada; si no fuera porque Dios me sostiene, ya me hubiera desesperado. Supónganse UU. que ya hace mas de un año que vivo en medio de los dolores mas agudos del reumatismo sin poderme mover de la cama, rodeado de miseria por todas partes i sufriendo tanto por mí,

como por estas infelices creaturas que UU. ven a mi lado.

—Suplico a U. me perdone la indiscrecion; espúsole Mariano conmovido de la miseria de aquellos infelices, avergonzado de haberse entrado a la casa tan bruscamente, i deseando de algun modo sincerar su conducta; pero el porte de U., su conversacion i todo me revela en U. un hombre que no pertenece a la clase vulgar; un hombre a quien acaso continuadas desgracias lo han traido al estado lamentable en que se encuentra; ¿podré tener la honra, junto con mi amigo Alfonso que me acompaña, de que U. nos participe el orijen de todos sus infortunios? el interes que su suerte despierta en nosotros, es el que nos obliga a ser indiscretos.

—Por qué no? caballeros; repuso el enfermo con emocion; ¿por qué no los habia de satisfacer, cuando veo en UU. dos jenerosos caballeros que se interesan por las desgracias ajenas? o, tal vez dos ánjeles mas que la Providencia me envia para consolarme? Hija mia; continuó dirijiéndose a la mujer; acomódeles como pueda un asientico a los señores; i luego volviéndose ácia ellos, dijo:—Ahora UU. me permiten que ántes de empezar mi relacion me...... Ai! Dios mio! esclamó dando un grito agudo, causado por el dolor reumático que le acometió en ese instante.

Mariano se acercó a ayudarle a colocarse en la posicion en que él habia hecho un esfuerzo para

colocarse, i tomándolo de los brazos con mucho cuidado, lo acomodó, ayudado de Alfonso, de modo que quedara sentado i a la vez recargado contra un monton de tamo que habia ácia la cabecera, i en esta posicion, luego que le calmaron los dolores, empezó así:

—Comenzaré mi relacion desde mui atras, para poderlos informar mejor del orijen de todos mis males, lo cual, aunque me dilate, i apesar de lo doloroso que me son tales recuerdos, me servirá de consuelo, porque así olvidaré por unos momentos mis dolores reumáticos.

Mi padre fué un rico sabanero que no tuvo mas que dos hijos, una hermana mayor mia, i yo que no conocí a mi madre, porque murió siendo yo mui pequeño. Mi hermana se casó despues con un estranjero rico, i en vida no mas la dotó mi padre con treinta mil pesos, dejándome a mi de sus bienes una cantidad igual, que siguió manejando él mismo hasta que murió, teniendo yo apénas diez i ocho años. Pero al morir, dejó de albacea de todos sus bienes i de curador mio, a don Ignacio, sujeto que UU. quizá conocerán. No lo conocen?

—Sí, señor; demasiado que lo conocemos; espúsole Mariano; así es que ahora mas que ántes nos interesa la historia que U. nos refiere, por hallarla entrelazada con la de don Ignacio, sujeto que no nos es desconocido.

—Pues bien; continuó el enfermo; supuesto

que lo conocen, no tengo necesidad de entrar en detalles acerca de su persona, sino que continuaré sencillamente mi relacion. Este don Ignacio tuvo tal astucia para ganarse el ánimo de mi padre, que no solamente consiguió que lo dejara de albacea i curador mio, sino aún que lo dejara a él tambien de heredero de una parte no despreciable de sus bienes, pues por tal se puede tener un enredo de capellanías, a título de órdenes, que le hizo fundar a favor de un hijo suyo que yo no he visto jamas. Arregladas así las cosas i muerto mi padre, mi hermana se fué con su marido para fuera de la Nueva Granada; quiso llevarme, pero como don Ignacio no convino, tuve que quedarme, i desde entónces no he vuelto a saber de ella.

Yo seguí al lado de don Ignacio hasta que me casé, pocos meses ántes de cumplir la mayor edad; i desde cuya época comencé a activar para que don Ignacio me entregara todos mis bienes, una vez que ya su mision habia terminado; pero jamàs pude conseguirlo, porque a él no le faltaban pretestos para rendir la cuenta, i lo mas que podia conseguir, era sacarle algunas pequeñas cantidades de dinero..... Ai! Dios mio! qué dolores tan agudos! esclamó de repente, gritando como un desesperado.

Mariano i Alfonso se pusieron de pié, con el objeto de ver si lo podian ausiliar, i lo hallaron sudando como si estuviera en Mompòs ácia la estacion de verano; pero él mismo les indicó que

lo dejaran en calma unos momentos, que pronto quizá le pasarian. En efecto, a los diez minutos, pudo ya continuar su relacion del modo siguiente:

—Así se habia pasado mucho tiempo sin conseguir mas sino que se me aumentaran los temores que ya me asaltaban; de modo que, para cualquier evento, pensé que seria mui prudente tratar de aumentar los sobrantes de las pequeñas cantidades que le sacaba, los cuales no podian ser mui grandes por razon a los gastos que mi nuevo estado exijia. Pero al fin, como era preciso desengañarme a cualquier trance, fui un dia a su casa i le hablé decididamente, manifestándole que yo no podia esperar mas largo tiempo, porque me estaba perjudicando por carecer de lo mio; entónces él, casi sin contestarme, se dirijió a un escritorio de donde sacó un papel diciéndome:

—Me parece que conforme a este documento suscrito por U. con todas las formalidades de la lei, los dos no tenemos ya cuentas pendientes.

—Cómo! don Ignacio; le contesté sin recibir el papel que me daba; que no tenemos cuentas los dos? Si no me ha dado casi nada de lo mio, cómo no las hemos de tener?

—Pues como U. lo ve, por el documento que le muestro; me replicó con una calma infernal, que me parece estar viendo.

—Nada! don Ignacio; U. se chancea! le dije en tono risueño; pues todavía no podia persua-

dirme de tanta perfidia, porque hasta entònces yo no me imajinaba que pudiese haber hombres que llevaran su maldad a ese estremo.

—No, caballerito, no me chanceo; tornó a decirme con una risita burlona que me heló todo; si U. no quiere leer el documento para recordarlo, se lo leeré yo; oiga pues.

I dicho esto se puso a leer su papel en alta voz, el cual decia que yo daba por recibido todo mi haber paterno, quedando su responsabilidad completamente a salvo, i yo entregado de todo. Antes de que él concluyera su lectura, no pude ménos que esclamar indignado.

—Infamia! robo! ¿Es posible que yo haya recibido lo que no ha pasado por mis manos, ni por las de ningun comisionado mio?

—U. no me viene a insultar a mi casa; me dijo con rabia; el *patojo* desagradecido, despues de que hasta de lo mio he gastado para no menoscabarle lo suyo!

I como me preparaba a replicar, me echó casi a empujones diciéndome:

—Si se cree menoscabado, jueces hai; pero yo no consentiré que semejante *mocoso* me venga a faltar a mi casa.

Convencido de que nada mas adelantaría con él, por entónces, me dirijí a la casa de un amigo, quien me aconsejó que lo demandara; pero manifestàndole mi completa ignorancia en materias de foro, me indicó un abogado que pasaba por

el mejor bajo todos respectos de los que habia en esta ciudad. Me fuí donde ese abogado que lo es el doctor Isidoro A.·. i despues de haberlo impuesto de todo circunstanciadamente, i con especialidad de que yo no me acordaba haber firmado el documento con que don Ignacio pretendia escudarse, se ofreció a desempeñar el poder para demandarlo, con tal de que le diera para los gastos, i por partes la mitad de su honorario que estipulamos en dos mil pesos, i el resto cuando se concluyera el pleito, que no tardaria ni seis meses, segun me lo manifestó.

Seguro yo de que no podria hacer frente a estos gastos i a los de mi estado, si no me esforzaba en aumentar trabajando, el pequeño capital que poseìa, redoblé mis esfuerzos, emprendiendo en cuanto pude, especialmente en viajes a Facatativá i a la Meza. Al principio mis cálculos no salieron errados, porque aunque escasamente yo no dejaba de hacer frente a todo; pero luego se me fué cambiando la suerte, debido principalmente a que el pleito se prolongó muchísimo mas de lo que el abogado me habia dicho, pues ya iban corridos casi dos años desde que se principió, i todavia no salia de la primera instancia, segun me decia él, esplicándome el motivo de un modo que muchas veces yo no comprendia bien, por no estar en los secretos del foro; pero siempre dándome esperanzas i pintàndome las cosas del modo mas favorable a mis intereses. Así se pasó

màs tiempo i ya yo le habia dado al abogado mas de lo que habiamos estipulado, i aun seguia dándole con gusto por tal de que ajitara; pues en cambio, él tampoco cesaba de darme esperanzas. Pero al fin mi suerte cambió completamente. He aquí cómo.

Un dia viniendo yo de la Meza con unas cargas de cacao, me cojió mas acá de la Boca del Monte un aguacero tan terrible que no me dejó cosa seca; llegué al anochecer a una mala posada donde me quedé con mis cargas, pero teniendo que dormir con la ropa mojada, porque no traía mas; un descuido imperdonable, i acaso la inesperiencia, hizo que yo no la secara ántes en la candela que tal vez allí no hubiera faltado; lo cierto es que al dia siguiente amanecí con dolores en todo el cuerpo, los que de dia en dia se fueron aumentando hasta que me rindieron a la cama, sin que lo pudieran evitar todos los medicamentos que tomé. Tuve, pues, que suspender las partidas para el abogado, con el objeto de darles un destino que habia estado yo mui distante de pensar; este fué el médico que sostuve hasta que ya no me quedó que darle mas: desde entónces ni el médico volvió mas a verme, ni yo volví a saber nada de mi pleito, si se esceptúa el descubrimiento que hice, aunque tardío, de que mi abogado es íntimo amigo de don Ignacio, con lo cual pude esplicar tanta tardanza en la conclusion de mi pleito.

Como UU. ven, llegábamos a una época en que no quedándonos ya ni muebles que vender, teniamos que conformarnos con que hasta el médico nos volviera la espalda, i pensar solamente en cómo podríamos sostener la existencia principalmente de estos seres inocentes cuya custodia nos habia confiado Dios; pero no quedaba en pié i sin recursos para ello, sino mi desgraciada Eulalia, que luchó con todos los contratiempos, hasta que sucumbió tambien heróicamente. Bien pronto, pues, nos vimos agoviados por todos los horrores de la miseria mas espantosa, solos i desamparados de todo el mundo, en términos de tener que salir a este desmantelado *rancho*, que de lástima nos ha dejado un honrado chircaleño, tan pobre, que quizà sea gravosa para él semejante limosna. En medio de tales angustias, pasàndosenos los dias enteros sin comer, con estas pobres criaturas pidiendo pan en medio de raudales de làgrimas, i sin tener mas que lágrimas con que enjugar las suyas, me vino muchas veces la idea del suicidio con todo el caràcter sombrío i desolador que la distingue, i, lo recuerdo con horror, mas de una vez atenté contra mi propia existencia; pero mi Eulalia, ese ànjel bendito que la Providencia puso a mi lado para que velara por mi, me salvó siempre, alentàndome, reanimàndome i dàndome cada dia nuevas fuerzas para resistir las miserias de la vida, empleando para ello unas veces su voz armoniosa i suave que se

perdia casi siempre en los antros oscuros de mi arisco corazon, como la voz encantadora de un canario en las bóvedas oscuras de una caverna; a veces su palabra penetrante i dulce como la flecha del amor, me dejaba adormecido, aliviaba mis males morales con sus anjelicales consuelos, sin que esto dejase de ser momentàneo. Pero al fin no era posible resistir mas: la mujer ha recibido de Dios una arma poderosa i terrible con la cual puede triunfar i disponer a su antojo de su triunfo; sus làgrimas acabaron por rendirme, i hube de imponerme la vida, al principio como un mal necesario, el mayor de todos los que pueden sobrevenir al hombre: viví, pues, i viví sólo por ella, porque mis hijos eran ya sombras vaporosas que pasaban un instante por mi ardiente imajinacion con la velocidad del relàmpago, para no volver sino despues, bajo la misma forma.

Pero, oh! Providencia divina que así cuidas de la última, como de la primera de tus creaturas! Que con la misma solicitud con que sostienes la vida de esas lejiones de espíritus puros que constantemente te rodean en una continua alabanza àcia tí, sostienes tambien la del hombre ingrato i rebelde que te enrostra lo mismo que ha recibido de tí, asì como la del humilde i despreciable guzanillo que se cria en el fango, publicando tu eterna sabidurìa! No! Dios no se olvida jamas de los suyos; los deja sufrir unos dias para probarlos, pero al fin los consuela i los alivia. Así nosotros

cuando estábamos en el colmo de la desesperacion, cuando parecia que el mundo entero se habia conjurado contra nuestra ignorada i despreciable existencia, Dios nos envia su ànjel que nos consuele, i en efecto cambia de un solo golpe nuestra suerte: ¡dos pesos semanales para cinco seres que hacia tiempo que casi no atravezaban un bocado, han sido el manà celestial que ha enjugado muchas làgrimas! Oh! nuestro reconocimiento jamas podrá ser comparado a nada sobre la tierra.........!

Solo un favor nos ha negado la Providencia, i es el de saber el nombre de ese ánjel que nos ausilia.....Esta señora, que UU. han encontrado aquí, que le sirve hace mucho tiempo de instrumento a sus bondades, jamas nos lo ha querido decir; apénas se contenta con asegurarnos que no es ella, sino una señorita mui jóven, i yo creo que tan hermosa como los ánjeles que asisten de cerca al SEÑOR! Pero el nombre? Nunca hemos tenido la dicha de saberlo.

—I bien! mama Josefa, cuál es ese nombre? preguntó Mariano que habia estado oyendo la relacion del enfermo con interes creciente; supongo que no será el de misia Clara, por lo que U. le ha dicho al señor; pero él lo reclama con mucha justicia i es preciso decírselo, sea cual fuere.

—No es la señora Clara; contestó mama Josefa; pero......

—Es el de alguna de las señoritas? interrum-

piola Alfonso con marcado interes; no hai remedio es preciso saber ese nombre, porque nosotros tambien lo reclamamos con igual empeño; dígalo pronto mama Josefa.

—Pues yo les diré; tornó a contestar mama Josefa notablemente afanada; no puedo revelar ese nombre, porque se me ha exijido un secreto tan grande de no decirlo a nadie, que quedaria yo mui mal, si lo dijera.

—Por mas inviolable que sea ese secreto, nosotros le exijimos ese nombre a todo trance; esclamó Mariano, cuyo entusiasmo crecia con la resistencia de la anciana.

—Pero me hacen quedar mal, porque yo no puedo decir........

—Dejémonos de cosas, mama Josefa; volvió a interrumpirla Alfonso con resolucion i ya desesperado; si U. no nos dice ese nombre ahora mismo, yo no la vuelvo a saludar en mi vida; todos somos aquí de confianza, i si quiere le ofrecemos el secreto.

A una amenaza semejante, hecha por Alfonso con tanta resolucion, era imposible que mama Josefa pudiera resistir, i el mismo Ulises en un caso esactamente igual, hubiera visto tambien vacilar i sucumbir la prudencia que lo ha inmortalizado; con mas razon pues una pobre viejesita como mama Josefa; así fué que al fin salió diciendo:

—Alfonsito! su amenaza me obliga a quebran-

tar el secreto! El nombre que me piden es el de. . . . . . *la señorita Cármen.*

—Carmelita? Es posible! esclamaron a la vez los dos amigos llenos de asombro i como aturdidos por un rayo; i no lo sabe misia Clara? preguntó despues Alfonso.

—No, Alfonsito; yo soi la única que lo sabe en todo Bogotá; i ahora UU. porque me lo han oído.

—La señorita Cármen qué? señora de mi alma; preguntó el enfermo con afan, como quien entrevé un rayo de luz que lo ha de guiar al término que desea.

—La señorita Cármen B. . . . le contestó mama Josefa con prontitud como temerosa de que se le adelantaran Mariano o Alfonso; pues ya el entusiasmo que le habian comunicado, le habia hecho perder el miedo del secreto.

—Gracias, gracias, Dios mio! ese nombre nos faltaba para ser completamente felices en medio de nuestra miseria, i ya lo tenemos! la señorita Cármen B. . . . ! Gracias, Dios mio! dijo el enfermo con una tierna espresion de gratitud.

—La señorita Cármen B. . . . Gracias, Dios mio! Somos felices! Cármen B. . . . no se podia esperar otra cosa de tu bello corazon; repitió la macilenta compañera del enfermo, poniéndose de rodillas i juntando a lo alto sus pálidas i descarnadas manos.

—La conoce U. a ella? hija mia; o ella la conoce a U.? le preguntó el enfermo a su mujer,

fijándose en las últimas espresiones que le habia oído.

—No creo que ella me conozca, porque no ha habido ocasion para ello; contestó la mujer del enfermo; ni yo tampoco la conozco sino de fama; pues recuerdo ahora que una antigua amiga mia, que estaba de maestra en el colejio de las Paquitas, me hablaba de ella con frecuencia i me la pintaba como la mejor de sus discípulas bajo todos aspectos, i por eso es que sé que es de tan bello corazon.

—Oh! es un ánjel, segun todo nos lo demuestra; volvió a decir el enfermo lleno de gratitud.

No es posible seguir pintando esta escena con todos sus colores; tanto los dos amigos como, los enfermos i aun mama Josefa, se entusiasmaban cada vez mas, i cada uno queria decir algo mas de lo que ya habia dicho, sin reparar que a cada momento se interrumpian unos a otros; tal era el frenesí a que habian llegado, por el descubrimiento de un nombre tan grato para todos los que allí se hallaban presentes.

No obstante al fin calmados un poco, Mariano salió del estupor en que la duda i la sospecha lo habian puesto, quedándole solamente el remordimiento que esta escena le produjo, i reflexionando que, acaso estaban trasnochando a aquellos infelices mas de lo justo, se paró de su asiento, que lo era una desvensijada banquita de madera, que les habia servido a ámbos amigos, i en

ademan de despedida les dijo al enfermo i a su compañera:

—Amigos! por esta noche los abandonamos por ser ya mui tarde i necesitar UU. de descanso; pero a nombre de mi amigo Alfonso i mio, les aseguro que su suerte, que tanto nos ha llamado la atencion esta noche, no nos será indiferente en manera alguna; sino que, por el contrario, mi amigo Alfonso, aunque habia abandonado la carrera del foro, porque su delicada conciencia no le permitia ver con indiferencia las infamias que en ella se cometen diariamente, tomará a su cargo su pleito con don Ignacio, corriendo de nuestra cuenta los gastos, i yo ademas les prestaré en lo que pueda todos los ausilios que estén a mi alcance. Solo deseamos su nombre, que es lo único que nos falta. Su nombre?

—Rudecindo Z.... servidor de UU; pero ya lo habia dicho yo; UU. son dos ánjeles......

—Nada; por esta noche no hablemos mas, porque U. debe estar débil, i es ya mui tarde; mañana volveremos a verlos; tornó a decir Mariano interrumpiéndolo.

I los dos salieron con mama Josefa, dejando a aquellos infelices entregados a transportes de alegría i de gratitud.

Ambos quisieron ir a acompañar a mama Josefa hasta la puerta de la calle, de la casa en que vivia, sin que por el camino se les pasara preguntarle:

—U. sabe, mama Josefa, de dónde es que saca Carmelita los dos pesos semanales que les manda a estos pobres i lo demas que U. dice que reparte en limosnas? pues si misia Clara no sabe nada, como U. nos lo ha dado a entender, es seguro que con nada la ausilia ella.

—Así es la verdad; les contestó mama Josefa; pero la señorita Càrmen no necesita, porque a ella le sobran recursos, que se proporciona con las costuras i bordados que hace de noche, pues ántes de las nueve i a veces a las siete no mas, se recoje a su pieza i se está trabajando hasta las once o doce de la noche, lo cual no le impide madrugar todos los dias, i yo soi la comisionada para vender todas esas obras, las que no parecen sino benditas de Dios, porque se venden pronto i a buen precio.

—Estraordinario es eso! esclamaron ámbos amigos a la vez.

—I yo qué digo ahora, porque voi tan tarde? preguntó mama Josefa.

—La verdad, mama Josefa; le contestó Alfonso.

—Tiene razon mi Alfonsito; replicó la anciana; debemos decir siempre la verdad, aun cuando resulte contra nosotros mismos.

I sin mas de particular, todos se retiraron a sus casas.

Ocho dias mas tarde, la casita i menaje de Rudecindo, recibian importantes mejoras provicionales, i Alfonso examinaba con mucho cuidado,

en un Juzgado de Circuito de esta ciudad, un espediente que, aunque no era mui voluminoso, habia costado ya lo mismo que una regular biblioteca de obras escojidas.

CAPITULO XIII.

JAMAS se podrá describir debidamente lo que es uno de esos grandes jubiléos que llaman la atencion, no solamente de las acuciosas hermanas i solícitos hermanos, sino tambien de muchos campecinos i de otras personas sencillas, que vienen con alma recta i corazon puro a rendir a la divinidad homenajes que esta recibe con agrado, por la fe viva i candorosa que encuentra en ellos; i que son los que indudablemente la desagravian de los ultrajes que por otra parte se le irrogan por los que no van a estas funciones, sino con miras puramente mundanas.

El jubiléo de que hoi nos ocupamos, es uno de los mas solemnes que se celebran en la iglesia de Agustinos calzados; la concurrencia era numerosa, pero en su mayor parte se componia de las hermanas i hermanos de la clase de nuestras santas heroinas, que habian venido como en romería, de todos los puntos de esta ciudad, aun los mas lejanos.

Nuestras heroinas i su arlequin, no habian faltado a él; i, como lo tienen de costumbre en todas partes, se hacian notables por su constante

movimiento, pues no cesaban de moverse en diversas direcciones del templo, como si estuviesen bailando cuadrillas o contradanza inglesa; porque se arrodillaban en un estremo del templo, sacaban de su ridículo uno i otro libro, lo hojeaban un momento, lo cerraban, i alzando el tapete se pasaban a otro punto, en el que repetian la misma operacion, para despues trasladarse a otra i otra parte, hasta que al fin la demasiada concurrencia les dificultaba el paso, pero no por eso las dejaba quietas en un solo lugar, porque aunque fuera pisando jente, se daban trazas de no suspender sus cuadrillas.

Mas para no cansar al lector con inútiles repeticiones, lo remitimos a los capítulos primero, tercero i nono, pues muchas de las escenas allí descritas, se repitieron en este dia solemne; así es que apénas diremos que concluida la funcion a las diez de la mañana, todos se retiraron a sus casas, sin que hubiera ocurrido de particular mas que el modo lastimoso como se presentó Beatriz a ganar el jubiléo, pues iba con el brazo derecho colgado al pescuezo con un pañuelo, no de otro modo que como los perros que, en tiempo de sementeras de maiz, en el campo, les cuelgan un brazo al pescuezo para evitar los daños que en tales sementeras pueden ocasionar destrozando las matas para comerse las mazorcas; la pequeña herida que el cortaplumas, lanzado por Antonia el dia anterior, le habia causado, se enconó i tomando

proporciones alarmantes, se estendió el mal en términos que ya llevaba toda la mano hinchada. Este insidente alarmó a todas las hermanas i hermanos que la tenian una singular veneracion, así fué que sucesivamente ibanle preguntando, a medida que notaban tan estupenda catástrofe:

—Qué le sucedió en el brazo? misia Beatriz.

—Una *malora;* habiales contestado a todos uniformemente; anoche que se me olvidó echarme la bendicion despues de cenar; i al irme a acostar me enredé en la estera al entrar a la alcoba i me dì un fuerte porrazo, quedàndome la mano debajo de todo el cuerpo.

—Santo Dios! lo que es una *malora!* habian esclamado los mas interesados, cambiando luego de conversacion.

I ademas habia ocurrido, como era mui natural, una advertencia que Beatriz le hizo al señor don Ignacio, para que la esperara dentro de una hora en su casa, i el encuentro de la misma Beatriz con Jertrudis, que habia ocurrido àntes de que entraran al templo, i en el cual aquella habiale dado con mucho disimulo a esta, unas cartas diciéndole:

—Tome, mi negra, las cartas, que han quedado a pedír de boca.

—Bueno! misia Beatriz habiale opuesto Jertrudis con semblante risueño; apénas salgamos de aquì i vaya a almorzar a casa, me iré para la de doña Clara; pero encomiéndeme mucho a

Dios que me vaya bien, pues no dejo de estar con mi temorcito.

—Sin duda que lo haré; i U. tambien ruegue a *taita lindo* i ofrezca la comunion de hoi; pero si anda con miedos, estamos mal, porque se lo puede llevar todo *Mandingas;* por eso cuando vaya a entrar de la puerta de la calle para adentro, échese la bendicion, pues esos *miedos* son tentaciones del enemigo malo que en todas las cosas buenas se està metiendo, para estorvarlas.

—Así lo haré, misia Beatriz, porque tengo interes en que salgamos bien; habia añadido Jertrudis con ese aire de santa resignacion que tanto la distinguia.

Pasados estos incidentes i luego que se retiraron todos i que Beatriz se desocupó completamente de los quehaceres imprescindibles del dia, se fué para donde el señor don Ignacio, al que encontró en su cuarto de estudio, esperàndola como se lo habia ofrecido.

—I bien! misia Beatriz; díjole al entrar; ha ocurrido alguna novedad?

—Una i mui grande, señor don Ignacio; contestó Beatriz.

—I cuàl es? preguntó don Ignacio arrugando el seño.

—Pues que esa majadera de Jertrudis no ha querido convenir en lo del espósito, i dice que mas bien inventemos otra cosa en lugar de eso.

—Entónces si nos llevó *Cavicas;* porque qué

otra cosa se puede inventar? por lo menos a mí no me ocurre nada de pronto.

—A mí me parecia que........

—Papà, papà! Ya habia cojido a Federico, pero se me fué.... dígame dónde està, dónde està, dónde està; los interrumpió la loca que entró en ese instante gritando, con sendas carcajadas, i a la que por algun descuido habian dejado salir de su prision.

Don Ignacio en el primer momento de sorpresa, se quedó miràndola sin decir una palabra; pues él no la habia visto desde que la mandó al Hospital, ni aun en la vez que lo obligaron a sacarla de allí, porque de antemano habia hecho preparar en su casa, un cuarto bajo en lo mas interior de ella, a donde la trasladaron de noche dos sirvientes; así es que el aspecto, nuevo para él, i horroroso que ahora presentaba, debió naturalmente hacerlo enmudecer ántes de que pudiera reunir sus ideas, dispersas con semejante vision; pues ya puede figurarse el lector una mujer cuyo cuerpo enjuto i mal vestido con unos andrajos, formaba contraste con la cara amoratada, llena de cardenales e hinchada por consecuencia de los frecuentes golpes que se daba contra la reja de fierro de la ventana del cuarto que ocupaba; cuyos golpes eran mas frecuentes i violentos en la época de la luna, que es cabalmente en la que nos hallamos, i si a esto se agrega el pelo desgreñado i en desórden i los ojos casi

brotados, se hallará la razon que don Ignacio tenia para enmudecer en presencia de su hija. Pero al fin reuniendo todas sus ideas, despertaron en él, el sentimiento natural, que apénas estaba adormecido; no muerto.

—Hija mia! desgraciado padre! esclamó i tomándose la cabeza con ámbas manos, se mantuvo en ese estado durante algunos minutos.

Beatriz temblaba por ella, no por temor de la hija, sino del padre; pero esperaba en silencio el desenlace.

Dos sirvientes entraron afanados i sacaron a la loca por la fuerza, para llevarla de nuevo a su prision; pero al salir gritaba con mas fuerza, defendiéndose de los que la llevaban.

—Papá, papá!.... dónde está Federico?

—*Pobre hija mia! que no te escapaste!* se paró diciendo don Ignacio, despues que se llevaron a la loca, con un aire tan espantoso, como si tambien hubiera perdido el juicio; acaso yo he sido el que te he hecho desgraciada! Yo! tu mismo padre! I todo porqué? por no averiguar las cosas! por dejarme creer del primer demonio que se me presenta!.... O, por ventura, no será esto algun castigo por todo lo que he hecho?....... Oh!..... tal vez los manes de Rudecindo, muerto de hambre i de miseria con su mujer i sus hijos, me persiguen!.... Si! continuó con una mirada aterradora que llenó de espanto a Beatriz; sí!... don Márcos!..... su mujer!... sacrificados



a una ambicion que aun no he satisfecho todavía!......Esa infeliz de mi hermana a quien tanto he martirizado no dejándola casar, solo por manejarle la dote!........Mariano!......por fortuna todavía hai remedio para no causarte todo el mal que se te prepara!........Qué me importa a mí la muchacha que tal vez al fin ni la podré conseguir? I dicho esto, se quedó de nuevo sumerjido en una profunda meditacion sentado nuevamente en su poltrona.

Beatriz, a quien no habian sentado mui bien algunas espresiones que a don Ignacio se le habian escapado sin acordarse de que la tenia presente, i principalmente las últimas qué habia proferido, las cuales le dejaban conocer que don Ignacio habia cambiado repentinamente de ideas, i cuyo cambio tenia que serle funesto a ella para su proyecto, tomó el partido, viendo que por entónces nada mejor podia hacer, de salirse lo mas paso que pudiera e ir a adelantar ella sola con Jertrudis cuanto le fuese posible todas las cosas, ántes de que las nuevas ideas de don Ignacio, sobre la materia, pudiesen surtir sus efectos.

—Oh! si pudiera yo sola conseguirlo todo ántes de que este viejo maldito me vaya a jugar alguna! dijo para sí sola i salió sin que don Ignacio la sintiera i en dos brincos se puso en la casa de Alfonso.

Don Ignacio permaneció mucho tiempo despues como aletargado sobre su poltrona, hasta

que entró un sirviente a las tres de la tarde a avisarle que la comida estaba en la mesa.

—Mira! le dijo al sirviente como haciendo esfuerzos para recordar alguna cosa; no estaba aquí misia Beatriz?

—Si, *mi amo*, pero se fué desde las doce.

—Irás esta tarde a su casa a decirle que me haga el favor de esperarme esta noche, que necesito hablar con ella con mucha urjencia, i vete que ya voi para allá.

—Qué sé yo que mas diria; continuó despues de que el sirviente lo dejó solo; tal vez alguna espresion que la ofendiera, e interesa tenerla grata no sea que.....pero no; ella tambien se desacreditaria! No hai, pues, que temer que descubra......I sobre todo, a mí qué me importan esas cosas? Mi partido está hoi en el poder i no hai temor cercano! Consiga yo la Secretaría de Estado que pretendo, i lo demas nada me importa; pues para eso hice remover a ese impío de don Márcos, que era el único que me podia impedir el disfrutarla como lo deseo! Lo demas son escrúpulos de monja que se borran con una confesion, si es que la confesion sirve de algo; disfrutemos, pues, de la vida!............Pero qué veo!!!.....Rudecindo!.........Don Márcos!.......Mi hija!.......Mi hermana!.......I tú tambien, Manuela, despues que te saqué de la miseria en que te dejó tu marido! Gritó de repente con un espanto tan horrible, como si

estuviera viendo un ejército de fantasmas, o una danza de esqueletos, i quedó reclinado de medio lado en su poltrona, sin movimiento alguno.

Los de la casa que oyeron los gritos, corrieron a ver qué le habia sucedido, i viendo el estado en que habia quedado se pusieron a suministrarle ausilios, en cuya operacion los dejaremos, miéntras vamos a ver qué suerte ha corrido Beatriz.

Como se lo habia dicho el sirviente a don Ignacio, se habia ido desde las doce. Llegó, pues, a las doce i media a la casa de Alfonso, al que no encontrándolo, se propuso esperarlo hasta que viniera. A las dos de la tarde se presentó.

—Qué milagro es este? tia; díjole al entrar.

—Pues por venirte a ver ya que vos no vas a casa.

—Vive U. tan léjos i tanto que hai que hacer! Pero sinembargo yo he ido dos veces, miéntras que U. no habia venido ninguna.

—Pero ya estoi aquí a verte.

—Gracias, tia; U. no habrá comido, de modo que hoi me acompañará.

I dicho esto, Alfonso hizo servir la comida de la que en breve quedaron desocupados. Pero durante ella notó Alfonso el brazo colgado al pescuezo de su tia, por lo cual le preguntó:

—Qué le sucedió en ese brazo? tia.

Ella le dió la consabida respuesta, despues de lo cual se puso a pensar cómo se introduciria con su sobrino de manera que no errara el golpe, sin

que se le ocurriera el mejor medio; pero al fin, despues de haber esperado largo rato, en que rodó la conversacion sobre cosas insignificantes, dijo:

—Yo sé que tú amas a Carmelita, la hija de misia Clara, i como presumo que te querrias casar con ella, cosa que me gustaria mucho, porque conozco lo honradita que es la muchacha; quiero que me digas con confianza lo que haya en el particular, porque yo te podria ayudar a facilitarte todo.

—Mil gracias, tia; le contestó Alfonso con asombro; pero permítame que le diga ántes que se me hace estraño ese interes que ahora toma en eso, cuando............

—Por qué se te ha de hacer estraño? le interrumpió Beatriz con cariño; acaso no me he interesado siempre por tu suerte, como por la de todos los parientes?

—Bueno! pero en todo caso yo no podria aceptar el interes que ahora me ofrece tomar, porque yo no pienso casarme.

—I por qué?

—Porque estoi pobre, i asi no me casaré jamás.

—Pero no ves que Carmelita tiene con qué?

—Peor por ahí; porque ningun hombre pobre debe casarse con la mujer que tenga mas que él.

—I eso por qué? Acaso lo que es de la mujer, no es tambien del marido? Nada; esas son escusas que no valen nada.

—Cómo no han de valer algo? tia; no ve U. que son razones de peso? a lo que se agrega que yo tengo una razon mas para........

—I cuál es esa razon? preguntó Beatriz con desden.

—Pues que esa muchacha es la prometida de mi mejor amigo, i yo no podria meterme sin cometer una felonía.

—Felonía? i quién te ha dicho eso? i acaso qué te da tu amigo cuando te ve así pobre, para que tengas tantas consideraciones con él? interrogó Beatriz ya con algun desagrado al ver que la resistencia de su sobrino se prolongaba mas de lo que ella habia pensado.

—A mí nada me da Mariano; contestó Alfonso con calma; pero no es el interes el que debe guiarme en eso, sino los sentimientos de honradez en que he sido educado.

—Nada! esas son *jaranas*; repuso Beatriz con creciente desagrado; lo que hai es que desde que te has dado en juntar con esos impíos i masones, te has vuelto otro;

—Impíos i masones? replicó Alfonso riendo; i cuáles son esos?

—Pues todos esos bribones con quienes te juntas; yo lo que siento es la desgraciada alma; si no fuera porque eres mi sobrino, a mí nada se me daria; pero solo de eso sirven estos parientes ingratos, de darle a una que sentir; espuso i soltó el llanto derramando lágrimas de cocodrilo.

—I para qué se afana por mí? yo no debo interesarle tanto, cuando no le merecí una visita en mi enfermedad; le dijo Alfonso disgustado ya del jiro que iba tomando el diálogo.

—Si no te vine a ver; repuso Beatriz con viveza; fué porque como vives tan léjos, yo no lo pude saber a tiempo; pero Dios sabe lo que yo padezco i sufro por mis ingratos parientes, i sobre todo, por *vos,* que ya veo que esos impíos con que andas te tienen perdido.

—Nada! déjese de eso, tia, que ya pasa de raya; a mí ningunos impíos me tienen perdido: soi el mismo hoi que ahora diez años.

—Qué! si ya no se te conoce! i yo lo que siento es que con la vida que vas llevando, puede cojerte el mal de la muerte en desgracia, i pobre del alma!

—Segun parece, tia; observó Alfonso sonriendo; esta tarde ha venido U. con ínfulas de misionera.

—Misionera? Qué! eso no es ser misionera; sino que yo lo hago por el bien de tu alma, para que no te lleve el diablo.

—El diablo no tiene para qué llevarme, porque soi uno de los hombres mas inútiles para servirle a él, i U. sabe que él no lleva cosa que no le sirva.

—Eh? no lo digo? i de ahí decis que no te han pervertido! Cómo es posible que te burles así de esas cosas? esclamó Beatriz con ademan de escandalizada.



—Pero de qué me burlo? tia; decir la verdad no es burlarse de nada ni de nadie.

—Cómo no! si ya estás hecho un mason; i por fin siento que te lleve el diablo por todas esas herejías.

—Lo mejor será que U. se deje de eso; porque si le he de decir la verdad, ya raya en injurias, i los dos debemos guardar buena armonía; díjole Alfonso con dulzura.

—Si siquiera te confesaras! pero ya ves, cómo no te han de advertir en bien de tu alma, sino fuera porque quiero tanto a mis ingratos parientes; pero para qué? una se interesa por ellos solo para que le den que sentir, porque no sirven de otra cosa.

—Para eso lo mejor es que sienta por U. sola i deje a los demas como Dios les ayude; opúsole Alfonso con marcado disgusto.

—Eso fuera si una pudiera ser indiferente a la suerte de sus parientes, si no temiera que el diablo se los pueda llevar.

—Déjese ya de diablos i hablemos de otra cosa; replicó Alfonso resueltamente i perdiendo ya la paciencia con la terquedad de su tia.

—Pero yo no quiero que el diablo venga i te lleve; espuso Beatriz con finjido pesar.

—Hàgame el favor, tia, de dejar ya esa conversacion, si no quiere que rompamos los dos. Siento tener que decirle la verdad, porque tal vez le puede disgustar, pero si yo hubiera de juzgar de

la Relijion Católica por la conducta que U. observa conmigo, tendria que creerla un tejido de necedades; pero yo bien sé que una cosa es la Relijion, i otra mui distinta el abuso que se hace de ella; dijo Alfonso con dignidad.

—Sabes porque es eso? alegò estúpidamente Beatriz sin comprender la fuerza de las espresiones de Alfonso; porque ya ni te encomiendas a Dios, ni siquiera rezas el santìsimo rosario por las noches, i por eso es......

—I cómo sabe si rezo o no, cuando por rareza es que U. viene aquì? pero sobre todo, lo mejor será que U. me deje que yo sabré lo que me hago i cuide por U. tornò a decir Alfonso con enerjia.

—Porqué te he de dejar? yo no puedo ser indiferente a la suerte de mis parientes, i si el diablo........

—Me hace U. el favor de dejar esa conversacion? o no; porque ya no es posible aguantar mas; gritò Alfonso, perdida ya la paciencia.

—Ya lo ves? muchacho del *Uñas;* te tiene cojido el diablo, cuando ya no quieres que te hablen de las cosas buenas! i yo lo que siento es que por fin viene i te lleva! repuso Beatriz poniéndose a llorar de nuevo.

—Sabe lo que hai? señora: que **VIENE POR MI I CARGA CON USTED.** Esclamò Alfonso con vehemencia i sin fijarse en el llanto de Beatriz, llevado ya de una còlera estraña en él, por su caràcter pacìfico.

—Còmo decis? demonio! Bramò Beatriz fuera de sì de rabia, i poniéndose de pié, como para ir a prender a Alfonso; *que me lleve el diablo?* A mi?........ A mi?......... yo que me confieso i comulgo todos los dias?....... A mi?........ yo que vivo rezando todo el dia sin cesar?...... A mi?.......yo que........

I la creciente rabia no la dejò decir una palabra mas; la habia ahogado en tales términos, que sin duda le produjo un derrame furioso de bilis, que no dilató muchos minutos en producir sus efectos: Beatriz cayó al suelo exánime i sin aliento; Alfonso corrió a ausiliarla pero tarde, porque ya no daba señales de vida. Pocos momentos despues dió, sin embargo, un fuerte estremeson de cuerpo, i una horrible serpiente saliò de su boca ennegrecida; las facciones se le contrajeron, i variando rápidamente de colores durante el ataque, se le pusieron hinchadas i de un color cárdeno negruzco, que le daba un aspecto horroroso: la mano sacrílega con que habia hurtado unas cartas ajenas, para emplearlas como base de un crímen, se deshizo completamente. En suma, ya no existia sino una mole inanimada que se iba corrompiendo por grados, i bien pronto un olor repugnante a piedra-azufre, se estendió por toda la sala......................................

Alfonso en medio de tales agonías, se habia quedado inmóvil i mudo, sin poder dar un paso, ni hablar una sola palabra. Hubiérase creido al

verlo en ese estado, que era la imájen del Asombro dibujada por el divino Vásquez, en un rapto de sublime inspiracion.

Los chiquitos de Alfonso lloraban asustados, diciéndole el mas grandesito, que era el único que ya hablaba:

—Papá! mire qué animal tan feo, el que pasó por encima de mi tia!

CAPITULO XIV.

Muchos son los contrastes que presenta este miserable cuadro que llamamos vida humana; pero todos ellos se pueden resumir, en nuestro entender, a estas cuatro palabras: LUTO, LLANTO; ALEGRIA, RISA. En efecto, hasta aquí hemos tenido mucho que lamentar, algunas lágrimas que verter por las víctimas de la maldad que mas hayan despertado nuestras simpatías; justo es, pues, que enjuguemos por unos momentos esas lágrimas, para alegrarnos del bien del prójimo, como verdaderos católicos, si es que lo queremos ser sinceramente; porque en realidad, donde no hai esa caridad que se entristece del mal que sucede al prójimo, i se alegra de su bien, no hai verdadero catolicismo, por mas que se quisiera sostener otra cosa.

Dos dias despues de los acontecimientos que quedan referidos en el capítulo anterior, todo era gala i alegria, todo respiraba placer i contento en

la casa de la señora Clara S...... Todos los que la habitaban, hasta el último sirviente, habian preparado para ese dia sus mejores vestidos, i no habia uno solo que no estuviera con el mayor aséo, ni menos uno que no demostrara de cualquier modo el placer que lo dominaba; esmerándose a porfía, tanto los de la casa, como los convidados, entre los cuales figuraba Pedro María que quince dias ántes habia sido presentado por Mariano a la señora i señoritas como uno de sus mejores amigos, en darle a la fiesta que se celebraba, todo ese aire jovial que tanto contribuye a embellecer una funcion de estas. Era que habia llegado el domingo i el doctor Sinforoso acababa de bendecir la union de Mariano i Carmelita, por medio del vínculo matrimonial.

Pero entre los convidados habia un personaje que estaba triste i meditabundo i se hallaba allí como si hubiese tenido que ceder a la fuerza. Este era Alfonso, que ya habia comenzado a cargar el luto por su tia, i cuyo fin desastroso, acaecido en su casa, lo hacia sufrir mas de lo ordinario.

—Perdona! amigo mio; le decia Mariano; que te haya obligado a quebrantar tan pronto el luto de tu tia; pero estando todo prevenido del modo que tú sabes, no era posible desistir de la dulce satisfaccion de que fueras mi padrino, ni ménos de que dejaras de ser testigo de mi felicidad.

—Absolutamente nada tengo que perdonarte, amigo mio; contestó Alfonso con la tristeza que

lo agoviaba; he venido con sumo placer a servirte en lo que puedo i me has exijido; pero como ya se concluyó todo, creo que me permitirás retirarme a mi casa.

—Imposible! Si es preciso que nos acompañes todo el dia; pues ya ves que todos los que estamos reunidos aquí, somos tus amigos de confianza, que ántes te acompañamos en tu justo dolor: si hubiera personas que no fueran de confianza, se te podria conceder que te retiraras por lo que pudieran decir; pero ya tú sabes que ni baile haremos.

—Pues bien! amigo mio; repuso Alfonso; partiremos la diferencia i en todo caso me retiraré a medio dia; creo que ahora no andarás tan severo i cederás algo por tu parte.

—Eso lo veremos luego; por ahora vamos para la sala, en donde están los demas.

Fuéronse, pues, para la sala en donde estaban todos reunidos, pero dividida la conversacion en varios círculos. Mariano se sentó junto a su novia, que sobresalia en hermosura i en la elegancia de su traje a todas las demas señoras que estaban presentes, i Alfonso fué a sentarse junto a Pedro María que conversaba con el doctor Sinforoso, contándole una escena que habia presenciado dos dias ántes.

—Quiere creer, doctor; le decia; que el viérnes a las doce estando yo aquí, se presentó una *guarícha* sin vergüenza, a decirle a misia Clara

que venia a impedir el casamiento de Mariano con Carmelita, porque aquel le habia dado palabra de casamiento a ella? Pero lo que hai que admirar no es tanto el hecho en sí, como las credenciales que traia.

—De veras? don Pedro; opuso el doctor; i qué especie de credenciales traía?

—Pues unas cartas falsas que decia que Mariano le habia escrito a ella.

—I tan falta de pudor así, que en presencia de U., i tal vez sin conocerlo, hiciera semejante reclamo?

—No; yo estaba en la pieza inmediata cuando ella entró i habló con misia Clara; pero como misia Clara me llamó para que yo reconociera si efectivamente las cartas estaban de letra de Mariano, al fin vine a presenciarlo todo.

—I qué resultó del reconocimiento de U.? preguntó el doctor con interes.

—Comparamos la letra con la de otras cartas autógrafas de Mariano, i hallamos que, apesar del esmero que habrian puesto para imitarle su letra, habia diferencias notabilísimas; pero no habriamos necesitado de eso para conocer la falsedad, porque cuando misia Clara le dijo que iba a mandar llamar a Mariano, para en su presencia averiguar cómo era eso, se alarmó en tales términos que dejó conocer mui a las claras, la intencion dañada con que vendria.

—Pues vea U., don Pedro, como nadie está li-

‹bre de enredos; espuso el doctor con asombro; se ha escapado de armar una candelada en la casa; i qué clase de mujer seria?

—Una tal Jertrudis, segun habia dicho que se llamaba, i segun las cartas.

—Jertrudis? replicó el doctor; yo conozco una beata de no mucha edad, con ese nombre.

—No es dudoso que pueda ser la misma; dijo Pedro María con deseo de descubrir si era esa; esta de que le hablo, será como de unos treinta años, mas o ménos, colorada, medio pecoza, con un lunar en el carrillo derecho.

—Entónces es la misma que yo conozco; volvió a decir el doctor redoblando su asombro; que mala mujer! i qué resultado tuvo semejante enredo?

—Que no se aguardó a ninguno; porque al fin cuando la apuramos con preguntas i repreguntas, salió i se fué convicta i confesa de su crimen, i altamente avergonzada, en términos que ni se acordó de reclamar sus cartas, que quedaron en poder de misia Clara.

—I Mariano la conocerá?

—Él dice que no.

—Un señor que está a caballo en el zaguan, suplica al señor Alfonso que le haga el favor de bajar, que lo necesita con urjencia; entró diciendo un sirviente.

—I por qué no lo haces entrar? le preguntó Mariano.

—Ya se lo he dicho i no quiere entrar; repuso el sirviente.

—Me permiten voi a ver qué es; dijo Alfonso poniéndose de pié.

Alfonso salió cavilando sobre la conversacion que acababa de oir, pues un velo se habia rasgado en su presencia; porque la singular coincidencia de la visita de su tia, casi a la misma hora i en el mismo dia que Jertrudis se presentaba ante la señora a reclamar a Mariano como suyo, le habia dado harto en qué pensar.

Los demas quedaron conversando como ántes, sin que por entónces ocurriera entre ellos, nada de singular que merezca mencionarse.

Algo mas de media hora se habia pasado ya, desde que Alfonso se ausentó, cuando se volvió a presentar en la sala gritando como un loco, con empeño de abrazar a la señora i señoritas, sin reparar en los que habia presentes:

—Madre mia! decia; mamita Clara de mi corazon! Hermanitas queridas! Oh! dia feliz i dichoso para mi, en el que acabo de hacer un descubrimiento tan grato, que me inunda, me ahoga de placer.

—Alfonso! Qué es esto? dijole Mariano al ver el delirio en que se hallaba; te has vuelto loco? Has perdido el juicio, amigo mio?

Al oir la voz penetrante de Mariano, retrocedió como espantado, se moderó un poco i en ademan pensativo esclamó:

—Tienes razon, amigo mio; todo lo ignoran todavía; hazme el favor de leer en alta voz esta carta, pues la emocion no me permite hacerlo yo mismo.

Mariano tomó el papel de las manos de su amigo i comenzó a leer con voz clara:

Santa Rosa de V. 20 de........de 1858.

Alfonso mio: hijo de mi corazon! permíteme que por última vez te dé este título que tanto me ha endulzado la vida, apesar de las amarguras que inocentemente me has ocasionado, i por lo demas, perdona a la infeliz que tú has llamado madre.

Hoi que se me proporciona que se vaya para esa, mi hermano, persona de confianza, te escribo con el objeto de revelarte un secreto que toda mi vida me ha atormentado; pero que hoi, que me hallo próxima al sepulcro, no puedo ya, sin hacerme criminal a los ojos de Díos, ocultártelo por mas tiempo; pues me hallo en un estado tal, que es mui probable que cuando recibas está, ya yo esté debajo de la tierra. Pero te repito, perdona a la infeliz que te ha llamado hijo! i oye el secreto para que juzgues si merezco el perdon que imploro de ti. Mas para poderte informar mejor, tengo que hacerte una relacion desde mui atras.

Yo me casé el año de 1820, cuando apénas tenia diez i seis de edad; i el año de 1830, se habian pasado ya diez de mi matrimonio, sin haber tenido hijos i sin esperanza de tenerlos; por cuya razon nos hallábamos en un continuo tormento mi marido i yo, pues na-

da deseábamos tanto como tener a quien prodigarle el dulce título de hijo. Sucedió, pues, que a fines de ese mismo año de 30, estuvimos en Bogotá con mi marido, en cuya época le manifesté mi ardiente deseo a mi hermana Beatriz, en casa de la cual habiamos posado, pues ya hacia algunos años que ella se habia radicado allí; contestóme aconsejándome que podiamos sacar uno del Hospicio, cosa que repugné por muchos dias, hasta que mi misma hermana me dijo que supuesto que no queria sacar ninguno del Hospicio, lo mas fácil seria robar uno de alguna casa. Esta idea me halagó, te confieso humildemente mi delito, porque te habia visto tres veces ya, en brazos de una criada, aunque sin saber cuyo hijo eras.

Manifestele entónces a mi hermana, que yo sí me robaria con gusto uno que ya habia visto como tres veces por la calle, en brazos de una criada, pero sin saber de qué casa seria; exijiome que le diera las señas de cómo eras, o que te mostrara a ella, cuando te volviera a ver; así lo hice porque la ocasion no dilató en presentarse, por razon a que, segun me lo dijo despues Beatriz, la casa de tus lejítimos padres no distaba mucho de la de ella, en aquella época: apénas te vió Beatriz me dijo que cabalmente le habia indicado uno de los mas fáciles de ser robados, sin riesgo de que te encontraran, que sabia que te llamabas Alfonso, que no tenias todavía un año completo, i aun agregó que tus padres se llamaban Rafael B.... i Clara S...., cosa en que por entónces no me fijé, porque no pensaba sino en conseguirte a todo trance, pues tal era la pasion que

se habia desarrollado en mi, por ti; se ofreció, pues, Beatriz a facilitarme todo, i a los tres dias, ignorando yo el cómo, ya tú estabas en mi poder, i yo venia ya caminando para esta con mi marido, que aunque al principio repugnó algo la medida, ahora venia ya mui contento.

En los primeros dias, nada hubo de particular, por que la alegria de tener ya un hijo, aunque adoptivo, no me dejaba pensar en otra cosa; todo el anhelo lo pusimos con mi marido en criarte lo mejor que nos fuera posible, para lo cual te pusimos de ama a mama Josefa, esa abuelita tan buena que despues no quiso abandonarte, con el único destino de que cuidara de ti; i en efecto te criaste tan robusto i tan hermoso que cada dia estaba yo mas satisfecha de mi misma, i no cesaba un instante solo de contemplarte como el objeto mas digno de mi amor maternal. Pero ai! estaba yo mui léjos de sospechar que pronto no serias para mi, sino un eterno torcedor que amargaria todos los momentos de mi vida, aunque inocentemente de parte tuya! He aquí cómo.

Un dia de esos en que mas me estaciaba contemplándote dormido en mi regazo, me ocurrió la idea de que pudieran robarte, i dejarme sumida en la mas amarga desesperacion; ya me figuraba yo loca corriendo por todas partes en busca tuya, hasta que al fin rendida por la fatiga i el cansancio, sucumbia al dolor que me causaria tu perdida; i esa idea aterradora, me tuvo por mucho rato como hebetada, sin que se me ocurrieran los mejores medios para evitar semejante desgracia;

hasta que de repente, yo no sé porqué, me acordé de tu lejltima madre, aun cuando entónces no la conocia sino de nombre únicamente, i ese recuerdo me arrancó al instante un grito doloroso: ¡infeliz madre! esclamé; ¿cómo es posible que sienta para mí, un peligro imajinario, i no me confunda de dolor por el crímen que he cometido, privando a una madre de su hijo? I tal vez de su hijo único!...... Infeliz madre! Volví a esclamar; ¡cuánto habrás andado, cuánto habrás corrido por todas partes, preguntando, en medio de torrentes de lágrimas, a cuantos encuentras, por tu hijo, hasta que al fin desfalleciente de cansancio i de dolor, habrás sucumbido anegada en tus mismas lágrimas! Desventurada madre! I miéntras tanto yo gozo tranquila del fruto de mi crímen!

Te aseguro que esto me atrajo un remordimiento de conciencia tan grande, que al fin me resolví sériamente a restituirte a tus lejítimos padres, i ya no pensaba sino en hacer un viaje a Bogotá con ese objeto, aunque todavia no le habia comunicado este pensamiento a mi marido, quien, segun me lo dijo al tiempo de morir, se hallaba con los mismos remordimientos, sin que jamás se hubiera atrevido a comunicármelo, como yo tampoco me atreví a hacerlo con él; por eso ahora que nos habiamos abierto nuestras almas recíprocamente, no cesó de recomendarme que de cualquier modo te hiciese entender ántes de mi muerte, quiénes eran tus lejítimos padres. Mas en la ocasion en que me habia resuelto ya, a devolverte a tus padres, diò la cásualidad que me hubiesen echado un ánjel para una octava

de Córpus en este pueblo: te vestí de San Miguel, pues como no tenias mas de seis años, estabas aparente, i en ese estado me pareciste tan hermoso, que desde ese dia ahogué todos los buenos sentimientos que me habian animado a favor de tu lejítima madre, i me resolví a arrostrar todas las consecuencias de mi crímen.

Posteriormente vino tu lejítimo padre a servir un destino aquí, trayendo toda su familia, por cuya razon nos retiramos contigo a vivir en la casa de la hacienda que entónces tenia mi marido a algunas leguas del pueblo, i los domingos íbamos a oir misa a otra parte, por temor de que tus padres te conocieran i reclamaran; durando con esta vida llena de azahares un año que estuvo aquí tu padre con su familia; pero en ese espacio de tiempo supe que habian tenido aquí un hijo o hija, lo que me consoló i desidió del todo a no pensar mas en devolverte a ellos; "porque ya, decia yo, la Providencia ha querido darles un hijo para exhimirme a mí del deber de devolverles el que les quité."

Así se pasaron algunos años despues de que tu padre se fué nuevamente para Bogotá con su familia, i ya tenias doce, cuando resolvimos mandarte a un colejio; al principio vacilamos entre Tunja i Bogotá, pero al fin la fama de los colejios de esta última ciudad, nos obligó a decidirnos por ellos, porque deseábamos que tu educacion fuese esmerada. En ellos concluiste tu carrera con lucimiento, i nosotros quedamos mui satisfechos con que hubieras sabido aprovechar el tiempo, de modo que nuestros desvelos no fueron infructuosos.

Pero ai! se nos preparaban dias mas amargos, que

habian de llevarnos al fin al sepulcro! Habia de llegar un tiempo, en que jamas soñamos, i en el cual habiamos de verte pobre i sin poderte ausiliar, nuestra fortuna evaporarse, i, despues de haberte arrancado de los brazos de una madre cariñosa, no tener qué dejarte al tiempo de morir! pues tú sabes que una gruesa fianza de diezmos de mi marido, unida a otras causas imprevistas, nos privaron de casi todo lo que teniamos; sin que nos quedase mas esperanza para reparar algo de lo perdido, que cinco mil pesos que mi marido habia prestado, cuando estuvimos en Bogotá el año de 30, a mi hermana Beatriz, con el objeto de que estableciera una tienda de comercio, pues unida esta suma a lo que ella tenia propio, era lo bastante para la empresa que proyectaba; i para cuyo empréstito me empeñé yo misma, pues creí, i mi marido tambien lo creyó, que con ese capital invertido en tal empresa en aquel tiempo, ella podria hacer rápidos progresos; por eso nó quisimos cobrarle miéntras no necesitamos. Pero ahora que nos hallábamos en mui diversas circunstancias, hizo viaje mi marido a Bogotá, i cuando creimos que encontraria a Beatriz con uno de los mejores almacenes de esa ciudad, resultamos con que todo lo habia malvaratado, hasta lo de ella, i que se hallaba poco ménos que hecha una miseria, viviendo con esa loca de Antonia que, despues que nos causó aqui cuantos males pudo, se fué tambien para allá. El golpe fué terrible; pero aun fué mayor al saber, como lo supo allá, que por consecuencia de la última revolucion, tú habias quedado en angustiosas circunstancias, i sin poderte ausiliar!

Todo esto no hizo mas que abreviar nuestra amarga esistencia, pues mi marido sucumbió poco despues, i yo me hallo hoi próxima a seguirlo. Muero con el dolor de que, despues de haberte sustraido del lado de tus lejitimos padres, no tenga otros bienes de fortuna que legarte, sino es la casa que hemos tenido en este pueblo, pues lo demas, que es bien poco, he tenido que destinarlo para pagar algunas deudas, i para un humilde entierro que me harán; te ruego aceptes esta casa que es lo único que mi amor maternal puede dejarte, i nuevamente te encarezco el perdon que te pido al morir. Perdon! hijo mio! No recuerdes con desagrado el nombre de la que siempre te ha llamado hijo, i ha consagrado todo su amor maternal a ti solo! Adios, hijo mio! Hasta la eternidad!

TEÓFILA.

Mil torrentes de lágrimas se derramaron durante la lectura de esta carta, pero ninguno osó interrumpirla; todo el mundo hacia esfuerzos por contener las diversas emociones que despertaba en cada uno, por no perder una coma, pues a todos habia interesado su contenido; pero luego que Mariano concluyó conmovido tambien, todos dieron rienda suelta a los diversos sentimientos que los dominaban.

—Hijo de mi corazon! Al fin te recobro! Eres el mismo, porque todo lo que se refiere en esa carta coincide con mis recuerdos! Carmelita fué la que nació en Santa Rosa; esclamó la señora

en medio del transporte de alegria que casi la ahogaba, i se lanzó veloz como una flecha ácia Alfonso, i abrazándolo, lo bañó largo rato con las ardientes lágrimas del amor materno, tantos años acotado i comprimido.

—Hermanito adorado! Tan inmediato a nosotras i todo lo ignorábamos! Esclamaron las señoritas, locas de alegria por el descubrimiento que acababan de hacer.

I todos a porfía querian abrazar a Alfonso, quien hacia esfuerzos por corresponder como podia, pues la emocion lo habia hecho casi perder el juicio. El doctor Sinforoso presenciaba aquella escena tan tierna, en silencio, con un semblante de placer tan marcado, como si todos los actores fueran sus parientes: hasta una lágrima se le vió rodar por su mejilla, porque el hombre verdaderamente virtuoso, siente el mal del prójimo i se alegra de su bien, con tanta sinceridad e interes, como la persona mas querida del que sufre o del que goza.

Así duraron algun tiempo entregados a todos los transportes de la alegria, hasta que el mismo doctor Sinforoso, considerando que ya era lo bastante para que todos desahogasen su alma fatigada con tanto placer, i temiendo que la demasía pudiese ocasionar alguna novedad, intermedió con su palabra siempre insinuante i persuasiva, siempre dulce i apacible, i con esa bondad de corazon que tanto enaltece a los verdaderos minis-

tros de Jesucristo, logró, hablándole al uno i convenciendo al otro, ponerlos en calma a todos.

Hubo un momento de silencio, al cabo del cual, el doctor Sinforoso preguntó a Alfonso:

—I la señora a quien U. ha reputado hasta hoi por madre, vivirá aún?

—No, doctor; contestó Alfonso con voz débil; el portador de la carta, me dijo que habia muerto el dia anterior al de su salida de Santa Rosa; de modo que U. doctor, tendrá que hacérmele, de acuerdo con el cura, unas buenas honras.

CAPITULO XV.

Concluyamos, porque ya hemos hecho vivir demasiado a nuestros héroes, i es preciso que cedan el puesto a otros que vendrán detrás, pues este mundo es una larga cadena, en que es forzoso que los eslabones se sucedan unos a otros. Daremos, pues, en conclusion, una lijera noticia de los que hemos dejado distantes del término i de otras cosas que conviene que el lector no las ignore, para que sea completa nuestra relacion.

Al siguiente dia de los acontecimientos que acabamos de presenciar, se hacian arreglos importantes en la casa de la señora Clara S...... Mostrábale a Alfonso el testamento de su padre, en el cual dejaba todo lo que poseia a disposicion de la señora, para que ella arreglara como le pareciera conveniente; pero con la cláusula espe-

cial de que reservara la lejítima de su hijo perdido, para que, si alguna vez se encontraba, le fuera entregada inmediatamente; i además el testamento que ella habia hecho ya, en cumplimiento de la última voluntad de su marido, en el cual, pagadas las deudas, repartia los treintamil pesos sobrantes, entre sus tres hijos, disponiendo que de los diezmil de Alfonso, se llevara cada una de las dos hijas cincomil en calidad de apropiárselos, si jamas se tenia noticia de él, pero con la obligacion de entregárselos en el acto que pareciera. Al tiempo de recibir Alfonso lo suyo, decia:

—Ah! mamita de mi corazon! Todo esto lo daria con el mayor placer de mi alma, al que me hubiera dicho en 1851, que mi padre fué el que me cojió prisionero en Pajarito, cuando en esa vez me lancé a pelear por hombres tan ingratos, como son los del partido que he seguido.

—En cuanto a eso, hijo mio; le contestó la señora; no debes hacer cargo alguno a tu partido, porque el otro es lo mismo; sin querer hablar de los sacrificios que tu padre hizo en esa vez, i de quien nadie se acuerda hoi, te preguntaré simplemente: conociste a Miguel T.·.·.·.?

—Si, mamita, lo conocí; pues cabalmente era el zapatero que me calzaba.

—Pues ese murió en el mismo año en defensa del partido que entónces gobernaba, en la accion de Garrapata, i hoi su viuda se halla con cuatro hijas que le quedaron, hecha una miseria i sin

que nadie la vuelva a mirar. Verdad es tambien que en tu partido, se obra mas por venganza algunas veces, pues yo sé que a ti te trataron de anular por el pecado de haber sido *Mosquerista* en las elecciones de 1856, i no haber sido despues bastante abyecto, para haber lavado ese pecado sacrificando tu dignidad, como lo hicieron otros. Pero por fortuna, hijo mio, hoi nos queda lo suficiente para vivir sin tener que esperar nada de los partidos.

Arreglose tambien en la misma fecha un nuevo casamiento, que debia verificarse mui pronto: el de Pedro Maria i Leonor, la menor de los tres hermanos.

A tiempo que se hacian estos arreglos, Federico recibia en su casa una esquela concebida en estos términos:

Federico, amigo mio: Desde que U. Mariano i Alfonso, me hicieron presente que Pedro Maria se hallaba con los tres en el Teatro, en la noche en que un hado fatal me robó la dicha de que disfrutaba, quedé convencido de la inocencia de nuestro amigo Pedro; pero siempre me quedó la idea de que alguno habia sido, porque yo lo vi entrar con mis propios ojos; mas hoi que he sabido la seduccion últimamente ejecutada por don Ignacio con mi mujer, creo que este monstruo ha sido la causa de todo, por obtener el resultado que al fin ha conseguido. En parte disculpo a mi mujer, por que la miseria en que por último vino a quedar, sin

poderla yo ausiliar, como lo habria hecho con gusto, aunque infiel, si yo mismo no hubiera quedado en iguales circunstancias, pudo obrar en el ànimo de ella para dejarse creer de semejante hiena.

Necesito, pues, que U. si conserva aun algun aprecio por este su desgraciado amigo, me ayude a hacer las averiguaciones del caso, pues si tal resulta, no será bastante la sangre del monstruo, para saciar la sed de venganza que me devora.

Su amigo de corazon.

MARCOS R.....

—Pobre amigo mio! decia Federico poniendo el papel sobre la mesa; todavia delira! pero es preciso hacer algo por él, porque tal vez el servicio que quiso prestarme, ha sido parte de la causa de sus desgracias.

En cuanto a nuestros santos héroes, ya se ha visto la suerte de algunos, entre ellos la de Jertrudis, que despues que Mariano logrò encontrarla i averiguarle cuanto sabia, que no era poco, no se volvió a saber de ella. Unos creen que la vergüenza de lo que le habia acaecido, la obligó a ocultarse; otros se adelantan a sostener que el mal de San Lázaro, que se le habia declarado, la arrancó de los brazos de la sociedad.

Don Ignacio sigue en lucha abierta con sus remordimientos, sin que sepamos si al fin triunfará de ellos, o ellos de él.

El doctor Benito se ha quedado esperando la

mitra que don Ignacio le habia ofrecido por sus sermones, i hai quien asegure que hasta el vestido morado lo tenia ya pronto, i que a veces no deja de ponérselo en su casa.

Doña Magdalena, a consecuencia de un mal tabaco que se fumó, le ha salido una llaguita en la lengua, que cada dia toma proporciones alarmantes. Dícese que cuando supo la muerte de Beatriz, apesar del estorvo que le hacia la llaguita, esclamó como pudo:—"Dichosa de ella! era una santa!"

Antonia quedó de heredera de todos los bienes de Beatriz, incluso el calungo.

Mariquita sigue de *aspiranta*, o como decia Lope:

"Solo la pereza
No levantó del suelo la cabeza."

Los Reverendos siguen en sus conventos, como siempre, sin dàrseles un àrdite de que en el mundo mueran unos i queden vivos otros.

El éxito del pleito de Rudecindo con don Ignacio i el del que, en el capítulo quinto, hizo mencion Mariano, se sabrà en una novela judicial que se publicarà mas tarde.

Posteriormente, cuando ya Alfonso se habia quitado el luto por su *ex-tia*, le preguntó Mariano con interes:

—Dime, Alfonso, ahora sí la verdad: te acuerdas de aquella vez que me dijiste que no faltaban personas que hablaran mal de mi mamita Clara



i su familia, i que no quisiste decirme qué personas eran esas; no es verdad que una de ellas fué esa mujer que, sin merecerlo ella, has llamado tia? Hoi no tienes consideraciones que guardar, ni por su memoria, pues todo lo sé: mucho te hizo sufrir.

—La misma fué; contestó Alfonso con disgusto; i tan no tengo consideraciones que guardar por ella, que no puedo menos que recordar con horror el empeño que tomó en obligarme a cometer un incesto, a sabiendas de lo que hacia, puesto que era la única que en esta ciudad poseía el secreto de mi nacimiento, i sin que yo sepa qué interes la movia a semejante crímen.

—Pues yo sì lo sé; repuso Mariano; porque, como te he contado, hice cuanto pude hasta que conseguí dar con mi pretendida novia, i aunque costándome algo de plata, yo le saqué cuanto sabia, que no era poco; i el interes de veinte mil pesos con que se suponia dotada a Carmelita, era el que la movia. Lo demas, tú lo sabes ya.

—De modo que la circunspeccion i la prudencia de mi mamita Clara, nos ha salvado a todos!

—I mas que todo, tu virtud, Alfonso; porque si tú te prestas a las exijencias de tu *ex-tia*, todo habria salido como ella lo deseaba, por cuanto a que tú habrias sido un ausiliar cuasi omnipotente para sus proyectos, por la posicion que ocupabas.

—Pues bien! repuso Alfonso con gravedad; de

cualquier modo que sea, yo he deducido de todos los enredos que en estos dias hemos descubierto, i de todo lo que nos ha sucedido, una série de reflexiones que nos pueden ser mui útiles para manejarnos en la vida, i que las creo mui conformes con el espíritu de la Relijion Católica, que felizmente profesamos.

NO CREER NADA DE LO QUE SE NOS CUENTE DE OTRAS PERSONAS, SINO DESPUES DE PRUDENTES I ESCRUPULOSAS AVERIGUACIONES; PORQUE, POR REGLA JENERAL, LAS APARIENCIAS ENGAÑAN, I PORQUE LA PERSONA MAS VERIDICA, PUEDE SER UNA SOLEMNE EMBUSTERA, CON MALICIA O SIN ELLA.

EN LA ADVERSIDAD, PACIENCIA, RESIGNACION I FE: EN LA PROSPERIDAD, BONDAD I DULZURA HASTA CON EL MAS INFELIZ; PORQUE DEBEMOS IMITAR AL DIVINO MAESTRO, QUE SUFRIÓ POR LOS HOMBRES INFINITAMENTE MAS DE LO QUE TODOS ELLOS JUNTOS PUDIERAN SUFRIR; LO CUAL LE DA DERECHO PARA TRATAR CON LA MAS GRANDE DUREZA AL QUE LE HA OFENDIDO, PERO EN VEZ DE HACER USO DE ESE DERECHO, HA QUERIDO LLAMARLO CON EL DULCE TÍTULO DE HERMANO, DANDOLE POR MADRE A LA QUE LO FUÉ DE ÉL.

EN TODAS LAS SITUACIONES DE LA VIDA, CARIDAD CON TODOS, SIN ESCEPCION DE CLASES, NI DE CREENCIAS RELIJIOSAS O POLÍTICAS; PORQUE NO DEBEMOS SER MAS EXIJENTES QUE DIOS, QUE REPARTE SU LUZ CON IGUALDAD A TODOS LOS HOMBRES I HACE LLOVER SOBRE JUSTOS I PECADORES.

***

Hemos concluido una de las secciones mas importantes de la historia bogotana; historia que, variándole los nombres de los personajes i las fechas, puede ser por mucho tiempo la historia de todos los años; si, como lo creemos, nuestra tarea no ha sido bien desempeñada, pedimos induljencia al lector, que no dudamos nos la otorgue, en atencion a que hemos sido los primeros en acometer una empresa semejante.

Mas tarde publicaremos otra en el mismo estilo, cuyo tema principal será la célebre Constituyente de Cundinamarca i que por falta de tiempo no hemos podido concluir, aunque la empezamos ántes que esta; para seguir mas luego con el no ménos célebre Tribunal de la antigua provincia de Bogotá, i hoi de Cundinamarca, i completar de este modo el terno en que los personajes son los mas dignos unos de otros, que se conozcan. Pero ántes de cumplir esta promesa, daremos publicidad a un episodio de la historia bogotana, que por ser de circunstancias, no se podrá diferir para mas tarde su publicacion.

ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS.

ERRATAS SUSTANCIALES.

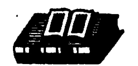
DICE	DEBE DECIR	PAJ. LIN.
trasportan	transportan	27 — 16.
intesarme	interesarme	37 — 3.
frecuentaba	frecuenta	37 — 24.
juszgados	juzgados	42 — 1.
disposici-	disposi-	55 — 11.
manos¿	no mas?	57 — 30.
dsimulo	disimulo	64 — 21.
El doctor	—El doctor	65 — 20.
fiijaba	fijaba	77 — 7.
a a llamarme . . .	a llamarme	78 — 5.
últimns	últímas	79 — 25.
exaló	exhaló	82 — 8.
conduta	conducta	121 — 20.
relijosa	relijiosa	123 — 21.
lo oido	lo he oido	136 — 29.
En en	En el	152 — 11.
colocarse	poncrse	159 — 29.

2.

UNA
HISTORIA DOLOROSA
CONTADA CON ALEGRIA.

PUBLICADA EN LOS NUMEROS 6.° I 7.° DEL SEGUNDO AÑO DE "EL MOSAICO."

A mi apreciado amigo Antonio B. Pineda.



BOGOTA—1860.

IMPRENTA DE "EL MOSAICO."

UNA HISTORIA DOLOROSA

CONTADA CON ALEGRIA.

I

No mui léjos de esta ciudad de Santafé de Bogotá, existe un pequeño pueblo, al que todo el mundo se ha empeñado en llamar *Fontibon*, sin mas motivo para ello que el habérsele antojado al que lo fundó darle ese nombre, reconociendo así de comun acuerdo todos los partidos políticos, relijiosos, filosóficos i literarios, que "autoridad es razon." Pero, dejando esto a un lado como inconducente a nuestro objeto i puesto solamente para aumentar el relato, nos contentaremos con recordar a los lectores que Fontibon es uno de esos pueblos de la rica sabana de Bogotá, que si no dan a sus moradores riquezas fabulosas, es porque el hermético encierro en que se hallan no los deja producir mas de lo que pueden consumir; pero, aunque en lo jeneral ninguno de los habitantes de esos pueblos llega a poseer lo que debe llamarse cuantiosas riquezas, todos, hasta los mas pobres, se proporcionan con su trabajo lo necesario para vivir cómodamente, conforme a sus respectivas necesidades.

Pues bien! allá íbamos, como quien dice – a Fontibon! Pero a qué? Nada ménos que a averiguarles la vida a dos hermanos, pues justo es que no nos cebemos solo en las vidas bogotanas i salgamos a manosear las vidas campesinas, que no dejan de tener tambien su poesía, acaso mas tierna i sentimental que la de aquellas, aunque no mas romántica; porque si bien es cierto que la poesía campestre no cuenta con ricas cortinas de seda de la India, ni finas esmeraldas de Muzo, la constituye todo lo que puede servir de base i sosten a la vida, con sus verdes praderas, sus cristalinos arroyos que, serpenteando ya precipitada, ya perezosamente, riegan i fecundan los campos, haciéndolos

producir abundantes cosechas, con que ayuda á la poesía cortesana a no desmayar; de modo que aquella le sirve a esta de zócalo, de base o de pedestal, viniendo por consiguiente a ser mas útil i necesaria, i si se quiere, mas agradable.

Pero nos saliamos de la cuestion; perdone el señor lector. La manía de querer parecer poetas, sin serlo, a costa de escribir mil desatinos, es la que nos ha obligado a entrar en la anterior digresion; i aunque no somos los únicos maniáticos, procuraremos ser los primeros en curarnos, si es que esta clase de manía puede tener cura. Vamos, pues, al cuento, o mejor dicho, a averiguar vidas ajenas.

Habia en Fontibon, como creemos tenerlo dicho ya, dos hermanos, hijos de un mismo padre i de la mismísima madre. Ambos eran casados i tenian hijos; i, para no escasear las señas, diremos que hasta compadres eran, lo que significa que habian querido estrechar tanto sus relaciones, que sobre el parentesco con que los habia unido la naturaleza se habian echado a cuestas otro parentesco mas; i si a esto se agrega que, siendo honrados i trabajadores, no pensaban sino en hacer felices a sus mitades i en serlo ellos con sus hijos, nadie se habria imajinado que esos hombres pudieran alguna vez romper las dobles ligaduras con que se hallaban unidos el uno al otro.

Todavía mas: añádase, si se quiere, que es fama que hasta el año de 1849 ninguno de los dos sabia qué cosa era ser conservador o liberal, porque hasta esa época *apénas* se habian hecho prácticos en el arte de ser patriotas, relijiosos i morales, sin que jamas se eximiesen de prestar cualquier servicio público que se les quisiese exijir, ni de cumplir con las obligaciones que las leyes así civiles como relijiosas les imponian, como tampoco de ser para los demas lo que ellos querian que los otros fueran para con sus personas. Si se trataba, por ejemplo, de un puente, de un camino que habia que componer o hacer nuevo, nunca se quedaban para contribuir los últimos; si de ausiliar a un pobre honrado para que trabajara i mejorara de fortuna,

aunque no disponian de cuantiosas riquezas, no le contestaban a nadie – "Con mucho gusto, si se pudiera; pero por poco me quedo hoi sin hacer mercado."

Por de contado que ellos no pensaron jamas en esplotar con usura el trabajo del pobre, ni en quitarle a nadie con engaño lo suyo. Nunca soñaron en especular con papeles del gobierno, ya fuera dándole prestado a este con un interes escandaloso, o ya comprando a los empleados las órdenes de pago con gruesos descuentos, u otros negocitos de la laya, para ponerse luego de acuerdo con los tesoreros habidos i por haber: vivir de destinos públicos, fué cosa que no les llegó a pasar por la imajinacion.

Todo su cuidado lo ponian en fecundar los campos i en *desear* caminos que mereciesen este nombre; i todo lo que no fuera esto i la suerte de sus familias i de sus compatriotas no les merecia el mas lijero pensamiento. Mas de una vez hubo entre ellos diálogos como este:

—¡Ah, malhaya! hermano, decia el uno, si tuviéramos algunos millones para emplearlos en un camino carretero siquiera, de aquí al Magdalena o al Meta. ¡Qué torrente de riquezas, que hoi se pierden estancadas en esta sabana como en un pantano cenagoso, hariamos salir, para que en cambio nos vinieran de otras partes, a mas bajo precio, las cosas que aquí jamas podremos producir!

—Oh! qué felices seríamos entónces! contestaba el otro, podriamos producir, cuando ménos, el doble de lo que hoi, porque en ese caso todos nuestros productos encontrarian consumo, pudiendo sacar con facilidad a otras partes lo que aquí nos sobrara, resultando de ahí que muchos que hoi no tienen ocupacion hallarian en que trabajar, todos podrian ser ricos, i no habria mas pobres que los perezosos holgazanes i los hombres perdidos, los cuales con la exhuberancia del trabajo, que se iria desarrollando cada dia mas, se disminuirian en número; los ricos serian los primeros en aumentar sus capitales por medios lícitos i honrosos, i hasta el gobierno mismo, tomando parte en las grandes empresas que entónces se acometerian, podria

sostener su crédito con dignidad, sin estar estafando cuartillos a los pobres como cualquier ratero. Pero tanta felicidad no la verán ni aun nuestros nietos, porque no tenemos nosotros esos millones, añadia sonriendo.

I de este modo ocupaban muchísimas veces sus ratos de ócio, en diálogos tan edificantes como el que se acaba de leer, consintiendo todos sus delirios en cavilar sobre los medios de que pudieran valerse para ser útiles al mayor número posible de sus compatriotas; i por cierto que estas cavilaciones no dejaban de ser verdaderos delirios, por su singularidad. Ello es, que nuestros héroes, con los susodichos delirios i lo que podian hacer de real i positivo, vivian contentos i alegres, deslizándoseles muellemente la vida en medio de los inocentes placeres que se proporcionaban con su trabajo, sin que la menor de las molestias, con su cara de hiena, se les apareciera jamas a sus puertas, à clavarles su diente *esurítico.*

Pero "Oh tempora! oh mores!" *¡Oh tiempos de los moros!* como solian decir ellos cuando estaban de humor, de repente los sorprende el año siguiente al que hemos mencionado arriba, i...... como en este mundo infame, pícaro i traidor, que no tiene de bonito mas que su figura, nada hai estable ni duradero, porque todo es movedizo i deleznable i hasta pudiéramos añadir que tormentoso, se comenzaron nuestros hombres a sentir con fatàles novedades. Un disgusto crónico i frecuentes dolores de cabeza les robaron la paz i tranquilidad de que disfrutaban ántes, hasta que al fin concluyeron por una penòsa enfermedad que les arrebató el juicio; enfermedad que ¡Dios nos perdone! pero no nos atrevemos a decir cómo se llama, porque no somos profesores en el arte, i porque acaso, no acertando con su verdadero nombre, nos atraeriamos la sonrisa burlona de los peritos. Lo único que podremos asegurar, sin temor de ser desmentidos, es que, en virtud de las continuas escitaciones i empeños que recibieron de la capital, se decidieron, el uno a ser conservador *destapado*, i el otro *frenético* liberal.

II

El tiempo volaba, i con él sufrieron nuestros hombres modificaciones sustanciales en su modo de ser. Ya ninguno de los dos era patriota a la antigua, ya no eran *retrógrados*, como lo habian sido ántes; ámbos habian adquirido un nuevo patriotismo en consonancia con la civilizacion del portentoso siglo XIX, patriotismo que haria de la Nueva Granada la maestra i señora de las naciones, como dijo un *portentoso* panameño bajo un pseudónimo conocido.

El *liberal* se habia hecho un deber de estar constantemente con las armas en la mano para defender la libertad *atacada* por su hermano i no permitir que este rehabilitara la Inquisicion en la Nueva Granada.

El *conservador* hubiera creido faltar a su conciencia si no tomaba las armas contra la tiranía *sostenida* por su hermano, e impedir que este convirtiera a la Nueva Granada en una horda de salvajes demagogos.

Tal era lo que cada uno pensaba del otro, i tal a lo que cada cual de ellos dirijia todos los conatos de su noble i ardiente patriotismo. En consecuencia, ninguno de ellos ahorraba sacrificios, por grandes que fueran, para conseguir su fin.

El liberal habia recibido en premio de su patriótico entusiasmo uno de los mejores destinos de que el gobierno podia disponer en esta ciudad, i el conservador en premio del suyo habia recibido tambien el nombramiento para un buen empleo, *in partibus infidelium* por entónces, i con promesa de tener residencia fija despues, es decir, cuando su hermano cayera.

Todo esto i la seguridad que tenian, el liberal de que si caía su partido perderia el *premio*, i el conservador de que si no subia el suyo al poder no ganaria el prometido *pre*, los obligaba a redoblar sus sacrificios i esfuerzos. Al liberal, no alcanzándole ya el sueldo del destino que desempeñaba para satisfacer la multitud de contribuciones voluntarias que se invertian en el patriótico fin de sostener

su partido, se vió forzado a vender sus posesiones. El conservador, que no era ménos patriota, hizo tambien casi otro tanto para satisfacer las contribuciones voluntarias que tenian por objeto el que su partido *subiera;* pero este, ya fuese que por estar *abajo* pisara en terreno mas firme i por consiguiente tuviese que hácer ménos esfuerzos i ménos gastos que el otro para lograr el fin que se proponia, o ya acaso por algun débil rayo de prevision que le hubiese traspasado el majin, no vendió todas sus posesiones; se reservó una pequeña parte.

El patriotismo de ámbos habia llegado a su apojeo. El uno solo pensaba en sostenerse encima *eternamente,* destruyendo a su hermano, quien no cesaba de moverle el *andamio* para hacerlo caer. El otro solo se ocupaba en idear medios de echar abajo a su hermano i destruirlo para subir él: ámbos eran lójicos procediendo así.

Nobstante, a veces se formaban la ilusion de que, recordándose su antiguo amor fraternal, se podrian atraer recíprocamente a su respectivo partido; i entónces, cuando llegaban a encontrarse solos, conversaban del modo siguiente:

—Hermano mio, decia el uno, no quisiera yo verlo a usted entre esos conserveros malvados.

—Hermano mio, contestaba el otro, yo tampoco quisiera verlo a usted entre esos rojos pícaros.

—No, hermano, replicaba el primero, está usted engañado, i es porque usted no lee mas que "La Civilizacion" i "El Dia," en donde calumnian i mienten cuanto pueden esos conserveros fanáticos, ladrones; lea usted "El Neo-granadino" i "El Sur-americano," i verá cómo se desengaña, pues en estos periódicos no se dice sino puramente la verdad.

—Al contrario, hermano, reponia el otro, usted es el que está engañado, porque no lee "El Dia" i "La Civilizacion," que son los únicos periódicos que dicen la verdad, por estarse embebido en las calumnias i mentiras que esos rojos impíos, ladrones, escriben en el Neo i el *Zurdo.*

I por este tenor seguian conversando largo rato muchas veces; pero no habia esperanza de que se pudieran enten-

der alguna vez, porque eran dos líneas paralelas que, o las matemáticas tenian que falsear, o no se debian unir jamas.

La suerte estaba echada. No pudiéndose entender por medio de la palabra, que al fin no les servia sino para separar mas su paralelismo, fuéronse bien pronto a las manos, i el sonido de la trompa guerrera llenó los espacios.

La guerra se encendió por todas partes, librándose muchos combates; i en todos ellos descubríanse, al traves del humo de la pólvora, dos figuras terribles i aterradoras que en uno i otro bando hacian estragos, por no decir portentos de valor, en las filas contrarias, con la potencia de sus brazos i lo *injenioso* de las armas con que peleaban, armas al alcance de la civilizacion del portentoso siglo XIX, que ha llegado a civilizar la guerra inventando máquinas para matar el mayor número posible de hombres, en el lapso de tiempo mas corto que se pueda imajinar; de tal modo, que, a seguir el susodicho siglo con sus portentos, al fin descubrirá el medio de matar a la humanidad entera con un solo tiro de fusil; i entónces, no hai duda, se humanizará i civilizará tanto la guerra, que morirán todos los hombres casi sin sentirlo, i sobre todo, sin sufrir los acerbos dolores que sufrian en tiempos de barbarie, cuando se cuenta que, siendo pocos los que morian en un combate, eran muchos los que salian sin narices, sin orejas, sin una pierna o un brazo &,ª &,ª &ª!

Pero volviamos a salirnos de la cuestion; perdone el lector otra vez, pues la manía de filosofar, aunque no entendamos las cosas, corre parejas con la de querer parecer poetas sin serlo; mas como estamos en tiempos de manías i monomanías, nos creemos con derecho a que los médicos con sus acertijos disputen sobre nuestro cráneo. Volvamos, pues, al cuento.

La guerra siguió, hasta que el uno venció al otro; pero desgraciadamente no lo convenció con este argumento, por cuyo motivo siguieron tan divididos como ántes. Ambos continuaron con el mismo entusiasmo patriótico, con el mis-

mo tezon i con la misma porfía de defender cada uno su respectivo partido, hasta que al fin un acontecimiento que ellos no habian previsto, les modificó de nuevo sustancialmente su modo de ser. Hubo una tregua entre los dos partidos, i entónces, no necesitando *ellos* de nuestros dos héroes, los despidieron sin darles siquiera las gracias. El golpe no podia ser mas fuerte; pero nuestros hombres, héroes hasta en eso, lo sufrieron con *resignacion*, aunque sin dejar de murmurar por lo bajo.

Viéndose, pues, desechados por *la patria*, volviéronse ácia sus familias i pensaron en trabajar para sostenerlas, puesto que aquella no les podia suministrar ya de otro modo los recursos que necesitaban para el sustento de estas; pero ¿en qué i cómo trabajar? Al liberal habíalo dejado sin un palmo de tierra que cultivar su férvido amor a la libertad; el conservador se veía desposeido de la mayor parte de sus propiedades, por su ardiente amor al órden; nadie les prestaria, ninguno los ausiliaria. Qué hacer?

Por fortuna, al liberal le habian quedado algunas órdenes de pago, que no le habian sido cubiertas. Vendiólas a un usurero, con un sesenta por ciento de descuento, i con su producto, bien pequeño por cierto, se dedicó al oficio de *mercachifle*. En cuanto al conservador, la cosa fué mas sencilla: decidióse a trabajar con sus propias manos la pequeña porcion de tierra que le habia quedado, miéntras que la podia hacer producir con qué pagar jornaleros que se la ayudasen a cultivar.

III

Algunos años pasaron despues que nuestros protagonistas tomaron la santa resolucion de trabajar para comer con el sudor de sus propias frentes, i no con el de las ajenas; i en todos ellos habian tenido que luchar mucho consigo mismos para no prorumpir en amargo llanto, viendo que habian venido a aprovecharse de sus sacrificios *por la patria* en uno i otro bando, todos los que en los momentos de mayor peligro se habian ocultado en los zarzos de sus casas, a ayudar a tejer sus telas a las arañas, o que segu-

ros de su ningun riesgo, habian querido figurar como presos de Estado.

—Mire usted, hermano, le decia el uno al otro en los primeros dias de su comun infortunio, se acuerda del Jeneral Matamuertos, que durante la revolucion no lo pudieron encontrar ustedes en ninguna parte para *darle servicio?* Pues cuando se acabó todo, lo vi salir de su casa sacudiéndose las telarañas; i ya lo ve hoi de Secretario de Guerra!

—Cierto fué eso, hermano; contestaba el otro, pero ¿se acuerda que ustedes tampoco pudieron encontrar durante la revolucion al doctor Garráslargas, que era el que mas habia contribuido a meterlos a ustedes en esa revolucion? Pues cuando ya se concluyó todo, lo sorprendí yo en Ejipto un dia, en una cacería de ratones; i ya lo ve hoi de Secretario de Hacienda!

—I nosotros, escaleras desechadas, que hoi no pudiéramos servir ni a los albañiles remendones, trabajemos para recuperar nuestro perdido patrimonio—Así hubieran podido esclamar, si en esos momentos recordaran sus antiguos delirios; pero eran ya demasiado ilustrados para volver un paso atras.

Nobstante lo dicho, tal fué la asiduidad i la constancia con que se dedicaron al trabajo, que a la vuelta de algunos años logró el uno aumentar considerablemente los restos mutilados de sus posesiones, i el otro ascender de *mercachifle* a negociante por mayor, con lo cual ámbos habian vuelto a ser medianamente ricos.

El que se dedicó a negociante, encantado de su oficio, semejante al de las golondrinas, hacia viajes largos, al cabo de los cuales volvia a ver a su familia, que residia siempre en Fontibon. Disfrutaba algunos dias de su compañía, i dejándole lo necesario, volvia a emprender un nuevo viaje lo mismo o mas largo que el anterior, pero siempre ganando algo; i cuando se iba no dejaba de recomendar su familia a su hermano, para que la ausiliase, cuando le faltara algo, en caso de que él dilatase mucho en volver.

En uno de esos dilatados viajes que hacia, hubo uno

tan largo, que así su familia como su hermano lo creyeron muerto, porque no tuvieron noticia de él en mucho tiempo. Pero al fin volvió al seno de su familia, con gran placer de esta. Su hermano no estaba en el lugar el dia de su llegada. Lo esperó con impaciencia, i teniendo noticia de que estaba en una estancia de su propiedad, poco distante de Fontibon, corrió hasta allá a abrazarlo, pues tal era el deseo que de verlo tenia.

—Hermano mio! díjole abriendo los brazos i corriendo a estrecharlo con toda la tierna efusion del amor de hermano.

—Hermano querido! repitió el otro abriendo tambien los brazos para recibir i estrechar al que llegaba, con igual ternura fraternal.

Largo rato estuvieron unidos por un comun i fraternal abrazo, contando los latidos de su corazon; pero al fin se separaron para poder conversar con mas comodidad sobre todo lo que ámbos ansiaban por momentos. Comenzaron por hablar del dilatado viaje del uno i el placer indefinible de ámbos en volver a verse; siguieron tratando de sus familias i de sus negocios, diciendo el viajante al otro que en prueba de que no se habia olvidado de él ni de su ahijado, le habia traido a este un vestido mui bonito, comprado en Cúcuta; i despues que agotaron todos estos puntos de conversacion, concluyeron ¡ai! desgraciados de ellos! por hablar de política, cosa que no habian vuelto a hacer desde que comenzaron a formalizar su trabajo, poco despues de la célebre despedida que les dieron sus respectivos partidos; por cuyo motivo hubo quien los creyera ya sanos de su enfermedad, cuando ellos mismos, sin saberlo, se desgarraban cada dia mas la llaga, segun su propio dicho.

—I bien! cómo van por aquí las cosas de la política, desde que yo no he vuelto? dijo el viajante a su hermano,

—Bien! hermano mio, espuso este, ahora sí estamos disfrutando de paz para trabajar, sin que haya mas temor sino que esos rojos del *díasco* nos amenazan con revolucion, segun dice "El Porvenir."

—Esas son mentiras de ese papel, hermano; los conser-

veros son los que quieren hacer la revolucion, como lo dice "El Tiempo," que no he dejado de leer donde quiera que he estado; léalo usted i verá.

—"El Tiempo?" yo si que leia mentiras! lea usted "El Porvenir," i verá que ahí es donde se dice la pura verdad; dijo el uno frunciendo el seño.

—Yo leer semejantes calumnias i mentiras? cuándo yo perdia en eso mi tiempo; dijo el otro arrugando la frente.

—No, señor, se equivoca usted, hermano, esclamó el primero levantando la voz; en "El Porvenir" es donde se dice la verdad, i sino vea cuántas diabluras están haciendo los rojos en Santander, Bolívar i el Cauca!

—No hai tal, hermano, gritó el segundo; esas son mentiras de los conserveros; ellos son los que están cometiendo iniquidades en esos Estados, i en todos los en que se han apoderado del gobierno.

—Eso no! hermano, volvió a esclamar el primero inflamado ya de cólera; los rojos son los que en partidas roban, matan i saquean en Santander, Bolívar i el........

—Esas son mentiiiiras, le interrumpió su hermano con igual cólera; los conserveros son los que han formado esas cuadrillas que roban, matan i saquean en Santander, Bo..

—Eso es faaalso! calumnia atróz; gritó con toda la fuerza de sus pulmones el conservador, metiéndole las manos por la cara a su hermano; los rojos son los que roban i matan, porque son unos ladrones, asesiiii......

—Esas son mentiras, calumnias de los conserveros; gritó tambien el liberal, metiéndole del mismo modo las manos por la cara a su hermano; ellos son los que roban i matan porque son unos ladrones, asesinos, fanáticos, hipóooocritas.

—Eso no! que los rojos son ladrones, impíos, asesinos, demagooooogos, que........

—No! conserveros de........

—No! rojos de........

Hasta aquí pudieron discutir la cuestion por medio de la palabra; pues como al tiempo de decirse lo último que deja-

mos anotado, se metieron tan bruscamente las manos por la cara, *fuéles preciso* adoptar otro medio de discusion, nacido de los rápidos progresos que hacian, en virtud de los cuales iban dejando muchas leguas atras al portentoso siglo XIX.

—Conservero de los demonios! a mí pegarme? Eso nó!

—Rojo de mil diablos! Yo no me dejo pegar así no mas.

Dijeron, i se agarraron a puñetazos con una furia tal, que imitaban perfectamente una de esas luchas terribles que, de los elefantes en sus celos amorosos, nos describen los viajeros; confundiéndose en una nube de polvo, producida por los heróicos esfuerzos que ámbos hacian para obtener la ventaja del combate.

Largo rato duraron *mojiconeándose* con un ardor creciente de tales magnitudes, que no lo habrian sostenido igual dos combatientes del circo romano, hasta que por desgracia de ámbos se acordaron a un mismo tiempo de un puñal que cada uno de ellos acostumbraba cargar en el cinto, desde que se habian hecho hombres públicos, i con ellos se acariciaron recíprocamente, hasta que juntos cayeron horrorosamente apuñaleados, exánimes i sin alientos.

El dolor de las heridas i los gruesos borbotones de sangre que por ellas les salian, les enfriaron bien pronto el caluroso entusiasmo patriótico que, como que habia durado tantos años en una profunda quietud, ahora habia hecho una esplosion semejante a la del Vesubio de Nápoles cuando despues de haber durado tantos siglos sin accion ni movimimiento, de tal modo que hasta su memoria se habia borrado entre los hombres, de repente estalló con una fuerza tan prodijiosa que con sus lavas borró a su vez la memoria de las ciudades de Pompeya i Herculano.

Tal sucedió con nuestros hombres; en su pecho ardia un volcan, tal vez sin saberlo ellos, i cuando ménos lo esperaban, hizo su esplosion i los dejó sumidos en sus ardientes lavas.

El frio de la muerte les comenzó a invadir todo su cuerpo i sus respectivas imajinaciones, en consecuencia, mas tranquilas, cedieron el paso, aunque demasiado tarde, a ideas de otro jénero.

Sus consortes cansadas de buscarlos, alarmadas ya por el tiempo que tardaban en volver a sus casas, los hallaron al fin ¡qué horror! casi a punto de espirar! Dos gritos agudos fueron lanzados a la vez, i dos jemidos roncos i sombríos como la muerte, sirvieron de contestacion. Los momentos eran preciosos, aun podrian salvarlos acaso; con esta esperanza, aquellas dos infelices mujeres los llevaron como pudieron a la casa mas inmediata, ayudadas de las personas que a sus gritos habian concurrido.

Llegados a la casa, los pusieron en dos camas que en una misma pieza quedaban frente afrente; i desde aquellas tribunas del dolor, comenzaron a predicarse recíprocamente:

–Hermano mio! decia el uno con voz casi ahogada i mui débil, qué hemos hecho? ¿qué hemos adelantado con habernos asesinado recíprocamente? ¿Ganarán algo nuestros partidos con el fratricidio que acabamos de cometer? Podrán ser mas de lo que son? Ah! locos de nosotros! nuestras familias!

–No me hable, hermano, decia el otro con la misma dificultad para hablar que el primero; nuestro pecado no merece perdon! despues de que gastamos todo nuestro haber tan locamente, para asegurarles el *mameo* a hombres que ni las gracias nos han dado, despues de que ni siquiera hemos conseguido que nuestros respectivos partidos hicieran, en el tiempo en que cada uno de ellos ha gobernado, una sola mejora material, ni un camino, ni un puente i ni aun conservar lo que ántes habia, despues de que.... ai! Dios perdone a los que nos enseñaron a insultar a la naturaleza, que es por donde hemos concluido i por......

Dicho esto, espiró; el otro le habia antecedido dos minutos. Ambos murieron rodeados de sus mujeres i sus hijos,

Cada uno tenia acreedores en su respectivo partido. Estos entablaron ejecuciones contra las dos mortuorias, i los jueces solícitos en hacer justicia a los ricos acreedores, bien pronto gozaron de su obra, viendo a las viudas con sus hijos mendigando por las calles de esta ciudad.

Bogotá, 21 de diciembre de 1859. R. BERNAL.

